



Escrito en las estrellas

Raquel Silva



Copyright

EDICIONES KIWI, 2020
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, febrero 2020

© 2020 Raquel Silva Merchán
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Carol RZ

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAMBIOS](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[DECIR ADIÓS](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[LA CHICA QUE SUSURRABA A LOS DINOSAURIOS](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[TRAICIÓN](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[PLANES DE FUTURO](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[El señor Green](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[Epílogo](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

*A Dae Sung,
por ser la luz en mis momentos más oscuros.
Gracias por acompañarme en cada victoria, en cada derrota.
Por confiar y combatir conmigo hasta el final.*

*When you're young, you just run
but you come back to what you need.*
(Cuando eres joven solo corres,
pero vuelves a lo que necesitas).

Taylor Swift

CAPÍTULO 1

Después de ocho años en Londres, aún no me había acostumbrado al cielo gris que solía cubrir la ciudad. Estábamos en pleno agosto y había amanecido surcado de pequeñas nubes de tormenta, que amenazaban con dejar caer un pequeño chubasco veraniego. Un atisbo de nostalgia cruzó mi mente al recordar el agradable clima que el verano ofrecía en New Bern y las refrescantes playas cercanas a mi antiguo hogar. Si bien era cierto que, en mi pueblo natal, los meses de verano eran de los más lluviosos, el clima era húmedo y las nubes solían cubrir el cielo durante la mayor parte del año, extrañaba sentir el calor de Carolina del Norte en mi piel.

Guardé el paraguas en el bolso con la esperanza puesta en que el cielo se despejara y diera paso al sol sin derramar una sola gota de lluvia, pero ¿a quién quería engañar? Lo primero que aprendí al llegar a Londres fue que siempre debes llevar un paraguas contigo. Yo lo aprendí de la peor manera posible, y mira que me lo advirtieron. Nunca sabes cuándo las nubes grises que cubren la ciudad de Peter Pan pueden dejar caer alguna llovizna. Aquella tarde quise salir a explorar el barrio, necesitaba despejar mi mente y pensé que un poco de aire fresco era lo que necesitaba. Mi padre me recomendó que llevara un paraguas, pero el sol estaba fuera y, aunque algunas nubes poblaban el cielo, no veía la necesidad de cargar con él. Definitivamente, fue un error. El sol dio paso a la lluvia a los diez minutos, calándome hasta los huesos, y tuve que regresar a casa a la carrera, tratando de evitar resbalar y caer en los charcos, aunque ¿podría haber acabado más mojada aún? Mi padre se pasó una semana completa recordándome el pequeño incidente mientras yo no paraba de estornudar.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo rememorando ese día, aun así, no pude evitar sonreír al recordar lo ingenua que fui al pensar que el clima londinense sería como el típico del Mediterráneo, del cual tanto había oído hablar.

—Adiós, Floppy. Pórtate bien. Nos vemos a la hora de la cena —me despedí de mi pequeño compañero de piso antes de cerrar la puerta de mi acogedor apartamento de Knightsbridge.

Trece minutos más tarde subía las escalinatas del Museo de Historia Natural, donde el señor Thompson me esperaba con el programa en la mano.

—Hoy es el gran día. ¿Estás preparada? —me dijo mientras me tendía el folleto con la enorme sonrisa que lo caracterizaba surcando su rostro.

Claro que lo estaba, o tal vez no. Aunque llevase esperando ese día mucho tiempo, ponerme a hablar delante de tantas personas nunca había sido mi fuerte. En cambio, habíamos trabajado mucho para que la exposición saliera adelante, así que tendría que reunir todo el valor que pudiese para enfrentarme a aquellas personas. Había practicado mucho con Floppy, no tenía motivo alguno por el cual ponerme nerviosa.

Mientras caminábamos hacia el interior del museo, no pude evitar sonreír, a pesar de los nervios que recorrían mi cuerpo. El señor Thompson había dejado en casa su habitual *look* al más puro estilo de Indiana Jones para sustituirlo por un esmoquin con pajarita, dándole el aspecto de

una persona sería, tan alejado de su carácter real, cercano y jocoso.

La gente no tardó en llegar. Personas de todas las edades estaban allí para ver aquello por lo que tanto había luchado. Caminé hacia el atril que habían preparado para mí y me paré frente a la multitud. Iba a ser más duro de lo que esperaba. Cientos de ojos mirándome fijamente.

—Buenos días a todos —comencé—. En primer lugar, me gustaría agradecerles que nos acompañen en un día tan importante como es este para todos los que, de un modo u otro, hemos dado lo mejor de nosotros para hacer que esta exposición pueda ver la luz en nuestra ciudad. Dentro de esta sala se encuentra el resultado de años de duro trabajo y esperanza de muchos de mis compañeros de profesión. Un trabajo del que me enorgullece haber formado parte durante más de tres años y, a día de hoy, poder compartirlo con todos ustedes.

»Hoy podrán disfrutar de uno de los mayores depredadores que ha habido sobre nuestro planeta, contemplar el primer fósil completo hallado hasta la fecha de este fantástico dinosaurio y conocer el trabajo realizado por el equipo de paleontólogos a través de bocetos y fotografías tomadas durante los procesos de campo y laboratorio.

»Rogamos que no toquen nada ni se apoyen en las vitrinas. Si hacen fotografías, por favor, no usen el *flash*.

»Sin más dilación, entren y disfruten de una experiencia que, esperemos, les haga viajar millones de años en el tiempo.

Corté la cinta que nos separaba de la sala de la exposición y esta cayó al suelo. Las luces se encendieron, dejando al descubierto el resultado de un sueño hecho realidad con esfuerzo, sudor y lágrimas. Eché un vistazo a mi alrededor, vislumbrando cada detalle de aquella habitación, que comenzaba a llenarse de gente. Junto a las paredes, alrededor de la galería, se encontraban expuestas cientos de fotografías de la expedición, así como diversos fósiles encontrados en la zona dentro de sus correspondientes vitrinas. En el centro de la estancia, rodeado de un cordón de seguridad, se encontraba el esqueleto completo de uno de los depredadores más letales y veloces que existieron en el planeta: el velociraptor.

Me perdí en mis recuerdos, en todo el esfuerzo que dediqué a sacarme la carrera de Paleontología. El incondicional apoyo de mis padres y de Lara, la esposa de mi padre, cuando mi ánimo decaía y pensaba que jamás lo conseguiría, ayudándome siempre a seguir hacia delante y nunca rendirme. Mi incredulidad al graduarme con honores. Y el llanto que me entró tras recibir la llamada del señor Thompson, con la que mi padre pensó que había muerto alguien, pues no era capaz de articular palabra cuando me propuso acompañarlo a Corea por primera vez para formar parte del equipo de excavación, en el yacimiento paleontológico cerca de Gyeonggi, durante tres meses.

Un torbellino me sacó de mis pensamientos con un gran abrazo trayéndome de vuelta al presente.

—¡Oh, Dios mío! ¡Esto es fantástico, Kiara! —Maddison «Huracán» Wood atacaba de nuevo—. Me alegro tanto por tí. Te dije que lo conseguirías. ¿Te lo dije o no te lo dije?

—Tranquila, Maddy. Si sigues hablando así de rápido, comenzarás a balbucear en tu particular idioma y no entenderé ni una palabra de lo que dices.

—Muy graciosa —espetó, sacándome la lengua.

Maddison era mi antítesis, pero juntas formábamos la armonía perfecta. Nos conocimos un par de semanas después de mi llegada a Londres, cuando me sentía perdida, buscando

encontrarme a mí misma en una ciudad que en aquellos momentos, aunque había pasado varios veranos en ella, aún no podía ver como mi hogar. Jamás podré olvidar aquella tarde en la que se acercó a mí, sin conocerme de nada, y me hizo olvidar mis preocupaciones. Ese día estaba hecha un mar de lágrimas. Me encontraba sentada en uno de los bancos de Hyde Park, alimentando a una pequeña ardilla que pasaba por allí y sintiendo lástima por mí misma, cuando decidió sentarse a mi lado. Obviando las lágrimas que caían de mis ojos, comenzó a decirme que debía tener cuidado con esos pequeños roedores, ya que un día fue atacada por un grupo mientras disfrutaba de un pícnic romántico con su novio. Básicamente, exageró lo que sucedió en realidad, pero su intento por hacer sentir mejor a una desconocida fue el principio de una gran amistad.

—Kiara, la exposición está siendo todo un éxito —nos interrumpió el señor Thompson.

—Trabajo en equipo, señor Thompson. Jamás podré dejar de agradecerle el haberme permitido ir con usted a Gyeonggi para unirme a su equipo de excavación.

—Las cosas en la vida no se regalan, sino que hay que luchar duro por ellas. En mis años de docencia —continuó—, jamás había conocido a una estudiante tan luchadora, comprometida y competente como tú en los estudios. Incluso ahora, trabajando juntos, me has demostrado que no me equivocaba al proponerte formar parte del equipo. Así pues, si tienes que dar las gracias a alguien, agrádecetelo a ti misma. Ahora bien, hay alguien a quien le gustaría conocerte.

Maddison se despidió de nosotros, no sin antes recordarme nuestra noche de chicas del día siguiente, alegando que tenía una gran noticia que darme, y se alejó dando pequeños saltitos mientras tarareaba una melodía inventada, haciendo que varias cabezas se giraran hacia ella con expresiones de póker.

El señor Thompson me presentó a un empresario coreano llamado Park Dae Hoon, que tenía varias galerías de arte repartidas por el mundo en ciudades como Seúl, Washington y Sidney. Estaba tan maravillado con mi trabajo fotográfico y artístico realizado para la exposición que me pidió que le mostrase otros y, aunque le dije que la fotografía y la pintura eran solo *hobbies*, insistió en ello.

CAPÍTULO 2

Cuando desperté, eran casi las cuatro de la tarde y mi despertador, que debió sonar a la hora programada, se encontraba hecho añicos junto a la puerta.

Al finalizar la exposición, mis compañeros me convencieron para salir a celebrar la acogida que esta había tenido entre los asistentes. Entre unas cosas y otras, terminé llegando a casa a las seis de la mañana. El cansancio se había hecho dueño de mi cuerpo, me quité los zapatos y me tiré sobre la cama, sin deshacerla y con la ropa puesta, quedándome dormida en cuestión de segundos.

Me miré en el espejo y mis ojos pardos me devolvieron una cansada mirada. Necesitaba una ducha de agua bien fría que despertara mi cuerpo por completo e hiciese desaparecer las ojeras marcadas en mi blanca piel, que me daban un aspecto de no muerto digno de las películas de zombis más terroríficas de la historia.

La ducha fue un soplo de vida que me dio la energía necesaria para cantar y bailar al ritmo de *Beautiful Goodbye*, de Maroon 5, mientras arreglaba un poco mi apartamento para dejarlo todo a punto para la clásica noche de chicas que Maddison y yo celebrábamos cada semana. El plan era sencillo. Maddy había convocado una pequeña reunión porque tenía algo muy importante que contarme y la ocasión merecía una de nuestras quedadas especiales en las que encargábamos comida para la cena, teníamos una exhaustiva charla, nos contábamos las novedades que merecían la ocasión o cotilleábamos, y veíamos películas hasta que el sueño podía con nosotras.

Estaba observando cómo Floppy trataba de meter la cabeza por un tubo de cartón cuando llamaron al telefonillo, por lo que fue mi acompañante para abrirle la puerta a Maddy, que venía cargada de Cheetos y palomitas para cuando llegara el momento de nuestra sesión de cine.

—¿Dónde está el erizo más bonito de este mundo? —dijo mientras acariciaba la nariz de Floppy, algo que le volvía loco, ignorándome completamente.

—Hola a ti también —comenté con una expresión de indignación fingida—. Ya veo que, mientras Floppy está cerca, es como si yo no existiera.

—Eres toda «una dramas», Kiara.

—Sí, yo seré «una dramas», pero estoy segura de que algún día, cuando me descuide, secuestrarás al pequeñín pinchudo y no os volveré a ver en la vida —dije mientras íbamos al salón y dejaba a Floppy en su casita.

Maddy soltó una de sus sonoras carcajadas y me dio un gran abrazo, aún con las bolsas en la mano. Cuando se separó de mí, puso cara de circunstancias y una pícara sonrisa se dibujó en su rostro.

—Toma las bolsas, Kiara. Llevo dos días en los que la mano me pesa mucho —me dijo mientras me tendía la mano con la que sujetaba las bolsas delante de mi cara—. No creo ser capaz de aguantar el peso mucho más tiempo.

En ese momento vi el anillo en su dedo. Era realmente precioso y le sentaba de maravilla.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! No puedo creérmelo. Bueno, sí que puedo. Enhorabuena, Maddy

—exclamé dando pequeños gritos y lanzándome a sus brazos.

Ella dejó caer las bolsas al suelo y las dos saltamos, dando vueltas en círculos, como dos adolescentes a las que les habían pedido ir al baile de fin de curso los chicos de los que llevaban enamoradas meses en secreto.

Cuando el mareo de dar tantas vueltas pudo con nosotras, decidimos que era hora de pedir la cena. Esa noche tocaba comida hindú, por lo que pedimos varios platos, entre los que no faltó *vindaloo*. La comida picante era de nuestras favoritas y ese plato de pollo al curry con patatas superextrapicantes era toda una delicia para nosotras.

—Tienes que contármelo todo. ¿Cómo fue?

—Te prometo que quería llamarte en cuanto Connor me lo pidió —la velocidad con la que hablaba era increíble y desconocía cómo era capaz de respirar entre frase y frase, ya que sus palabras se atropellaban las unas a las otras—, pero no podía hacerlo. No podía llamarte, contártelo todo y perderme tu cara porque... ¿Has visto tu cara? Es una lástima no haberla grabado, parecía que se te iban a salir los ojos por la intensidad con la que mirabas el anillo. Imagínate mi cara. Creo que casi me desmayo allí mismo. Y, bueno, como te decía, no podía decírtelo por teléfono. Estas son cosas que se cuentan en persona, pero tampoco me parecía bien arruinar tu momento en la exposición de ayer, donde tú tenías que ser la protagonista del día. Imagina, me moría de ganas de contártelo todo, pero no era el momento. ¿Entiendes mi dilema?

—Maddy, escúchame: inspira y expira, inspira y expira... Así, muy bien. —Mi amiga me sacó la lengua y yo le guiñé el ojo como respuesta—. Será mejor que pidamos la cena y me lo cuentes todo, a ser posible, a un ritmo que no sobrepase la velocidad de la luz.

Mientras esperábamos a que el repartidor trajese nuestra cena, Maddy me puso al tanto de cómo había sido la pedida de mano, en la que no faltaron las rosas, las velas y el champán. Yo sabía cuánto quería a Connor. Llevaban juntos desde que ambos tenían dieciséis y, diez años después, ese amor seguía latente en ellos. Podía verse en cada mirada que se lanzaban el uno al otro, como si el mundo fuera un cuento de hadas creado para ambos. Un cuento de hadas que un día yo misma creí conocer, pero que solo fue una ilusión que se desvaneció como si de un espejismo en medio del desierto se tratara. Pero para ellos jamás desaparecería, estaban hechos el uno para el otro, eso era evidente. Un amor real, forjado con sinceridad, confianza y respeto, con unos cimientos que ni el huracán más devastador podría destruir.

Cenamos cada una sumida en nuestros pensamientos, en silencio. Ella tenía una sonrisa en su rostro, reflejo de un futuro al que se enfrentaría con decisión; estaba preparada para ello. Sin embargo, yo veía mi futuro muy distinto al de ella. No creía en el amor o, por lo menos, no creía que el amor fuese para mí. Había levantado un muro infranqueable alrededor de mi corazón. Fueron varios chicos los que intentaron derrumbarlo, pero era inútil, ni siquiera yo misma fui capaz de abrirles la puerta para que atravesaran esa muralla. Estaba rota en el amor.

Maddison me escrutó con la mirada, mi cara debía de estar delatando los pensamientos que fluían por mi mente.

—Kiara, no sé si recordarás a Billy. Ha regresado de Francia y, hablando el otro día en el gimnasio con Connor, le preguntó por ti; así que, cuando lo vi, bueno...

—No, por favor. Otra vez, no. Sabes que no quiero salir con nadie —le supliqué—. Estoy bien sola.

Mi amiga resopló. Había escuchado mis excusas millones de veces y sabía que no podría

engañarla, conocía demasiado bien el motivo por el que no podía abrirle a nadie mi corazón ni obligándome a mí misma. Pero no se rendía. Intentaba buscarme citas por doquier. Deseaba que yo también encontrara a mi príncipe azul. Uno que no destiñera.

—Habéis quedado mañana para cenar en Bluebell, a las siete. La reserva ya está hecha.

No podía creerlo. Lo había vuelto a hacer y yo sabía que eso no saldría bien. Nunca salía bien. Aun así, sabía que esa partida la tenía perdida, por lo que solo me crucé de brazos mientras le lanzaba una mirada acusadora.

—No pongas esa cara. Sé de primera mano que te encanta Billy. Babeabas por él cada vez que lo veías en el gimnasio.

—Eres incorregible —le dije entre risas al recordar aquellas tardes en las que intentamos ponernos en forma en el gimnasio de Connor y cómo fracasamos en el intento—. Está bien, iré a la cena, pero no tengas muchas esperanzas.

Connor tenía una concentración importante con la selección al día siguiente y ya estaría dormido, por lo que le dije a Maddy que podía quedarse a pasar la noche para que no se fuese a casa tan tarde sola.

Pasamos el resto de la noche viendo las películas de *Terminator* hasta que comenzamos a intercalar la frase «Te estás quedando dormida» entre las cabezadas que estábamos dando ambas y nos obligamos a irnos a la cama.

CAPÍTULO 3

¿Quién me mandaría a mí hacerle caso a Maddy?

Nada más despertarse por la mañana fue directa a mi armario y comenzó la locura. Buscó entre mi ropa, sacando y entrando prendas, revolviéndolo todo en su búsqueda de lo que denominó «el atuendo del triunfo». Mientras tanto, yo permanecí en mi cama, que estaba siendo invadida por un montón de modelitos, tapándome la cabeza con la almohada para no ver el desastre que mi mejor amiga estaba haciendo en mi habitación.

Una vez terminó de examinar toda mi ropa, se pasó a los complementos y a los zapatos. Era imparable, por lo que me limité a observarla y reír por no llorar con cada uno de sus comentarios en voz alta.

Hizo que me probase varios *looks* y cambiase de complementos continuamente mientras ignoraba mis quejas y tomaba notas mentales para elegir el conjunto final.

—La decisión está tomada. Vas a estar fabulosa esta noche. Confía en mí —me dijo con una gran sonrisa.

—Eres consciente de que yo misma puedo elegir qué ponerme para ir a la encerrona que me has preparado, ¿verdad?

—De lo único que soy consciente es de que serías capaz de ir con ese pijama enterizo de oso panda que tienes ahí guardado solo para espantarlo. ¿No crees que eres ya bastante mayorcita como para tener esa clase de pijamas? Recuérdame que te regale uno descaradamente *sexy* por Navidad, me lo agradecerás.

Ni siquiera me dejó saber qué era lo que llevaría puesto esa noche. Alegó que no quería decirme nada para que no me echase atrás y desechara sin miramientos el estilo que había elegido después de deliberarlo mucho.

No iba a dejar que me escapara de esa cita como había hecho con la anterior, por lo que se quedó a comer con el pretexto de prepararme para la ocasión, de tal manera que hasta la mismísima Afrodita sentiría celos de mí.

Cuando Maddy terminó conmigo, apenas podía creer lo que veían mis ojos. Había elegido para mí un precioso vestido *vintage* rojo, de cuello barco y sin mangas, adornado con un pequeño cinturón negro que definía mi figura. Con ayuda de las tenacillas había dado forma a mi cabello castaño, creando unas preciosas ondas que caían en cascada sobre mis hombros. Una fina gargantilla, a juego con unos pequeños y brillantes pendientes, estilizaba mi cuello. Maddison me conocía lo bastante bien como para saber que no era muy amiga del maquillaje, por lo que me había dado un toque muy natural agregando un poco de base y dando un extra de color a mis mejillas. Para mis pestañas, había puesto un poco de rímel y a mis labios les había dado un tono coral.

—Atrevida pero elegante. ¡Me encanta! —sonrió Maddison.

Me giré hacia el espejo y me encontré mi mirada atónita, mirándome fijamente. Mi amiga

tenía un don para la moda, siempre se lo había dicho; pero, aunque era una de sus pasiones, había tenido claro que quería ser psicóloga y luchó duro por ello hasta conseguirlo. Alquiló un pequeño local junto a la estación de Paddington, a pocas calles del gimnasio de su prometido, y allí montó su clínica.

—Vamos, Kiara. Anímate. No puedes pasarte la vida encerrada en casa, centrada en el trabajo y rodeándote siempre de tu grupo seguro de amigos. Tienes que divertirte, conocer gente nueva. Date un respiro, desmélénate —me aconsejó Maddy—. No te estoy diciendo que Billy vaya a ser el amor de tu vida, pero dale una oportunidad, ve a esa cena. Si todo sale bien, dale una alegría a tu cuerpo, ya me entiendes. Después, el tiempo dirá.

Aún no estaba muy convencida, pero me dije que tal vez debía dejar de ser el grinch del amor y darle una oportunidad a Billy. A fin de cuentas, era verdad que me parecía mono.

—Vamos, pequeña Cenicienta me dijo Maddy mientras terminaba de completar el estilismo calzándome unos bonitos zapatos abiertos de tacón de aguja—, tu príncipe te espera.

El Bluebell era uno de los mejores restaurantes de todo Londres. Un lugar encantador que evocaba el estilo neoclásico, con hermosas columnas jónicas de mármol blanco y motivos dorados, a juego con los impolutos manteles que cubrían las mesas, sobre las que descansaban hermosos candelabros de vidrio. Colgadas de las paredes, se podían contemplar réplicas de las obras más hermosas de los dos grandes representantes de la pintura romántica inglesa: Turner y Constable. La música de fondo, con sonidos suaves, dotaba la sala de una atmósfera de paz y tranquilidad.

Caminé hacia la mesa donde me esperaba mi cita, que se levantó de su asiento para recibirme.

—Kiara, cuánto tiempo. Me alegra mucho que hayas accedido a cenar conmigo esta noche. Estás preciosa.

—Gracias. —Fue lo único que alcancé a decir.

Por varios segundos, un silencio incómodo se instaló entre nosotros, roto por un camarero que vino a entregarnos el menú y a tomar nota de las bebidas. Pedí una botella de agua, pero él se aventuró a por una botella de vino tinto, alegando que brindar con agua daba mala suerte.

Cuando el camarero regresó, pedí un estofado Lancashire al estilo de la casa y él un pescado a la plancha con algunas verduras.

Me quedé mirando sus ojos azules, tan claros como el océano, acentuados aún más por el rubio de su cabello. Tenía una pícara sonrisa *sexy* y sus horas en el gimnasio se hacían notorias en un cuerpo que muchos otros envidiarían.

—No me puedo creer que vayas a comerte todo eso —me dijo, con una mirada que no supe descifrar, cuando el camarero trajo nuestra cena.

Me encogí de hombros y empecé a comer. Él comenzó a contarme sobre su año en Francia. Por lo que me aseguró, había estado trabajando en una campaña de modelaje de una marca deportiva muy importante en el país. Por lo visto, su agencia había presentado su *book* a varias empresas de moda, revistas... y había recibido varias ofertas. Tenía una agenda muy ocupada, pero esa vez no tendría que viajar. Yo me limitaba a escucharlo con interés y a hacer pequeños

comentarios que, rápidamente, eran sustituidos por otra de sus historias.

Nos limitamos a hablar sobre él, sus méritos, sus sueños y, sobre todo, sus posesiones. Habló de su casa junto al lago Ness, donde de pequeño salía a jugar junto a sus dos hermanos a la búsqueda de Nessie, cargados con una cámara de fotos y cientos de carretes. Ahora, esa casa era suya e insistió en que tenía que ir con él un fin de semana y mostrarme el lugar donde pasaba todos los veranos. Me habló de sus tres coches: un Audi RS6, un Porsche Cayenne y un Maserati GranCabrio. Yo la verdad es que no entendía por qué una persona que vivía sola necesitaba más de un coche. Y así continuó la cena: él, él y más él.

—Te va a costar meses bajar todo lo que has cenado hoy —dijo, mirando el trozo de pastel de zanahoria que había pedido de postre—, no es bueno cenar tanto y menos con tantas calorías.

—En realidad, no me importa. La comida es uno de los grandes placeres de esta vida y, si hay que morir, mejor hacerlo comiendo —bromeé.

Una vez finalizó la incómoda cena, decliné su oferta de ir a un bar y seguir con nuestra cita. Él, como el buen caballero que decía ser, me acompañó a casa. Ahí fue cuando la noche terminó de torcerse.

—Me ha gustado cenar contigo esta noche —me dijo.

—Sí, no ha estado mal.

Sin previo aviso, rodeó mi cintura y me acercó a él para besarme. Lo paré en seco, atónita.

—¿No crees que vas un poco rápido? Ni siquiera me conoces.

—No seas antigua, Kiara. Nos conocemos desde hace un par de años y esta cita nos ha servido para profundizar un poco más. Tenemos química, es innegable.

—¿Perdona? Querrás decir que te he conocido yo a ti. No has dejado de hablar de ti mismo durante toda la noche. —La incredulidad dio paso al enfado. No me gustaba la actitud que estaba mostrando.

—Perdona si te has sentido así. ¿Por qué no subimos a tu casa y nos tomamos la última? Así podrás contarme un poco más de ti. Después, con tono seductor, añadió—: Entre los dos podemos quemar todo eso que has comido.

No me lo podía creer, era un completo cretino. Pensaba que solo era un chulo egocéntrico que se creía el mejor partidazo del mundo, pero no, también era gilipollas.

Sin despedirme, me di la vuelta y lo dejé allí plantado.

CAPÍTULO 4

—Voy a matarte, hacerte pedazos y enterrar tus huesos a tal profundidad que ni los paleontólogos serán capaces de encontrar tus restos.

—¿Tan mal fue la cita? —me preguntó Maddy desde el otro lado del teléfono.

Nada más cerrarle las puertas en las narices a Billy, subí a mi apartamento y, tras saludar a Floppy y rellenar su comedero, me deshice de mi atuendo y me metí en la cama con la esperanza de que al despertarme por la mañana esa cita no hubiese sido más que un mal sueño. Pero no, había sido muy real y Maddison me debía una muy grande por haberme citado con semejante neandertal.

—¿Mal? Por favor, fue horrible. Todo lo que tiene de músculos le falta de neuronas.

Le conté cómo había acontecido la cita. Cómo la primera impresión había sido buena hasta el punto de pensar que podríamos quedar más veces, pero, cuantas más palabras salían de su boca, más ganas de huir del lugar me entraban. Y el resultado final en el portal había sido la cúspide del desastre.

—¡Menudo imbécil! Lo siento mucho, Kiara. Si llego a saber que iba a comportarse así contigo, jamás te hubiese preparado la cita. Te lo compensaré —dijo con voz dulce.

—No te preocupes. Dentro de unos días esto no será más que una anécdota de la que nos reiremos. Pero, por favor, se acabaron las citas a ciegas. Las relaciones no son para mí. —Sabía que mi amiga lo sentía de verdad, así que decidí cambiar de tema—. ¿Qué tal le fue a Connor en el entrenamiento?

—Está muerto. Creo que no he visto un deporte que agote más que el taekwondo. ¡Qué barbaridad! ¡La cantidad de horas de entrenamiento que lleva! Nada más llegar, se fue a dormir y ahí sigue, aunque en nada tengo que despertarlo porque tenemos que ir al aeropuerto a buscar a un amigo suyo que viene de visita.

—Eso significa que el entrenamiento ha sido de provecho.

—Sí. Está trabajando muy duro. Tiene muchas esperanzas puestas en este campeonato. Los otros años no tuvo mucha suerte, pero este año estrena peso nuevo y cree que puede hacer grandes combates y, con suerte, colarse en la final.

—Entonces, ¿al final se decidió a quedarse en menos de setenta y cuatro? —me interesé.

—Sí. Estaba harto de dietas —rio—. Era mucho sacrificio tener que estar controlando lo que comía para llegar a menos de sesenta y ocho kilos y mantenerse en el peso. Ahora, posee la agilidad de un competidor de menos de sesenta y ocho y la fuerza de uno de menos de setenta y cuatro.

—Ojalá consiga traerse una medalla esta vez. Todavía recuerdo los nervios que sentimos hace dos años cuando se fue a México. Fue mala suerte que en la primera ronda le tocase uno de los cabezas de serie.

—Sí. Encima, fue el mismo competidor ruso que lo eliminó también dos años antes, dejándolo sin conseguir podio en España. El mismo que quedó campeón ese año al ganar al estadounidense. ¿Recuerdas?

—Sí, ya... Pero bueno. Todo sirve para mejorar —le respondí con intención de alejar mi

mente de ese campeonato.

Continuamos hablando unos minutos más hasta que tuve que colgar, ya que el tiempo se me echaba encima.

Como cada domingo, había quedado con mi padre para ir a comer a su casa. Iba a hacer una de sus famosas barbacoas y no me la perdería por nada del mundo.

Mi hermano Austin, un apasionado de los animales, había sido el responsable de que Floppy viviera conmigo. Me lo regaló cuando volví de Corea y me compré mi pequeño apartamento, para que no me sintiese sola. Por ese motivo, cuando vinieron a recogerme con el coche, insistió en que nos lo llevásemos a la comida y así poder enseñárselo a un par de amigos que iban a comer con nosotros. Le hice prometer que tendría mucho cuidado con él y que no lo agobiarían antes de que lo subiera al coche porque, aunque Floppy no se asustase de las personas, podría morder si se sintiera amenazado.

Cuando llegamos a la casa de mi padre, Lara me recibió con un caluroso abrazo.

Los años que viví con ellos me demostraron lo injusta que fui con ella cuando dejaba New Bern para pasar las vacaciones con ellos e intentaba, usando todo tipo de artimañas, dejar fuera de los planes con mi padre a Lara y a Austin. Cuando llegué con el corazón roto y un billete sin retorno, me llevó a pasear por Hyde Park, me compró un helado de nata, mi favorito, e hizo que por ese tiempo me olvidase de todos mis problemas. Hablamos sobre dinosaurios, sobre fotografía y dibujos porque conocía mis gustos. Ella sabía que no me caía muy bien, yo nunca hice nada por ocultarlo ni le di una oportunidad para conocerla, pero a ella nunca le importó.

—Kiara, estás guapísima. Esos reflejos dorados te sientan de maravilla.

—Muchas gracias, Lara. Tú también estás preciosa.

—Ya me ha dicho tu padre que la exposición fue todo un éxito y que están planeando alargarla un mes más —me dijo mientras caminábamos hacia el patio.

—Sí, pero no creemos que al final podamos hacerlo. Seúl reclama a su velociraptor. —Reí —. Yo también lo reclamaría.

Mientras mi padre cocinaba sus famosas hamburguesas a la barbacoa y pinchitos, Austin jugaba con Tom y Philip, sus amigos. Por suerte, habían dejado que Floppy durmiera placidamente en su casita. Por otro lado, Lara y yo charlábamos tranquilamente.

—Al final te harás famosa, ya lo verás.

Le había contado acerca del empresario coreano que había insistido en ver mis trabajos.

—Eso lo veo un poco complicado. Aún no he seleccionado los dibujos que le mostraré. Además, mi sueño siempre ha sido la paleontología y he tenido la gran suerte de hacerme un hueco en este mundo. Jamás podré dejar de agradecerlos lo que habéis hecho por mí, al igual que la oportunidad que me brindó el señor Thompson de unirme a su equipo.

—No es cuestión de suerte, sino de esfuerzo y trabajo. No te quites méritos.

—Eso me dijo él hace unos días, pero una cosa no quita a la otra. Bien sabes que hay personas que, cuando ven que alguien se esfuerza en conseguir algo y obtiene resultados por ello, intentan hundirte poniendo piedras en el camino. En cambio, el señor Thompson me allanó el trayecto.

—Te tendió una mano debido a tu valía —intervino mi padre—. Y dime, ese empresario, ¿solo te ha pedido dibujos o también algunas fotografías?

—También se ha interesado por las fotografías, pero esas ya las he seleccionado. Con los

dibujos tengo el problema de dibujar algo y, cuando pasa un tiempo y los vuelvo a ver, acabo encontrándoles algún fallo, por minúsculo que sea.

Solamente había un dibujo en el que no había sido capaz de encontrar fallos por mucho que lo mirase, un retrato en el que había capturado hasta el más mínimo detalle del modelo. Era mi mejor trabajo, pero nunca vería la luz. Nunca nadie vería la belleza de aquella obra. Quedaría guardado en aquel lugar, junto con todo lo que no quería volver a recordar.

—La comida está lista. A comer todo el mundo, que esto huele de maravilla y tiene que saber mucho mejor —dijo mi padre, sacándome de mis pensamientos, mientras dejaba los últimos platos en la mesa.

La comida estaba de muerte. Mi padre tenía un toque especial para las barbacoas. Había hecho comida para cinco mil personas y, aun así, no sobró nada. Hablamos sobre sus futuras vacaciones. En dos semanas viajarían a España para disfrutar de unas merecidas, junto al Mediterráneo. Habían reservado habitación en un hotel almeriense en primera línea de playa. Mi hermano estaba ansioso por llegar. Se había comprado un set de buceo, pues le habían dicho que las aguas eran cristalinas y con ellas podría disfrutar de aquel ecosistema marino.

Me habían preguntado cientos de veces si quería acompañarlos, pero, con todo el trabajo que la exposición había supuesto, necesitaba tiempo para mí. Además, no podía dejar a mi pequeño Floppy durante una semana. Maddy estaría encantada de hacerse cargo de él y estaría en las mejores manos, pero a mí me partiría el corazón estar tanto tiempo separada de él.

Cuando terminamos de comer, entre todos recogimos la mesa, pero mi padre y Lara me echaron de la cocina cuando intenté ponerme a fregar los platos y, tras varios intentos para volver a entrar, al final desistí.

Pedí permiso a mi padre para usar el ordenador del despacho y ver si mi madre me había enviado algún correo. Esa semana aún no había tenido noticias suyas, así que estaba un poco preocupada.

Subí a la segunda planta y entré en el despacho de mi padre, que estaba junto a mi antiguo dormitorio. Esa habitación de la casa siempre había sido mi favorita. Dos de las cuatro paredes que conformaban dicha estancia estaban llenas de estanterías repletas de libros, no solo de leyes y cosas de abogados, sino de toda clase de ejemplares de todos los géneros. En un rincón de la estancia seguía el mullido sillón que mi padre compró cuando yo tenía ocho años para que me sentara a leer mientras él trabajaba en sus casos. No puedo ni contar a cuántos lugares he viajado en ese sillón. Cogía un libro, me sentaba allí y me perdía entre las páginas de ese mundo de papel.

Abrí el ordenador y accedí a mi correo. Allí estaba lo que esperaba, un email de mi madre, pero fue otro el que llamó mi atención, de alguien con quien no hablaba desde hacía casi ocho años.

Lo abrí.

Estaba desconcertada. No podía dar crédito.

En ese momento mi padre entró en su oficina.

—Kiara... ¿Ha pasado algo? —dijo mi padre con inquietud al ver mi cara de estupefacción.

—Es Clare. Viene a Londres.

CAMBIOS

Septiembre de 2006, New Bern, EE. UU.

La vuelta a clase no aconteció como yo esperaba.

Regresé a New Bern tras pasar un verano fantástico con mi padre en Londres. Como cada año, y aunque había recorrido sus salas tantas veces que me lo conocía de memoria, habíamos ido a visitar el Museo de Historia Natural y allí había comprado unos llaveros de triceratops para regalar a mis amigas junto a unas pulseras de la amistad, que había elegido unos días después en una tienda de complementos cercana a la casa de mi padre.

Cuando llegué al instituto, estaba deseando verlas para poder darles los presentes y que nos pusiéramos al día sobre aquello que habíamos hecho durante las vacaciones. Pero algo no fue bien.

Estaban todas: Sasha, Cintia, Camilla, Natasha y Angelina. Las encontré junto a sus taquillas, hablando y riendo tan alto que estaba segura de que todo el instituto podría enterarse de aquella conversación. Me acerqué a ellas para saludarlas y no podía creer lo que veían mis ojos.

—¡Vaya cambio, chicas! Estáis guapísimas —dije con total sinceridad al ver cómo el estilo de mis amigas había cambiado, dejando atrás esa imagen de niñas para dar paso a cinco adolescentes preocupadas por su *look*.

—Kiara... Tú estás... ¡No has cambiado nada! —exclamó Sasha con una falsa sonrisa de la que no me percataría hasta tiempo después—. Veo que sigues obsesionada con los dinosaurios.

Su mirada me recorrió de pies a cabeza, prestando especial atención a mi camiseta de *Jurassic Park*.

El timbre que daba comienzo a las clases sonó y nos despedimos para ir a nuestras correspondientes aulas, quedando en encontrarnos a la hora de la comida en la cafetería del instituto, en nuestra mesa de siempre.

Durante las clases, apenas pude concentrarme en las lecciones. Las ganas de conocer qué tal habían ido las vacaciones de mis amigas me hacían mirar el reloj cada dos segundos, como si con cada mirada a este el tiempo fuese a avanzar más deprisa. Pero todos sabemos que, cuando queremos que el tiempo avance con rapidez, los minutos se vuelven horas y el tiempo parece no seguir su curso.

Cuando la esperada hora de la comida llegó, deseé que esta no hubiese llegado nunca. El verano había sido muy largo y todo el mundo parecía haber cambiado. Mis amigas no hacían más que hablar de los chicos a los que habían conocido en el campamento de verano, sus nuevas amigas y las fiestas. Yo parecía no tener cabida en sus conversaciones y, cuando les di los regalos, sus comentarios, afilados como cuchillos, comenzaron a herirme uno tras otro:

—Kiara..., esto es tan... de tu estilo —titubeó Angelina.

—Pensaba que ya se te había quitado la tontería de los dinosaurios —se mofó Sasha.

—Son muy peculiares —rio Camilla mientras sujetaba su pulsera de la amistad con su dedo pulgar e índice agitándola de un lado a otro.

—Vamos, chicas, no seáis malas con Kiara —intervino Natasha—. Ella no ha podido madurar en el verano como nosotras al estar allí en Londres sola con su padre. No hay nada que

una buena tarde de compras y peluquería no pueda arreglar.

Tras el comentario de Natasha, se enzarzaron en una conversación para decidir cuál sería el estilo que más podría ir conmigo, cómo debería de maquillarme, qué grupos de música escuchar... y todo para ser popular.

—Chicas, a mí me gusta vestir como lo hago. No quiero donar a la iglesia toda mi ropa y renovar el armario con otras de tonos pastel. Y, sobretodo, jamás en mi vida me desharé de todo lo que tengo en casa que tenga que ver con los dinosaurios.

Estaba cansada de escucharlas hablar de mí como si no estuviera presente, como si fuera un personaje de *Los Sims* al que podían manejar a su antojo. No me gustaba que la gente tratase de tomar decisiones por mí y mucho menos que trataran de cambiar quien yo era.

—Os lo dije. Es una friki —intervino Cintia por primera vez en todo el día—. Yo me voy con Louis y los demás. Nos están esperando en las gradas del pabellón de baloncesto.

Cintia se levantó de la mesa y, sin dirigirme ni una mirada, caminó en silencio fuera de la cafetería. Las demás la imitaron y yo me quedé allí sentada, tratando de contener las lágrimas y con la certeza de haber perdido a mis mejores amigas por no querer renunciar a lo que era.

Los días fueron transcurriendo, sintiéndome impotente al ver como mis amigas cada vez tenían menos tiempo para mí. Al principio, la sutileza marcaba sus palabras, hasta que poco a poco dejaron de ser cuidadosas por no herirme para pasar a hacerme desplantes delante de toda la cafetería.

Dos meses después de mi vuelta al instituto, me encontraba sentada en una de las mesas de la cafetería comiendo sola, apartada de todos, cuando Sasha y Cintia pasaron cerca de mí.

—Mírala, Cintia. Esta va a terminar como la loca de los gatos de *Los Simpson*, pero con figuritas de dinosaurios. Es una friki —dijo Sasha en un tono lo suficientemente alto para que escucharla los que se encontraban a nuestro alrededor y, por supuesto, yo misma.

—Es patética —secundó Cintia.

Y ambas se echaron a reír.

La ira se apoderó de cada parte de mi ser, pero apreté los puños, agaché la cabeza y no dije nada. Las lágrimas luchaban por salir de mis ojos, pero no iba a permitir que me vieran llorar.

—¿Patética? —Una chica que estaba sentada a unas mesas de distancia se puso de pie y encaró a Sasha y a Cintia—. ¿Y qué se supone que sois vosotras? No solo os dedicáis a hablar mal de la que fue vuestra amiga sin motivo alguno, sino que lo hacéis delante de todos y sin dirigiros a ella de manera directa. ¿Sois felices ahora que le habéis hecho sentir mal?

—Cállate, Clare. Nadie te ha dado vela en este entierro —aseveró Sasha.

—No voy a callarme y dejar que sigáis machacando a la gente para sentiros superiores a los demás.

Hubo varios aplausos por parte de aquellos que habían presenciado la escena. Sasha y Cintia hicieron un movimiento de melena y, con la cabeza alta, salieron de la cafetería.

Clare cogió su bandeja de comida y se sentó frente a mí.

—Hola, soy Clare —se presentó con una gran sonrisa.

CAPÍTULO 5

De: cweaver07@mymail.com

Para: kiaragreen@mymail.com

Asunto: Te extraño

Querida Kiara:

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. No me puedo creer que en estos ocho años no nos hayamos puesto de acuerdo para vernos. Pero tengo una fantástica noticia: ¡VIAJO A LONDRES A FINALES DE AGOSTO PARA PARTICIPAR EN LA INTERNATIONAL SPORT LEAGUE!

Tenemos que vernos.

Amiga, no te puedes imaginar todo lo que te he extrañado. Tenemos tanto de que hablar.

Espero tu respuesta en la que me digas dónde podemos vernos.

Te quiere,

Clare

—Parece que tu amiga ha olvidado todas las veces que la invitaste a venir a casa y en el último momento se echaba atrás.

A mi padre nunca le había caído bien Clare y, desde que nuestra amistad se hizo historia, dejó de ocultarlo.

—No es mi amiga, papá.

—¿Vas a responderle?

—No lo sé. ¿Qué me aconsejas?

—Aunque nunca me agradó, sé que tú la querías mucho. He visto lo mal que lo pasabas cada vez que ella cancelaba los planes a unos días de venir. Te he visto sentada delante del ordenador, esperando esa llamada por Skype que nunca llegó. También he observado cómo enviabas cientos de cartas y no obtenías respuesta alguna —me dijo mi padre mientras se sentaba junto a mí—. Y, si no me equivoco, algo tuvo que pasar durante aquel viaje a España que hiciste hace cuatro años para que todas las fotos junto a ella que colgaban de las paredes de tu habitación terminaran en la basura y no hayas vuelto a pronunciar su nombre hasta el día de hoy.

En ese momento, mi móvil comenzó a sonar.

—Hola, Maddy.

—Hola, Kiara. ¿Qué tal fue esa barbacoa familiar? Discúlpame ante tu padre y Lara por no haber podido ir a comer con vosotros.

—No te preocupes. ¿Qué tal el amigo de Connor?, ¿llegó bien?

—Sí, ahora duerme. Está con el *jet lag* —rio.

Aún recordaba lo mal que lo pasé yo cuando me mudé, así que no pude evitar sentir un poco de lástima por él.

—Espero que se adapte pronto. Y, dime, ¿para qué me llamabas?

—Bueno... —titubeó—. Resulta que hemos reservado mesa para esta noche en el restaurante chino que hay al lado del gimnasio de Connor y...

—¡No! Definitivamente, no —dije sin dejar que terminase de hablar—. Me prometiste que no volverías a hacerme ninguna encerrona. Ya he tenido suficientes citas a ciegas por el resto de mi vida.

—Te prometo que no es una encerrona. Si vienes, no se sentirá tan incómodo estando solo con Connor y conmigo. Ellos pueden hablar de sus cosas mientras nosotras hablamos de las nuestras.

—No sé...

—Para que veas que no es ninguna cita a traición, te dejo que te lo pienses. Hasta te dejo venir en el pijama de oso panda —dijo bromeando—. Hemos quedado a las siete y media allí. Piénsalo y me dices lo que sea.

No me había dado cuenta del momento en el que mi padre había abandonado su despacho para darme un poco de intimidad al teléfono. Así que regresé con mi familia al patio.

—¿Qué tal le fue a Connor en el entrenamiento? —preguntó Lara—. Debe tener los nervios a flor de piel.

—Por lo que dice Maddy, está muy entusiasmado con este campeonato.

—¡Qué bien! Es una lástima que no pudieran venir hoy.

—Tuvieron que ir al aeropuerto a buscar a un amigo de Connor que se quedará unos días en su casa hasta que llegue el resto de su selección.

—¿Qué deporte practica el amigo? —se interesó mi padre, que era un gran aficionado a todo tipo de deportes.

—Si te digo la verdad, no tengo la menor idea. Maddy me ha propuesto ir a cenar con ellos y he olvidado preguntárselo.

—¿Ves?, ahí tienes una amiga de verdad. ¿A qué hora habéis quedado?

Sabía que mi padre no dejaría pasar la oportunidad de soltar alguna que otra indirecta en referencia al correo de Clare.

—Aún no sé si voy a ir o no. Ya tuve bastante con las otras citas que me preparó.

—Kiara, solo te ha dicho que vayas a cenar con ellos —afirmó Lara—. No es una cita.

Y tenía toda la razón. Maddy no era de medias tintas. Si me planeaba una cita a ciegas, no intentaba disfrazarla, me lo decía sin miramientos y me obligaba a ir usando cualquier stratagema.

Tras hacer una pequeña parada en mi apartamento para dejar a Floppy, darme una ducha y arreglarme un poco para la cena, mi padre me acercó al restaurante. Le di las gracias y caminé hacia el interior con una extraña sensación en el estómago.

Habían pasado más de dos años desde la última vez que entré en ese lugar, pero estaba tal y como lo recordaba. Presidían la entrada dos grandes columnas de color oro. En su interior reinaba la armonía, evocada por la melodía de una cascada artificial cayendo a un pequeño estanque de peces koi y una suave música oriental de fondo.

—Kiara. Estamos aquí.

Maddy me llamó desde una de las mesas del fondo. Estaba sentada junto a Connor, frente a alguien al que solo podía ver la espalda. Entonces algo ocurrió. Su acompañante se giró y el mundo comenzó a ralentizarse. Mi mirada se encontró con unos preciosos ojos color miel que me miraban curiosos, como si yo fuese un enigma perdido en el tiempo. En cuanto a mí, estaba paralizada.

CAPÍTULO 6

Mi mente me gritaba que caminase hacia la mesa en la que me esperaban, pero mis pies no respondían.

—Señorita, necesito que se mueva. Estamos trabajando y está entorpeciendo nuestra labor — me reprendió uno de los camareros.

Le pedí disculpas y caminé hacia mis amigos, que me esperaban en la mesa junto a aquel chico de ojos color miel.

—¿Qué hacías ahí parada? —me dijo mi amiga con una extraña mirada que no supe descifrar—. Te presento a Tyler.

Una voz en mi interior me decía que no debería haber ido a la cena, que me inventara alguna excusa y me fuera, pero no podía hacer eso. Simplemente, saludé a Tyler con un único «hola» y me senté a la mesa.

La cena transcurrió entre anécdotas deportivas, risas entre amigas y miradas furtivas cuando nadie se daba cuenta.

Connor y Tyler hablaron sobre la International Sport League en la que se conocieron. Ocurrió cuatro años atrás, en España. Por aquel entonces competían en la misma categoría, pero no llegaron a competir el uno con el otro debido a que cada uno estaba a un lado del cuadrante y la única forma de enfrentarse entre ellos hubiese sido en la final. Ese año a ambos los eliminó el competidor ruso y eso fue lo que los unió. Días después, en la fiesta de clausura, Connor se acercó a Tyler para darle la enhorabuena por el gran campeonato que había hecho y estuvieron hablando hasta que Maddy secuestró a Connor y lo llevó hasta el hotel. Dos años después volvieron a encontrarse en México, aunque en esa ocasión Tyler no competía debido a una lesión. Fue entonces cuando surgió su amistad.

Mientras ellos revivían recuerdos, nosotras hablamos sobre los planes de boda. Aún no tenían fecha para el enlace, pero ambos deseaban hacerlo pronto. Querían una ceremonia íntima, por lo civil, donde solo asistieran sus familiares y sus amigos más cercanos; nada de invitaciones por compromiso en las que había que invitar al primo de la prima del novio de su tía. Era su día y no querían anteponer a nadie a sus verdaderos deseos.

Yo la escuchaba con atención, pero, como un acto reflejo, mi mirada furtiva iba una y otra vez hacia el muchacho que tenía a mi lado, tratando de capturar cada detalle para dejarlo grabado a fuego en mi mente. Y me odiaba por ello.

—Esta reunión merece ser terminada con una cervecita en el Flashlight —dijo Connor al salir del restaurante.

—Vais a tener que disculparme, pero mañana tengo que levantarme temprano y terminar de preparar algunos de mis trabajos —me excusé—. Tengo una reunión muy importante el jueves y el trabajo no se va a hacer solo.

—Vamos, Kiara, no seas aguafiestas. ¿No quieres concederme la revancha al billar? —me retó Connor.

El Flashlight era uno de nuestros locales favoritos de la ciudad. Cada vez que salíamos, terminábamos la noche allí. Sus paredes revestidas de piedra dotaban al local de una gran calidez rústica, a juego con las vigas de madera de roble que decoraban el techo. De este colgaban un par de lámparas de araña de metal, cuyos plafones, en forma de vela, le daban ese toque *vintage* que fluía por todo el *pub*. En el aire se respiraba un ambiente tranquilo donde tomar algo con los amigos mientras escuchabas a los mejores grupos ingleses de todos los tiempos.

Me ofrecí a ir a por las bebidas mientras los demás subían a la segunda planta para hacerse con una de las mesas junto al billar.

—Este lugar es genial. Me recuerda a la casa de mi abuela junto al lago Clermont.

No me percaté de que Tyler se había sentado junto a mí en la barra hasta que escuché su voz. No le respondí. Permanecimos en silencio mientras el camarero iba y venía para servirnos el pedido. Sabía que su mirada estaba fija en mí y eso me incomodaba.

—Parece que no te alegra mucho que esté aquí —rompió el silencio Tyler.

Lo miré con incredulidad y, cuando estaba a punto de decirle algo, Maddy nos interrumpió:

—No te preocupes, Tyler. Ella es así con los desconocidos. Ya verás cómo poco a poco su cara de pocos amigos cambia.

Lancé una mirada de advertencia a Maddy. No quería que volviera a planearme una de sus citas. Cogí mi refresco y me dirigí a las escaleras.

Tyler y Maddy no tardaron en seguirme.

—¿Quién se apunta a una partida de billar? —preguntó Connor mientras cogía un par de tacos de billar—. Tyler y yo contra vosotras dos. Quien pierda tiene que pagar un reto.

—Hecho —dijimos Maddy y yo al unísono.

Mi amiga era una experta jugando al billar y, aunque mis habilidades se basaban en saber darle con la blanca a alguna bola y entrarla por suerte, siempre que jugábamos juntas ganábamos.

Tyler comenzó rompiendo y metiendo una bola listada. Tenía que reconocer que tenía clase y sabía jugar. Metió un par de bolas más antes de fallar por poco una cuarta. Era el turno de Maddy, que entró una entera con tan mala suerte que la blanca fue tras ella. Connor erró dos veces el tiro por muy poco. Era mi turno. Me puse en posición, tenía todo a mi favor para encajar la bola, pero en el momento de tirar pinché el taco en la mesa, provocando las risas de Connor. Por suerte, la bola blanca se movió lo suficiente como para rozar una entera.

—Tyler, tenemos que ir pensando a qué vamos a retarlas. Esto lo tenemos ganado.

—No cantes victoria tan pronto, cariño. Esto no ha hecho más que empezar —contraatacó Maddy, guiñándole un ojo.

El juego prosiguió con una clara superioridad del equipo de los chicos. Maddy hacía lo que podía, pero después de la vergüenza de mi primer tiro, la cosa no hizo más que empeorar. Metí una de las bolas listadas y, por si eso no fuera suficiente, lancé tan fuerte que la bola blanca salió disparada de la mesa hacia la cabeza de Tyler, que la esquivó por poco. Eso sí, se le borró la sonrisa de superioridad por un momento de la cara. El resultado: los chicos cuchicheando y riéndose con cara endemoniada mientras planeaban cuál sería nuestra penitencia.

Tras varios minutos de deliberación, nos retaron a bajar a la planta baja cantando *They Don't Care About Us*, de Michael Jackson. Nosotras aceptamos sin miramientos, éramos chicas de palabra, aun siendo conscientes del gran destrozo que sufriría la canción del Rey del Pop. Mi talento cantando se basaba única y exclusivamente en mis conciertos a voz en grito en la ducha,

cuyo único oyente era Floppy desde el salón. Maddy tampoco era una virtuosa de la voz, por lo que la unión de ambas era todo un espectáculo cómico. Aun así, nosotras cantamos como si de profesionales nos tratásemos, poniendo sentimiento en cada palabra y unas expresiones que hicieron que nuestros compañeros no pudieran contener la risa. Y, por si fuera poco el ridículo, acompañamos nuestro concierto con un robótico baile.

Nuestro *show* había terminado, Maddy y yo reíamos a carcajadas ante la atenta mirada de desconcierto y varias risas contenidas de aquellos que disfrutaban de una noche de copas.

Durante el tiempo que permanecimos en el Flashlight me divertí sin pensar en nada más que el momento, dejándome llevar. Todo cambió cuando, en un instante, mi mirada se cruzó con la de Tyler. Me observaba fijamente, como si su mente estuviera viajando muy muy lejos, allá donde solo él era capaz de llegar. Dejé de reír al instante, apartando la mirada.

—Chicos, creo que va siendo hora de volver a casa.

CAPÍTULO 7

—Has venido muy temprano hoy, Kiara. El señor Park aún no ha llegado —me dijo el señor Thompson—. Podrías haber dormido un par de horas más, tienes la mirada cansada.

—A decir verdad, no he podido pegar ojo en toda la noche. Estaba muy nerviosa por la reunión de hoy.

Era una verdad a medias. Llevaba varios días en los que apenas había dormido. Intentaba calmar la tempestad desatada en mi mente a base de sobrecargarme de trabajo para no pensar.

El lunes me había despertado sobresaltada debido a una extraña pesadilla en la que me encontraba atrapada en un laberinto en el que, cada vez que hallaba la salida, esta iba desapareciendo cuando me acercaba, impidiéndome salir. Intenté volver a dormir, pero por más vueltas que di en la cama no pude conseguirlo. Me levanté malhumorada, desayuné lo poco que me entraba a esas horas de la madrugada y me fui a Hyde Park, una hora antes de lo acostumbrado, para correr mi media hora correspondiente y poner mi mente en pausa. Cuando regresé, tomé una ducha, cogí mi cuaderno de dibujo y mi cámara fotográfica y regresé al parque en busca de inspiración, donde me perdí por horas. Al volver a casa, me sumergí en mis quehaceres. Hice limpieza a fondo, puse un par de lavadoras, limpié la casita de Floppy y jugué con él y cociné un rico plato de merluza al horno. Al finalizar el día, había conseguido mantener mis pensamientos a raya. Estaba tan cansada que pensé que caería rendida en cuanto metiera un pie en la cama, pero, cada vez que conseguía conciliar el sueño, me volvía a despertar.

Martes...

Miércoles...

Jueves...

Así un día tras otro.

—¿Te apetece tomar un café mientras llega el señor Park?

—Si no le importa, me gustaría esperarlo en mi despacho. Voy a ver si consigo descansar un poco.

Mi despacho. Aún no estaba acostumbrada a ello. Cuando volvimos la primera vez de Corea, el señor Thompson me ofreció trabajar junto a él y otros paleontólogos en el Centro de Investigación Paleontológica, también conocido como CIP, del que era fundador y director. Acepté, encantada y orgullosa de ver cómo todo lo luchado estaba dando sus frutos. Ya fue un sueño formar parte del equipo de excavación del nido de velociraptor, pero ver que el futuro se abría paso ante mí, tras tanto esfuerzo, me llenó de satisfacción.

Comencé trabajando como becaria en el laboratorio para después volver a viajar a Corea, donde permanecimos durante un año entero. Cuando regresamos, un año y tres meses atrás, me ofreció mi propio despacho.

Tomé el ascensor hasta la segunda planta, donde se encontraba mi oficina. Era pequeña pero acogedora. Nada más entrar, me dirigí al pequeño armario junto a la ventana y saqué la manta que mi madre me envió desde la India. Siempre me enteraba de en qué parte del mundo había estado por sus envíos. Estaba viajando alrededor del mundo con su esposo y cada lugar nuevo que visitaba era un paquete que llamaba a mi puerta con un pequeño regalo y una carta.

Traté de dormir un poco en el sofá que fue mi cama durante un par de semanas, mientras trabajábamos en la exposición del velociraptor, pero me resultó imposible.

Cogí mi bloc de dibujo y uno de mis lápices y dejé que mi mano fluyera por el papel.

Cuando dibujaba, mi mente parecía quedar en pausa, sumida en un limbo de creatividad en el que solo estaba yo, perdida en esa expresión artística de vida.

—Esa mirada parece esconder una profunda tristeza y, a su vez, un brillo de esperanza.

Aparté la vista del dibujo, sobresaltada. No me había dado cuenta de que el señor Park había llegado.

—¿Cómo? —pregunté, confundida.

—Ese retrato muestra mucho observando solo los ojos del hombre. Sabía que no me equivocaba contigo. Mi intuición es certera en la mayoría de los casos.

Arranqué la hoja del retrato del bloc y lo guardé en uno de los cajones de mi escritorio. Ese retrato era uno de esos que no me gustaba enseñar a nadie, pero el tiempo me había ganado la batalla, avanzando demasiado rápido, y el señor Park me había pillado mientras trabajaba en él.

—Le he traído algunos de mis trabajos, como me pidió.

Estaba segura de que había notado mi urgencia en hacer desaparecer el dibujo de su vista, pero no hizo ningún comentario al respecto.

Le entregué los bocetos en primer lugar, sacó una especie de lupa y comenzó a examinar cada trazo, cada detalle.

—Interesante...

Eso fue lo único que dijo durante los veinte minutos en los que no levantó ni una sola vez la cabeza de los dibujos. Yo me limité a observarlo en silencio. Era un hombre extraño.

—Tienes una técnica exquisita. Sabes captar detalles que serían inapreciables para la mayoría de las personas y estoy seguro de que tus fotografías van a ir por el mismo camino. —Le pasé las fotografías. Pensé que se demoraría tanto como con los dibujos, pero les echó una rápida mirada y me dijo—: Voy a ser franco contigo. Voy a abrir una pequeña galería de arte aquí en Londres y estoy buscando a un artista que deje a todos boquiabiertos en la inauguración. Necesito un artista que tenga la capacidad de hacer ver al mundo lo equivocados que estamos, que cree un cambio en las mentes de todo aquel que nos visite. —No me estaba enterando de nada—. Y tú eres la artista que quiero.

—Pero, señor Park, el dibujo y la fotografía solo son *hobbies*. Yo no soy ninguna experta en ello.

—En mis galerías no necesito expertos con técnicas robóticas, necesito artistas que destaquen por su magia.

—Yo... No creo que sea la adecuada para inaugurar su galería. Solo soy una aficionada y esto que me pide es una gran responsabilidad.

—Solo piénsatelo —me interrumpió—. No tienes por qué responderme ahora. Te diré el tema que quiero tratar en la exposición y te daré un par de días para decidirte. El mundo está siendo destruido y nosotros somos los culpables. Necesito que hagas magia, que le muestres a todos lo que estamos destruyendo y las consecuencias negativas de nuestros actos. Quiero que muestres la belleza que podemos encontrar si estamos en armonía con la naturaleza y el desastre de su destrucción.

»La flora y la fauna del planeta se están extinguiendo poco a poco, el Ártico se derrite, la

contaminación ambiental es innegable... Me gustaría que crearas tu magia y mostraras al mundo el camino para detener la catástrofe.

Se despidió de mí haciendo una reverencia mientras se colocaba el bombín y daba tres pasos hacia atrás antes de girarse y marcharse, dejándome totalmente descolocada.

Definitivamente, era un hombre extraño. No me cabía la menor duda de ello. No estaba segura de haber entendido del todo bien qué era lo que quería que hiciese para su exposición, pero le prometí que me lo pensaría.

CAPÍTULO 8

Maddy me esperaba frente a la entrada montada en su MINI color rojo mientras simulaba tocar la batería sobre el volante al ritmo de una de las canciones de su grupo favorito de música, Imagine Dragons.

Se sobresaltó cuando abrí la puerta para sentarme junto a ella. Estaba tan sumida en su concierto imaginario que no había visto que me dirigía hacia el coche.

—Te dije que hoy no te escapabas —dijo mi amiga guiñándome un ojo—. Además, tengo el cebo perfecto para que no te escabullas: *banger and mash*.

—¿Intentas sobornarme con comida?

—Ambas sabemos que tu talón de Aquiles es la comida. Y tú, mejor que nadie, sabes que no puedes resistirte a un buen plato de esas salchichas con puré de patatas y salsa *gravy*.

Puse cara de ofendida, pero mi estómago decidió traicionarme en ese momento y ambas nos echamos a reír.

La comida estaba deliciosa. La madre de Maddy era una chef estupenda y su hija había heredado todo su talento. Llevaba el arte de cocinar en la sangre. La semana después de conocernos, me invitó a cenar a su casa. La señora Grant nos preparó *thieboudienne*, un plato tradicional senegalés que la abuela de mi amiga solía preparar a sus hijos en días especiales, como los cumpleaños, antes de emigrar a Europa.

—Esto debe ser lo que comen los dioses —le dije aquel día. La señora Grant sonrió complacida. Me encantaría cocinar así. A mí me sacan de los huevos fritos y estoy perdida.

Y así fue como me invitó a las lecciones de cocina que realizaba para su hija cada miércoles. Maddy aprendía muy rápido y sus platos estaban para chuparse los dedos. En cuanto a mí, digamos que se me daba mejor comer que cocinar. Aun así, al final le cogí el truco a los fogones y, a pesar de que no llegaban a tener nunca el mismo sabor y la presencia que los de mi amiga o su madre, tenían un buen gusto. Durante ese primer año aprendimos a hacer muchos platos de todos los continentes, desde los famosos tacos mexicanos, pasando por el *lamington* australiano, hasta el pato laqueado a la pekinesa chino. Me hice un buen recetario con los sabores del mundo.

—Maddy, si no fuese porque tu madre es insuperable, la eclipsarías —le dije a mi amiga—. Estaba riquísimo.

Ayudé a Maddy a recoger la mesa y, mientras ella se encargaba de lavar los platos, fui preparando los aperitivos y las bebidas que habíamos pasado a comprar, antes de venir a su casa, para nuestra sesión de cine.

—¿Qué te pareció Tyler? —me preguntó—. Esta semana no has dado señales de vida con el tema de la reunión con el empresario coreano y no hemos podido hablar en estos días. Es guapo, ¿verdad?

—No es para tanto. Creo que hemos comprado demasiados aperitivos. Después de lo que acabamos de comer, vamos a explotar.

Me apresuré a cambiar de tema. Sabía que mi amiga podía llegar a ser muy insistente y yo no tenía ganas de pisar ese terreno. Sería como andar en arenas movedizas y no quería hundirme.

—No me cambies de tema —replicó—. Sí, claro. Por esa razón no dejabas de mirarlo durante la cena mientras te contaba sobre los planes de boda, mientras jugábamos al billar... Tenías la cara como un tomate.

—Voy a ir llevando las cosas al salón.

Traté de escaparme de la conversación, ignorándola, pero Maddy me seguía pegada como una lapa.

—¿Sabes? Tyler parecía muy interesado en ti. No dejó de hacer preguntas hasta que llegamos a casa y se fue directo a dormir.

—No sé qué va a querer saber sobre mí —espeté mientras ponía la bolsa de palomitas en el microondas—. Parece el típico tío que no ve más allá de su propio ego.

—Vamos, Kiara, no seas así. El chico solo quería saber un poco sobre ti: ¿Qué tal llevas lo de vivir lejos del lugar en que naciste?, ¿a qué te dedicas? Cosas así. Creo que le has gustado.

—No digas tonterías, Maddy. Jamás saldría con alguien como él.

El timbre del microondas, anunciando que las palomitas ya estaban hechas, me salvó de tener que seguir hablando de Tyler. Aunque, conociendo a mi amiga, sabía que pronto volvería a la carga.

En el salón corrimos las cortinas, pusimos la película y disfrutamos como si de un cine se tratase.

—¡Lo va a matar! ¡Lo va a matar! —repetí mientras mi cuerpo se tensaba, preparándose para el inminente susto.

La película estaba a punto de terminar. Había visto *The Ring* un montón de veces, pero seguía dándome tanto miedo como la primera vez que la vi. Aunque el problema no era la película. El problema era mi mente perturbada que cada vez que la veía hacía que me pasara las noches, durante una semana, encendiendo y apagando las luces para comprobar si había alguien observándome para acabar con mi vida mientras dormía.

En la escena, Samara comenzó a salir del televisor. Las luces del salón se encendieron sin previo aviso y las dos proferimos un grito agudo, lanzando las palomitas por los aires y abrazándonos para protegernos de la niña del pozo, que había salido de la pantalla para llevarnos con ella. O, al menos, eso fue lo que imaginamos en ese momento.

Ambas miramos instintivamente hacia la puerta, con el corazón a mil por hora. No esperábamos a nadie. Tyler y Connor habían salido bien temprano para entrenar y mi amiga me comentó que no volverían hasta pasada la hora de la cena. Pero allí estaban, de pie junto a la puerta del salón, mirándonos como si de dos locas nos tratáramos.

Un cojín chocó contra la cara de Connor, que corrió hacia mi amiga para vengarse en forma de ataque de cosquillas.

—Te lo tienes merecido —dijo mi amiga entre risas, intentando zafarse de su prometido—. ¿Qué quieres? ¿Librarte de mí a base de ataques al corazón?

—Jamás me libraría de ti —respondió él—. Eres la luz de mi mirada.

—Bueno, creo que aquí vamos sobrando, Kiara —comentó Tyler mientras carraspeaba—. Por lo que parece, hoy tendré que conocer la ciudad yo solo.

Connor le dio un fugaz beso a Maddy en los labios y dijo:

—De eso nada. Además, no podemos dejar pasar la oportunidad de que Kiara nos acompañe.

No pasé por alto el guiño de ojo que Connor lanzó a Maddy. No me gustaba nada el rumbo que parecía estar tomando esto. Se suponía que no iban a llegar hasta que yo no me hubiese marchado. Había hecho bien el cálculo del tiempo para no tener que encontrarme a Tyler y que mi amiga retomara su papel de casamentera, pero por alguna razón desconocida para mí, la cual me aventuraba a adivinar, habían vuelto mucho antes del entrenamiento.

Mientras mi amiga se arreglaba, Connor me acercó a casa para que pudiera darme una ducha y ponerme ropa cómoda para hacer de guía a Tyler junto a mis amigos. La idea no me hacía mucha gracia y se reflejaba en mi cara. Pasamos todo el trayecto hasta mi casa en silencio.

—Tyler es un buen chico, Kiara —me dijo Connor al subir a mi apartamento—, deberías darle una oportunidad para conocerlo un poco. Te caería bien.

—No quiero darle ninguna oportunidad, Connor. Maddy y tú deberíais entenderlo y dejar de buscarme una pareja que no necesito.

—No me estoy refiriendo a que le des una oportunidad en sentido amoroso, solo a que no seas tan cortante con él cuando trate de hablarte.

No dije nada, pero por la forma en que me miraba supe que mi cara era como un libro abierto en esos momentos. Sabía que Connor no insistiría. Él conocía qué se sentía cuando no podías confiar en los demás, lo que costaba conocer gente nueva y dejarla entrar en tu vida.

Me preparé lo más rápido que pude. No quería hacer esperar mucho a mis amigos, aunque estaba segura de que, cuando volviéramos a su casa, Maddy aún no estaría lista. Aun así, tampoco la ocasión merecía que me esmerase demasiado en arreglarme. Me vestí con una camiseta blanca básica y el peto corto vaquero que tanto me gustaba, me calcé unos tenis blancos, me hice una trenza espigada, y fuimos a recoger a Tyler y a Maddy para pasar, seguramente, una de las peores tardes de toda mi vida.

CAPÍTULO 9

El día era perfecto para dar un paseo por la ciudad. La temperatura alcanzaba sus máximas en lo que llevábamos de verano y ni una sola nube había en el cielo que amenazara con dejar caer un pequeño chubasco. En el fondo, agradecía a mis amigos que me sacaran de casa. Mi plan para pasar la tarde se basaba en tumbarme en el sofá y hacerme un maratón de *House*, algo nada recomendable para mi no diagnosticada hipocondría.

Visitar Londres en una sola tarde es imposible, así que decidimos que lo mejor sería comenzar por Westminster y proseguir el *tour* por la ciudad en otra ocasión.

—Maddy, si no bajas ahora mismo, me veré obligada a subir a por ti —le dije a mi amiga por tercera vez por el telefonillo—. No es posible que nos haya dado tiempo a ir a mi casa, ducharme, vestirme y volver a por vosotros y que aún no hayas terminado.

—Ya casi estoy.

Y se perdió la conexión.

Volví a apoyarme en la pared con los brazos cruzados y tamborileando el pie sobre la acera.

—Tyler, al paso que vamos, vas a tener que conocer la ciudad en tu próxima reencarnación. Como ves, mi amiga no es precisamente la puntualidad inglesa de la que todos hablan. No sé qué va a pasar el día que estos dos se casen —le dije, dirigiéndome a él por primera vez en todo el día, quedando tan sorprendida como el receptor.

—Como puedes observar, Tyler, Kiara es la exageración personificada. Pero no te preocupes, ladra mucho, pero no muerde.

Caminamos durante media hora hasta Trafalgar Square. En ese tiempo, Connor y Tyler nos estuvieron contando cómo llevaban los nervios por la International Sport League que daría comienzo en diez días, y la competición de taekwondo sería de las primeras en celebrarse. Ambos estaban nerviosos ante el acontecimiento, cada uno a su manera.

Connor se mantenía firme en que su decisión de subir de categoría había sido una buena idea, que debería haberla tomado con antelación. No tener que hacer dieta, entrenar con varias sudaderas, la deshidratación..., todo ello para poder dar el peso el día del pesaje. Pero en menos de setenta y cuatro se sentía liberado. Ciertamente era que los competidores de dicha categoría solían ser muy altos y fuertes, pero él también lo era. Su mayor preocupación era la potencia en los petos; a mayor categoría, mayor potencia. Su otra preocupación era el competidor iraní, uno de los competidores más completos que conocía. Buena técnica, reflejos, velocidad y una gran capacidad para leer los combates. Connor quería medirse contra él, no le tenía miedo, pero tampoco era tonto. Esperaba que, de enfrentarse con aquel chico, fuese en la gran final. Su objetivo era simple: conseguir medalla.

En cambio, Tyler era un poco más ambicioso. No le bastaba con conseguir cualquier medalla, él ansiaba el oro. Tras quedarse a las puertas en España y no poder competir en México, Tyler había puesto cuerpo y alma en cada entrenamiento, adquiriendo nuevos recursos y perfeccionando aquellos que ya poseía. Lo ocurrido en España era una espina que seguía clavada en él, pero pensaba hacerla desaparecer en ese campeonato. Temía volver a ir a punto de oro, el asalto de desempate, y perder. Que su mente volviera a abandonarlo en mitad del combate o volver a caer

en la lesión que lo mantuvo alejado de los tapices durante más de un año.

—Creo que va siendo hora de que alguien baje al ruso del pódium y me gustaría ser yo —dijo Tyler—. Quiero mi revancha y no pienso perder.

—Pareces muy seguro de ti mismo —le dijo Maddy.

—El oro es para quien más lo desea y, créeme, lo deseo más que nadie.

Las palabras de Tyler no concordaban con lo que decía su rostro, pero ninguno de mis amigos pareció darse cuenta. Era obvio que deseaba el oro, pero había algo que me hacía pensar que no estaba tan seguro de sí mismo como quería aparentar.

Tras nuestra primera parada del *tour* en Trafalgar Square, en la que Tyler quedó perplejo ante la gran columna de Nelson, proseguimos nuestro camino hacia el Big Ben y los jardines del parlamento.

Tyler iba a gastar toda la memoria de su móvil en el pequeño primer *tour* londinense. Fotografiaba todo lo que encontraba a su paso, desde edificios hasta un caniche ataviado con un montón de lazos rosas, atado a una silla de una terraza de una cafetería mientras su dueña tomaba café y coqueteaba con su acompañante, soltando tímidas risitas.

—Vamos, tenemos que hacernos una foto todos juntos con el Big Ben de fondo —nos dijo emocionado.

Parecía un niño pequeño que se levanta temprano para abrir los regalos de Navidad. No podíamos decirle que no ante tal entusiasmo.

—Tenemos que ir al Palacio de Buckingham —propuso Tyler—. Tengo que ver con mis propios ojos si esos guardias reales que tenéis aquí están tan erguidos y son tan disciplinados como se dice.

—Por favor, no me digas que uno de tus grandes sueños respecto a esta ciudad es hacerte una foto con un guardia real o hacer el tonto delante de ellos para ver si se ríen o no —dije con un toque de decepción en la voz—. Los pobres hombres ya tienen suficiente con tener que estar durante todo el turno de pie y, encima, aguantar a los turistas graciosillos de turno.

—No seas aguafiestas, Kiara —dijo entre risas Connor—. Es nuestra próxima parada.

Maddy me lanzó una pícaro mirada. Sabía la que se me avecinaba.

—Además, no disfraces de falsa preocupación por los guardias lo que realmente te pasa con que la gente quiera hacerse fotos con ellos.

Ahí estaba, lista para hacer que la vergüenza que pasé ese día volviera a mí.

—¿Sabes una cosa, Tyler? Kiara tenía la misma duda cuando se mudó —comenzó a decir Maddy—. Y un día descubrió que, si le tocas mucho las narices a un guardia, puedes tener problemas. Resulta que estábamos haciendo una visita al palacio y toda la gente trababa de hacer reír a la guardia, pero hubo un muchacho que se pasó de la raya: se acercó a uno de los guardias y lo tocó. Bueno, el guardia metió tal vozarrón gritando «No toques a la Guardia de la Reina» que el muchacho salió escopetado de allí. Pero eso no fue lo divertido, no. Lo más gracioso fue que Kiara no se esperaba para nada esa reacción y se dio tal susto que se tropezó con sus propios pies, cayendo sobre un charco.

No pude aguantarme la risa mientras movía la cabeza de lado a lado como una advertencia de venganza. Pasé tal vergüenza ese día que, aún hoy, sigo riéndome de ello.

—Sí, sí. Tú riéte. Eso no fue lo mejor de todo —continuó—. Cuando se levantó, tenía todo el pelo pegado a la cara. Unos niños que estaban de visita con sus padres la miraron y, riéndose,

comenzaron a gritar «¡Cuidado con el monstruo!». ¿Y qué se le ocurre a ella? ¡Hacer de monstruo! Empezó a correr tras los niños, diciendo que los iba a atrapar. Menudo panorama. Todo el mundo mirando. A decir verdad, pasé yo más vergüenza que ella. Los niños, encantados de librarse del muermo de visita y de divertirse un poco y Kiara, bueno, es Kiara. Le encantan los niños y no pierde oportunidad para jugar con ellos.

Cuando nos divertimos, solemos olvidar aquello que nos preocupa. Eso era lo que me estaba pasando en esos momentos. Lo estábamos pasando realmente bien, hablando de cosas banales, anécdotas competitivas y alguna que otra vergonzosa, como la mía.

—¡Vaya con la chica que susurra a los dinosaurios! —dijo Tyler, entre risas.

Dejé de reírme y una expresión sombría llenó mi rostro. No podía creer que se hubiera referido a mí de aquella manera. Aceleré el paso, visiblemente molesta.

Tropecé con mis propios pies, precipitándome hacia el suelo de frente. Conseguí poner las manos, evitando que mi cara chocase contra la acera. Me dolían las rodillas y las palmas, pero mi orgullo estaba más herido aún.

—¿Estás bien? —me preguntó Tyler, tratando de ponerme en pie. ¡Madre mía, Kiara! Estás sangrando.

—¡No me toques! —le grité, deshaciéndome de sus brazos—. ¡Apártate de mí!

Tyler me soltó, pero su mirada siguió fija en mi rodilla, con una preocupación innegable.

—Kiara, creo que te estás pasando —me reprochó mi amiga.

La ignoré.

—No quiero volver a verte en mi vida, Tyler —le dije llena de rabia.

CAPÍTULO 10

Corrí.

Corrí como si estuviera siendo perseguida por una manada de lobos hambrientos, como si mi vida estuviera en peligro.

No paré de correr hasta que llegué a mi casa, empapada en sudor. Cerré la puerta tras de mí y me dejé caer, con la espalda reposando sobre la puerta. Me abracé a mí misma y escondí la cabeza entre mis brazos, permitiéndome llorar después de mucho tiempo. Permanecí allí sentada, dejando salir aquello que guardaba en mi interior en forma de pequeñas gotas saladas.

Llamaron al telefonillo varias veces, pero no tenía ni fuerzas ni ganas de ver quién insistía tanto en verme. No me apetecía nada hablar con nadie, tan solo quería que mi mente se quedara en blanco por un instante, olvidar.

—Kiara, abre la puerta. Sé que estás en casa.

Maddy había conseguido llegar hasta mi puerta. Conociéndola, lo más seguro era que se hubiese quedado sentada en el portal esperando a que apareciera algún vecino o tal vez hubiera llamado al telefonillo de alguno con el pretexto de haber olvidado las llaves.

Sabía que mi amiga podía llegar a ser muy cabezota, pero no quería enfrentarme con ella en esos momentos. De verdad que no. Me limité a quedarme ahí, esperando a ver si se marchaba, debatiéndome entre abrir o no abrir la puerta.

—¿Quieres dejar de comportarte como una cría pequeña maleducada y abrirme la puerta para que podamos hablar de lo que ha pasado hace un rato?

Sabía que no se iría, que sería capaz de quedarse toda la noche haciendo guardia en la puerta o incluso llamar a los bomberos para poder entrar; así pues, me levanté poco a poco, sequé mis lágrimas y le permití pasar.

Maddy entró como una exaltación, dirigiéndose al salón, realmente enfadada.

—No tengo la menor idea de qué es lo que te pasa, pero te has pasado, Kiara. Estás de lo más rara y... —Se quedó de piedra, mirándome fijamente de arriba abajo. Debía de tener un aspecto horrible entre la caída y las lágrimas. Me llevó hasta el sofá y desapareció en dirección al baño. Al momento, volvió cargada con mi kit de emergencias y un bol, que llenó de agua—. Estás hecha un desastre —me dijo mientras lavaba mis heridas para poder desinfectarlas.

Odio la sangre y, por consiguiente, las heridas. No podía mirar mientras mi amiga aplicaba sobre ellas aquel líquido que me producía escozor en la piel, sujetándome fuerte para que no me retirara.

Cuando las rozaduras estuvieron limpias, se levantó, se dirigió a la cocina y preparó dos tazas de té.

—No pongas esa cara y bebe. Te sentará bien.

Maddy sabía perfectamente que el té no era de mis bebidas favoritas y que, si podía evitar beberlo, lo evitaba. Aun así, siempre tenía varias bolsitas en el armario para las visitas; sobre todo para ella, a la que le encantaba. Así que bebí en silencio. Un silencio que se volvió algo incómodo, con Maddison taladrándome con la mirada, esperando que yo diera el primer paso y confesara.

—Bueno, ¿vas a decirme qué diablos ha pasado?

Se cansó de esperar.

—No ha pasado nada —dije sin más—. Es solo que no quiero volver a verlo. No me gusta. No me da confianza. Mira, lo he intentado, ¿vale? Pero no puedo obligarme a que me caiga bien y vosotros tampoco. No lo soporto.

—Pues no lo entiendo. ¿Qué se supone que no te gusta de él?

No quería seguir hablando de ello, pero Maddy no cesaría hasta que no obtuviera respuestas.

—Nada. No me gusta nada de él. Su manera de hablar, de caminar, de sonreír, de pensar... No aguanto su presencia.

Sabía que me estaba comportando de una manera infantil, pero no podía controlar mis emociones. Los pensamientos iban a mil por hora en mi mente y no podía evitarlo.

—Te gusta —me dijo riéndose.

—No.

—Sí —afirmó—. Te gusta y te da miedo. Por eso actúas así.

No quería seguir escuchando sus locuras e intentos de emparejarme con todos los chicos con los que podía, con la esperanza de hacer que mi corazón se ablandase un poco. Además, Tyler no era el chico más apropiado para ello.

—Quédate ahí si quieres, Maddy. Yo me voy a ir a dormir. Ha sido un día muy largo y necesito descansar.

Y, sin más, me dirigí a mi dormitorio, dejando a Maddy plantada en el salón.

No tardó en seguirme. Sabía que lo haría.

—¿Puedes dejar de huir de las cosas, Kiara?! —me gritó—. Si te ha molestado algo de lo que te ha dicho Tyler, solo díselo, pero no lo trates como si fuera un trapo viejo. No tienes la menor idea de la cara que se le quedó cuando te fuiste. Parecía realmente dolido.

Un pinchazo atravesó mi corazón. Lo ignoré. Comencé a desvestirme para ponerme el pijama, ignorando a mi amiga, que esperaba una reacción por mi parte. No dije nada y me metí en la cama.

—Por favor, Kiara. No me vayas a decir que todo esto es por el comentario que ha hecho de los dinosaurios —me dijo más calmada mientras se sentaba junto a mí en la cama—. Estoy segura de que no pretendía molestarte. Lo estábamos pasando bien y, de repente, estallas tras esas palabras. Es absurdo.

No podía más con aquello. Estaba cansada y la ira crecía a pasos agigantados en mi interior.

—¡Cállate, Maddy, no tienes ni idea de cómo es! —le grité incorporándome de la cama.

—¿Y tú sí? —espetó Maddy, muy enfadada. Ambas lo estábamos—. ¡Joder, Kiara! No puedes tratar de esa manera a todos los chicos que intentan hablarte. No tengo la menor idea de qué fue aquello que te hizo tu ex, pero no todos son como él. ¡Por Dios, Kiara! Si ni siquiera dejas que ningún hombre se te acerque para entablar una amistad contigo. Deja ya de estar perdida en el pasado.

—No puedo, Maddison.

—¿Por qué no?

Me dirigí al armario y busqué entre mis cajas de zapatos. Allí estaba, una caja negra cerrada ocho años atrás y no abierta desde entonces. Mi propia caja de Pandora. Vacíe su contenido sobre la cama junto a mi amiga, que extendía su brazo para alcanzar una fotografía.

—Es él...

DECIR ADIÓS

Julio de 2010, New Bern, EE. UU.

KIARA

La primera lágrima cayó mientras me preguntaba cuándo había comenzado a temer contar lo que me pasaba.

Mis palabras se agolparon en mi lengua, pero no fui capaz de pronunciar ninguna mientras la presión en mi pecho comenzaba a crecer.

—¿A qué viene esto otra vez?

—Tengo miedo, ¿vale? —exploté—. Miedo a que el amor no sea más que un cuento de hadas, algo utópico y huracanado que destroza todo a su paso. Tengo miedo a que mi pasado se convierta en nuestro futuro, con discusiones de quién tiene la culpa, cercados por nuestro propio ego, sin poder ver el daño que creamos. Sabes que mañana me voy a Londres a pasar lo que queda de verano con mi padre. Esperaba que pasaras el día conmigo, me dijiste que lo harías. Pero, por lo visto, una vez más cancelaste nuestros planes para estar con tus compañeros del gimnasio.

—¿Es que no tengo derecho a estar con mis amigos? No puedo estar todo el día pendiente de ti.

—No es eso lo que quiero. ¿Es que no lo entiendes?

No, no parecía entenderlo, y eso me frustraba enormemente. No podía creer cómo miraba a otro lado sin querer ver cómo lo nuestro se desmoronaba ante el intento de fuga de los sentimientos que nos habían unido.

Me preguntaba si había dejado de latirle el corazón. Y esa sensación de huida me llevaba a la conmoción, al dolor, a la pérdida.

Sacudí la cabeza como si pensara que estaba loca y sentí que me faltaba el aire, me asfixiaba y me flaqueaban las rodillas mientras que un sollozo se abría camino en mi garganta.

El tiempo pareció congelarse mientras permanecía sentada en un frío y austero banco, con la mirada fija en las huellas que su abandono había dejado.

Elevé la vista intentando encontrar a Polaris, ese astro que guía el camino a aquellos que están perdidos, siempre apuntando hacia el norte. Pero las lágrimas centelleaban en mis ojos, empañándome la visión. Estaba perdida y no había nadie que pudiese salvarme de la caída.

TYLER

Me marché sin mirar atrás, sin querer escuchar ninguna explicación. Estaba cansado de tanto drama. Xavier, Zoe, Clare, Wyatt... tenían razón, habíamos iniciado nuestra relación demasiado

rápido y, seguramente, no fuimos capaces de manejar la situación.

La rabia recorrió cada parte de mi ser. No sabía qué era lo que Kiara quería de mí. Nunca era suficiente lo que podía darle. Siempre deseaba más y yo no sabía qué era lo que quería. Constantemente enfrentada al qué dirán, analizando cada palabra, cada expresión, sintiéndose amenazada. Pero... ¿por quién? Solo por sus fantasmas y sus miedos.

Conocía su pasado, pero este no debía condicionar su futuro y mucho menos el mío.

Me dirigí al *pub* donde había dejado al equipo tras el entrenamiento improvisado que habíamos tenido en casa de Zoe, con la intención de unirme a ellos, con el propósito de iluminar transitoriamente la oscuridad que dominaba mi interior.

Sin embargo, sentí algo en el pecho que casi me tumbó en seco. ¿Dónde iba? Cuando conocí a Kiara, todo cambió en mi vida. Había estado tan ciego. ¿Qué importaba lo que pensarán los demás? Era mi vida, y solo yo podía decidir cómo y con quién vivirla. Había pasado años centrado en los entrenamientos y los estudios, dejando a un lado las fiestas y excursiones con el instituto, los viajes con mi padre que tanto me gustaban de niño, solo pensando en el equipo y en ganar. Ahora, seguía queriendo superarme a mí mismo en referencia a mi carrera deportiva, pero también quería vivir. No quería perderme todo aquello que la vida me ofrecía. Quería viajar, salir a divertirme y hablar de otra cosa que no fueran competiciones, lesiones y dietas deportivas. Pero, por encima de todo, quería crear recuerdos con Kiara.

Sin embargo, aunque daba marcha atrás a mis pasos, sabía que estos, aun cambiando de rumbo, no me llevarían a nada.

KIARA

No sé cuánto tiempo estuve sentada en aquel banco esperando que regresara. Pero no lo hizo. Supongo que siempre estuvimos destinados a decirnos adiós. La brisa nocturna mecía mis cabellos, pero para mí el mundo había dejado de girar.

Regresé a mi casa. Agradecí a la fortuna que mi madre estuviese dormida y no fuese testigo de la desolación que asolaba mi rostro. No estaba de humor para someterme a un interrogatorio y, menos aún, para ver la lástima hacia mí en sus ojos.

Me dirigí presurosamente a mi habitación, encendí el ordenador y cancelé el billete de regreso.

TYLER

La llamé durante toda la noche, pero no obtuve respuesta. El sonido del despertador retumbó en mis oídos, instándome a levantarme. No había dormido nada, pero tenía que verla antes de que tomara ese avión. No podía irse sin que arregláramos ese desastre, sin que supiese que iba a estar allí, esperando su regreso.

Agarré el teléfono, tenía que volver a intentar hablar con ella, pero no marqué. En la pantalla parpadeaba un mensaje de Kiara. Me apresuré en leerlo y juro que no estaba preparado para esas palabras:

No vuelvas a llamarme, no voy a volver. Adiós.

KIARA

Decir adiós nunca fue fácil, pero decir adiós a alguien a quien amas es poner tu corazón contra la pared.

Eché el último vistazo a mi alrededor, buscando su rostro en la multitud, sin hallar respuesta. Mi esperanza se esfumó como la nieve en primavera y arrastré mi maleta hacia un nuevo destino.

TYLER

Tarde, siempre tarde.

Cuando la suerte no está de tu parte, no puedes esperar llegar a tiempo para evitar que la chica suba al avión que la llevará al otro lado del océano. Para no volver.

KIARA

Mientras sobrevolaba el océano, me repetí a mí misma que ya no había nada más que decir, nada más que hablar. Hay veces que no se puede volver atrás. El orgullo había podido más que todos los momentos vividos junto a él y, tal vez, con el paso de los años, fuera más fuerte que lo mucho que pudiera extrañar a esa persona que siempre me había ayudado a seguir adelante.

CAPÍTULO 11

En los años que llevábamos siendo amigas, jamás me había atrevido a contarle qué fue lo que realmente pasó con Tyler. Ni siquiera fui capaz de decirle cómo se llamaba. No lo hice por desconfianza, sino porque quería enterrar bien lejos una historia de amor hecha pedazos. Me avergonzaba haber abierto mi corazón completamente a alguien solo para perder toda la confianza y esperanza en el amor verdadero. Todo podía haber sido perfecto, un maravilloso cuento de hadas en el que Tyler y yo éramos los protagonistas, pero me terminó estallando en la cara.

Mi amiga permaneció en silencio durante todo el relato, le conté cómo nos habíamos conocido, cómo surgió la magia entre nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Las llamadas de teléfono hasta bien entrada la madrugada, nuestra primera cita en el Centro Científico de Greensboro. Le hablé también de los paseos por la playa y de los besos en la frente mientras me daba un cálido abrazo.

Tyler había sido un gran apoyo para mí, nos complementábamos el uno al otro como nunca pensé que me ocurriría con nadie, pero no todo lo que vivimos fue bonito. Le expresé mi rabia ante los comentarios que nuestros conocidos hacían sobre nosotros, enmascarados por una broma, pero cortantes como el filo de un cuchillo: «Vais demasiado rápido», «Pasáis mucho tiempo juntos». Al principio, ignorábamos dichos comentarios; con el tiempo, empezaron a ser molestos, se convirtieron en nuestro yugo. De la noche a la mañana, Tyler comenzó a comportarse de lo más extraño conmigo, cancelaba nuestros planes y cada vez quedábamos menos.

Terminé mi testimonio con nuestro último adiós.

—¿Sabes una cosa, Maddy? —pregunté a mi amiga con voz entrecortada—. Lo peor de todo esto es que, en ocasiones, callamos cosas que podrían ser importantes por miedo a perder a la otra persona y, cuando queremos decirlas, es demasiado tarde. Y yo lo sabía. Sabía que definitivamente todo aquello que me unía a Tyler se había roto, y con él se hicieron pedazos todas las emociones, todos los sueños, todas las ilusiones... Aquella noche, en el fondo, sabía que iba a acabar perdida en la oscuridad de un adiós que, de alguna forma, ambos creamos sin darnos cuenta.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—No lo planeé, simplemente, sucedió de ese modo —admití—. Cuando llegué al restaurante y lo vi allí sentado, no sabía qué hacer. No esperaba volver a verlo, no quería volver a verlo. Al ver que nos presentabais y él no daba muestras de conocerme, tomé la oportunidad e hice lo mismo. Pensé que, si hacía como si no nos conociéramos, sería como si nunca hubiera existido una historia entre nosotros. Pero me equivocaba.

Comencé a mirar todos los recuerdos esparcidos: decenas de fotografías, conchas recogidas en nuestros paseos por la playa, entradas de cine, un retrato a lápiz que le hice una mañana de Navidad, aquel oro que ganó en el Open de Tennessee, el colgante de apatosaurio que me regaló por el simple hecho de darme una sorpresa... Tantos recuerdos escondidos durante años. Me faltaba el aliento, y un torrente de lágrimas comenzó a brotar de nuevo de mis ojos. Era como si todos los males del mundo hubieran salido a la luz tras abrir esa caja.

Maddison me abrazó con fuerza. Me conocía lo bastante bien como para saber que no era

necesario que me dijera nada, que lo único que quería era soltar todo aquello que me oprimía por dentro.

El teléfono de Maddy comenzó a sonar, se disculpó y salió al pasillo para hablar. Yo me tumbé en la cama y cerré los ojos, tratando de no pensar en nada, pero la cabeza me daba vueltas.

Al poco tiempo, mi amiga volvió a entrar.

—¿Kiara?

No respondí, simulando haberme quedado dormida.

Escuché cómo Maddy se movía por la habitación y poco después salía de esta, cerrando la puerta tras de sí.

Mis lágrimas volvían a correr por mis mejillas sin control. Enterré la cara en la almohada para silenciar mis sollozos, sintiendo todo aquello que había ocultado por tanto tiempo, hasta que, finalmente, en algún momento de la madrugada, el cansancio venció al dolor, quedándome dormida.

Quando me desperté, me sentí desorientada y el dolor me taladraba la cabeza. Miré el reloj de la mesilla de noche, era casi mediodía. Entonces me di cuenta de la caja negra que descansaba junto al reloj y todo me vino a la mente de nuevo. Mi propia caja de Pandora al descubierto. Maddy debió guardar los recuerdos de nuevo en su interior cuando entró. El cansancio me tentó a quedarme en la cama todo el día, pero sentía la boca demasiado seca. Esa noche debí llorar toda el agua que había en mi cuerpo.

De camino a la cocina, me quedé parada en mitad del pasillo.

—Todavía sigue dormida. Estoy preparando algo para que coma. Iré a despertarla cuando termine. ¿Qué tal se encuentra Tyler?

—Hablamos un poco esta mañana. Dijo que era un estúpido y que era normal que Kiara lo odiara —respondió Connor a través del altavoz del móvil, que mi amiga tenía sobre la encimera en manos libres—. Hace un par de horas me dijo que necesitaba salir a tomar el aire y no ha vuelto todavía.

—Debe de ser duro reencontrarse después de tantos años con alguien a quien pensabas no volver a ver nunca.

—¿Crees que aún sienten algo el uno por el otro?

—No lo sé, pero de lo que sí estoy segura es de no querer encontrarme en su situación nunca. Anoche vi a Kiara realmente destrozada. Jamás la había visto así.

Por supuesto. ¿Quién querría vivir semejante desastre? Pero eso nunca le pasaría a Maddy. Connor y ella tenían la relación más sana que había visto en mi vida. Los envidiaba por ello.

Mis amigos cambiaron de tema, por lo que aproveché para entrar en la cocina. Le hice una seña a Maddy para que no se preocupara por mí y siguiera hablando, pero se despidió de su prometido y comenzó a servir la comida.

Mientras comíamos, sentía su mirada fija en mí. Su mirada de preocupación, como si temiera que volviera a desquiciarme como la noche anterior. A decir verdad, yo también lo temía.

—Maddy, si sigues mirándome tan fijamente, voy a empezar a pensar que estás enamorada de mí —traté de bromear—. No me gustaría tener que decirle a Connor que prefieres casarte

conmigo antes que con él.

—Ja, ja. Muy graciosa.

—Maddy, no te preocupes. Estoy bien. Solo necesitaba soltar todo lo que llevaba guardado dentro. Estoy como nueva.

—¿De verdad? —me preguntó mi amiga, alzando una ceja—. ¿Te has mirado al espejo hoy? Tienes un aspecto horrible.

Encendí la cámara delantera de mi móvil para ver qué aspecto tenía. Maddy tenía razón, las pronunciadas ojeras y los ojos hinchados de haber llorado toda la noche me daban un aspecto un tanto tétrico.

—No tengo tan mal aspecto —mentí—. Además, no podría estar peor que el día que te comiste aquellas frambuesas y se te puso la cara como la del jorobado de Notre Dame.

—Kiara. Pareces un orco de Mordor.

Ambas estallamos en carcajadas, liberando la tensión del día anterior.

—Ahora en serio, Maddy —le dije a mi amiga cuando conseguimos detener el ataque de risa—. Estoy bien. Estos días he estado un poco en *shock* porque nunca imaginé volver a encontrármelo, y mucho menos que Connor y él fueran tan amigos. Ahora, ya me he hecho a la idea. Ve con Connor, estos días está muy ocupado con los entrenamientos y el poco tiempo libre que tiene para estar contigo no quiero robárselo.

Maddy se marchó después de comer. Cogí a Floppy y me senté con él en el sofá, acariciándolo.

—Parece que no se puede huir del pasado, pequeñín.

CAPÍTULO 12

Desde que Maddy descubrió mi historia con Tyler, comenzó a venir cada día a casa con suculentos platos para asegurarse de que comía bien. Estaba preocupada por mí y, aunque yo no hacía más que repetirle que me encontraba bien, que soltar todo lo que llevaba años guardando para mí había sido como una liberación, no acababa de convencerla.

—Maddy, tengo la nevera llena de recipientes —le dije al quinto día—. Sabes que me encanta comer, pero cada día me traes comida para un regimiento y aquí solo vivimos Floppy y yo, y él no cuenta porque tiene su propio alimento.

—¿Ves cómo no estás comiendo bien? —contraatacó mi amiga—. Conociéndote, esas fiambreras deberían estar ya vacías, pero ahí siguen.

—Siguen ahí porque he estado quedándome a comer en la oficina la mayoría de los días. Como Nicholas ha caído enfermo, el señor Thompson y yo estamos hasta arriba de trabajo investigando las muestras que nos llegaron la pasada semana. Agradezco que te preocupes por mí, pero, por favor, no me traigas más comida o acabará estropeándose.

Maddy susurró entre dientes algo que logré entender como «A mí no me engañas, cascarrabias», pero era muy tarde y tenía que ir a trabajar, así que decidí ignorar el comentario.

Como si de una madre sobreprotectora se tratara, me acercó al Centro de Investigación Paleontológica. No lo hizo por temor a que no fuera a trabajar, sino para asegurarse de que llevaba conmigo el envase de pollo asado con patatas y almendras que me había preparado.

Saludé a Jack, el conserje, y bajé al laboratorio, donde el señor Thompson estaría reunido con algunos de los investigadores que estaban trabajando en el análisis del esqueleto incompleto encontrado a un par de kilómetros del velociraptor.

—¿Alguna novedad? —pregunté desde el interfono al otro lado de la cristalera.

—En estos momentos estamos extrayendo los minerales de la muestra, pero estamos casi seguros de que el tejido flexible que tanto ansiamos estará ahí cuando la desmineralización haya concluido —me comentó mi mentor desde el otro lado—. Te mandaremos todos los datos en cuanto hayamos concluido para que puedas añadirlos al informe.

—Estaré en el despacho, aún tengo que hacer unas llamadas al CIP de Montana en referencia al yacimiento de Hell Creek.

—Confío en ti para cerrar este acuerdo. No podemos dejar escapar esa oportunidad —dijo el señor Thompson, lanzándome una de sus sonrisas de ánimo antes de proseguir con sus quehaceres. No había dado ni dos pasos cuando se dio la vuelta y volvió a pulsar su botón del interfono. Kiara —me llamó—. Antes de realizar esas llamadas, deberías comer un poco. Llevas unos días sin parar y no tienes buen aspecto.

—No se preocupe, señor T —le contesté mostrándole la bolsa de comida que Maddy me había obligado a llevar—. Traigo provisiones.

Subí al despacho con la intención de realizar las llamadas y dejar el pollo para la noche, pero el rugir de mis tripas me hizo cambiar de parecer, pasar junto a la puerta del despacho y refugiarme en la pequeña salita para calmar los gritos de protesta de mi estómago.

Había mentido a Maddy, llevaba días sin comer bien, sin ir a correr, sin tener tiempo para

mí, tan solo centrada en el trabajo. En parte era cierto que los días en el centro estaban siendo bastante trabajosos, pero una parte de mí sabía que tenía que dejar descansar mi mente y volver a verme abajo, recordando aquello que pudo ser y no fue y que el destino había vuelto a poner en mi camino de manera cruel e imprevisible, volviendo mi mundo patas arriba.

Necesitaba tomar las riendas de mi vida, cerrar la caja de Pandora de nuevo, sellarla con llave y lanzarla al fondo del mar, donde nadie pudiera encontrarla. Tyler estaba en Londres, pero no volvería a estar en mi vida. Habían pasado muchos años desde que él tomó su decisión, y su elección no fui yo. Había pasado muchos años atada a la decepción y no iba a permitir sumirme en ella de nuevo, no cuando tenía el trabajo de mis sueños, una familia y amigos leales y un bonito apartamento cercano a Hyde Park donde vivir con mi pequeño Floppy.

Las decisiones importantes se toman en los momentos menos pensados, y fue en ese momento, mientras devoraba el delicioso pollo con patatas que Maddy me había preparado, cuando decidí que el pasado no me atraparía entre sus garras. Llevaba una buena vida y no dejaría que nada ni nadie lanzara por la borda todo el esfuerzo y la tranquilidad mental por la que tanto había luchado.

Media hora después, me encontraba cerrando el acuerdo con el Centro de Investigación Paleontológica de Montana para que nuestro equipo pudiera formar parte de la excavación que estaban realizando en Hell Creek.

Cuando me disponía a colgar el teléfono, el señor Thompson irrumpió en mi despacho.

—¡Hemos encontrado a la hembra! ¡La madre está aquí!

Calló de golpe al verme teléfono en mano.

—No se preocupe, la llamada está terminada y el trato está sellado. Que se prepare el equipo: ¡se van a Hell Creek!

—Sabía que lo conseguirías. Eres el amuleto del CIP —festejó el señor Thompson—. Hoy es nuestro día de suerte. Ya deben de haberte llegado los datos obtenidos para que los añadas al informe. El doctor Chun Ji Soo debe estar esperándolo.

—Me pongo ahora con ello.

—En cuanto añadas los últimos datos y los envíes, puedes irte a casa. Tienes unos días libres, te has ganado un merecido descanso.

CAPÍTULO 13

Hyde Park me esperaba.

Era hora de volver a tomar las riendas de mi vida, cumplir la promesa que me hice a mí misma y dejar de autodestruirme con la negatividad. Tenía que dejar de alimentarme de las piedras que la vida ponía en mi camino, abrir los ojos y potenciar aquello que me hacía sentir bien.

Me desperté temprano para retomar el hábito de salir a correr que había abandonado en esos días. Correr me hacía sentir bien. Me gustaba experimentar la sensación de libertad en cada zancada, contemplar las maravillas que el parque me mostraba, percibir el sonido de la naturaleza en una ciudad tan grande como Londres.

Bajé a la calle e hice algunos estiramientos antes de comenzar mi recorrido hacia Hyde Park. Decidí no seguir ninguna dirección en concreto, dejarme llevar por mis pies y disfrutar la vuelta a la cordura.

Mi idea era hacer una ruta larga que incluyese Kensington Garden, pero, cuando llegué a la estatua de Isis, tuve que replantearme una ruta un poco más corta en la que no morir en el intento por falta de aire y sobrecarga muscular. No me podía creer que en apenas un kilómetro y a un ritmo suave estuviese cansada.

Decidí que lo mejor era dejar para otro día la ruta que incluía los dos parques. Me marqué un nuevo recorrido: crucé el Serpentine Lake, donde casi tropiezo con un pato desorientado que se cruzó en mi camino, corrí hasta la estatua de Aquiles y, tras descansar unos minutos, pues sentía que mi corazón iba a salirse de mi pecho de un momento a otro, puse rumbo a casa a un ritmo más ligero, con la sensación de libertad que tanto buscaba.

Cuando apenas quedaban unos metros hasta el portal, aceleré el ritmo. Estaba empapada en sudor y necesitaba darme una ducha, reponer fuerzas con un buen vaso de zumo de naranja y unas pastas y sentarme en el sofá para disfrutar de un buen libro.

Pero mis planes se vieron alterados cuando, al llegar a mi apartamento, mis ojos se toparon con Tyler, sentado en las escaleras de la entrada.

Me quedé estupefacta ante su presencia. Mi corazón luchaba por salirse de mi pecho, descontrolado.

—¿Qué haces aquí? —atisbé a decir—. ¿Cómo sabes dónde vivo?

Dio un respingo. No se había dado cuenta de mi llegada hasta que mi voz lo sacó de sus pensamientos.

—Necesito hablar contigo, Kiara.

Su aspecto era triste, cansado, como si cargara sobre su espalda una mochila repleta de piedras. Verlo derrotado me produjo una punzada en el pecho que me hizo enfurecer. ¿Qué me importaba a mí cómo estuviera?

—No hay nada que tengamos que hablar tú y yo. —Apreté los labios, crispada, en un intento de no despotricar contra él debido al inmenso rencor que llevaba dentro.

Traté de sortear el tramo que me separaba de mi bloque de apartamentos, pero al pasar junto a Tyler cogió mi mano, produciendo que miles de mariposas revolotearan en mi interior. Como un

acto reflejo, me aferré a la suya.

—Kiara, por favor... —suplicó.

—Suéltame —le ordené, separando nuestras manos—. ¿Qué crees que estás haciendo? ¿Te crees con el derecho de venir aquí para hablar conmigo? Dejamos de tener algo de que hablar hace muchos años. Cuando traté de hablar contigo, pero tú no escuchabas lo que te decía, solo aquello que te interesaba escuchar. Cuando te fuiste y me dejaste sola en mitad de la noche en aquel parque.

—Yo...

—Tú nada, Tyler —le corté—. Tú no hiciste nada mientras todo se iba a la mierda.

Había comenzado a gritar y llorar al mismo tiempo. Cuando me sentía impotente y la rabia me consumía, no podía contener mis emociones y las lágrimas caían sin control. Me odié por ello, por mostrar debilidad ante él, pero necesitaba que supiera el daño que me había hecho.

—Me hiciste sentir como una loca —continué—, una paranoica que veía cosas donde no las había. Me hiciste creer que yo era la culpable de todo. Estábamos bien y, de un día para otro, parecíamos desconocidos. Cada vez que quedábamos, estabas más pendiente del móvil que de aquello que estábamos haciendo. Ya nunca me contabas nada de lo que te pasaba, como si te costase hablar conmigo. Ni siquiera me escuchabas. Me convertí en tu segunda opción para todo.

La gente que pasaba a nuestro lado nos lanzaba miradas de reproche mientras susurraban ante la escena que teníamos montada en mitad de la calle. Algunos vecinos, alertados por los gritos, estaban asomados a las ventanas y observaban con disgusto desde sus casas. Debía de parecer una loca.

Tomé aire y, con mis manos, sequé las lágrimas de mi rostro. Lo miré a los ojos y le dije:

—Vete, Tyler. Clare debe de estar a punto de llegar.

Entonces pasé por su lado, no intentó detenerme. Su mirada parecía afligida ante mis palabras. Subí las escaleras y cerré de un portazo la puerta, dejándolo solo en mitad de la calle.

LA CHICA QUE SUSURRABA A LOS DINOSAURIOS

Septiembre de 2009, Jacksonville, EE. UU.

Cuando Clare me dijo que la acompañara aquella tarde a su entrenamiento de taekwondo, pensé que acabaría aburrida como una ostra. Acababa de regresar de mi viaje a Londres, estaba cansada y, a decir verdad, el deporte no era mi gran pasión. Me gustaba salir a correr de vez en cuando para despejar la mente, pero practicar un deporte con tanto ahínco eran palabras mayores. Y mucho menos me gustaba verlo.

Se había apuntado a principios de agosto y, nada más volver de su primera clase, me había llamado para contármelo. Estaba entusiasmada. Yo no sabía qué tenía de interesante pegarse patadas los unos a los otros, pero Clare me dijo que el taekwondo no era eso, sino respeto, compañerismo, humildad, superarse a uno mismo. Aun así, yo seguía sin entenderlo.

Su padre nos acercó hasta Jacksonville, donde estaba ubicado el gimnasio, un rinconcito acogedor en el que se respiraba un ambiente cálido y familiar. Mientras Clare entrenaba, su maestro me ofreció una silla y un café con pastas para hacer la espera más amena.

Conforme aguardaba, mi mirada se posó en un joven que parecía llevar el deporte en la sangre. Era alto, atlético, de tez bronceada y su cabello castaño ondeaba con cada movimiento. Su postura a la hora de realizar cualquier ejercicio denotaba una seguridad deseable, manifestando velocidad, agilidad y elegancia en cada movimiento.

Contemplé al resto de la clase. Mi amiga tenía razón. El compañerismo y el respeto se hacían palpables en el ambiente. Los cinturones altos ayudaban a los más noveles en la ejecución de técnicas, corrigiéndoles los errores cometidos. Pude ver cómo se animaban los unos a los otros cuando el cansancio físico apremiaba, dándose fortaleza mental. Eran como una familia, apoyándose los unos en los otros.

Durante la hora y media de clase, mi opinión sobre las artes marciales había mejorado de manera considerable.

—Me ducho y nos vamos a tomar algo —dijo Clare—. Tienes que conocer a mis compañeros.

Clare y el resto del equipo no tardaron en estar listos. Fuimos a un pequeño *pub* cercano al gimnasio. Era un sitio de luz tenue y música suave, regentado por una pareja de chicos risueños.

Todos hablaban de las clases y de las futuras competiciones. Yo no sabía cómo intervenir en la conversación. No se me daba bien hablar con la gente y mucho menos hablar de algo de lo que no tenía ni idea. Nadie pareció darse cuenta de mi ausencia cuando decidí salir a la calle a tomar un poco el aire.

Un par de minutos después salió el chico a quien había estado observando durante el entrenamiento.

—¿Aburrida? —me dijo, apoyándose en la pared, a mi lado.

—No exactamente. Es más bien que... Bueno...

—No tienes ni idea de taekwondo —me cortó, con una sonrisa desenfadada.

—Exacto.

Observé sus ojos. Tenía una mirada amable que dotaba a sus ojos color miel de un brillo especial. Eran los ojos más hermosos que había visto nunca.

—Y tú, ¿qué haces aquí fuera en vez de estar con tus compañeros hablando de patadas, puños y giros espectaculares? —me aventuré a preguntar.

El chico soltó una carcajada. Tenía una risa divertida, eso me hizo sonreír.

—¿Giros espectaculares?

—Os he estado viendo, no creo que cualquiera pueda girar así.

—Es cuestión de práctica. Ya verás, cuando vuelvas a venir, vas a intentarlo.

—No creo que sea muy buena idea —vaticiné—. Soy lo que se dice una persona bastante torpe.

—No creo que sea para tanto.

—Créeme, me tropiezo hasta con mis propios pies —le dije mientras veía cómo sus ojos miel, acompañados de una sonrisa risueña, me miraban—. No te rías. Es un problema muy serio que tengo. —Le devolví la sonrisa.

Levantó sus manos en un acto de fingida inocencia, entonces tendió una mano hacia mí y me dijo:

—Por cierto, como nadie nos ha presentado, ya lo hago yo. Me llamo Tyler.

—Kiara.

Media hora después, cuando Clare y los demás salían del *pub* sin tener idea de dónde habíamos ido, seguíamos hablando. Habíamos perdido la noción del tiempo hablando de todo y de nada, olvidándonos de lo que nos rodeaba. Era demasiado fácil hablar con él y demasiado difícil averiguar el porqué.

Septiembre de 2009, Greensboro, CN

Aparté la vista de la pareja de pandas rojos que descansaban tranquilamente sobre los troncos para mirarlo a él. La emoción le llegaba a la mirada mientras hablaba, produciendo un brillo hermoso en sus ojos. Me gustaba escucharle hablar y descubrir cosas de él mientras paseábamos por el Centro Científico de Greensboro. No podía haber elegido un lugar mejor para nuestra primera cita.

Llevábamos hablando un par de semanas por el móvil cuando se decidió a invitarme a salir. El día que lo conocí, no creí que pudiera estar interesado en mí, pensaba que solo quería ser amable porque me sentía fuera de lugar junto a Clare y el resto de su equipo. Pero al empezar a hablar todo era más fácil, como si llevásemos una vida haciéndolo. Era divertido y dulce. La clase de persona que puede hacerte lanzar una moneda a un pozo de los deseos mientras piensas lo maravilloso que sería poder salir con él.

—Es una pena que se encuentren en peligro de extinción. —La voz de Tyler se endureció y la pena inundó sus ojos mientras observaba a los pandas rojos dormir—. Jamás entenderé cómo el ser humano es capaz de destruir todo a su paso.

—La caza furtiva está acabando con muchas especies. Hay que tener mucha sangre fría para querer hacerse rico a costa de matar animales solo por las pieles o para tener sus cuerpos

disecados colgando en la pared.

—No se trata solo de eso. Es verdad que los furtivos arrasan con todos aquellos animales que pueden llenar sus bolsillos de dinero: las colas de las jirafas, los cuernos de los elefantes y rinocerontes, las pieles de serpientes, osos, zorros... Pero la destrucción del medio ambiente también está acabando con muchas especies —constató Tyler—. Demasiada contaminación. Cada vez son más los desechos plásticos que se tiran al mar, la deforestación agresiva. Con los pandas rojos, no solo la caza furtiva ha llevado a que se encuentren en peligro de extinción, sino también la desertización de su hábitat.

—Sabes mucho sobre este tema.

—Mi padre es zoólogo. Sobre todo, está especializado en mamíferos y aves, aunque no siente indiferencia por ningún animal —me contó Tyler—. De pequeño, me llevaba a algunos de sus viajes hasta que comencé a competir y eran otros los viajes que tenía que hacer.

—¡Qué pasada! Has tenido que viajar entonces por muchos lugares —dije, asombrada.

—Algo sí que he viajado, pero no tanto como me gustaría. Lo más lejos que he ido ha sido a un open en Canadá. Y con mi padre nunca salí de Estados Unidos. Jamás he cruzado el charco, pero me encantaría visitar Europa.

—¿También viajas fuera del país para tus campeonatos?

—Nosotros no solemos desplazarnos muy lejos, pero el año pasado nuestro maestro nos llevó a un par de compañeros y a mí a un Open G1 en Canadá. Fue una de las mejores experiencias de mi vida. —Nos habíamos sentado en un banco a conversar. Tenía a Tyler tan cerca que me era imposible apartar la vista de sus ojos—. El taekwondo es una parte esencial de mi vida. Ahora estoy trabajando duro para poder presentarme a la International Sport League.

—¿La International Sport League? —pregunté sin entender.

—Es una competición deportiva a nivel mundial donde deportistas de diferentes disciplinas se reúnen cada dos años —respondió Tyler—. Es como una especie de Juegos Olímpicos. Solo van los seleccionados, los mejores. Este año no he logrado conseguir un puesto en la selección, pero sé que algún día lo conseguiré.

—Y yo estaré allí para animarte. Sé que lo lograrás, así que ahorraré para poder ir a verte a cualquier parte del mundo donde se celebre.

—¿Es una promesa? —preguntó Tyler, formando una pícaro sonrisa.

—Por supuesto. Así podré decirle a todo el mundo que conozco al mejor taekwondista de todos los tiempos.

—Y a ti, ¿qué es lo que te apasiona?

No sabía qué decirle. Me daba vergüenza confesarle que era una friki de los dinosaurios.

—Vamos, cuéntame algo de ti. No me digas que no tienes aficiones o sueños que cumplir —insistió Tyler.

—Me da un poco de vergüenza hablar de ello —confesé. Había sido un año difícil en el instituto.

—¿Por qué habría de darte vergüenza hablar de algo que te encanta? —Ante mi silencio, él continuó—: No me digas que tu gran pasión es pintar y coleccionar tapas de inodoros. Sabía que estaba bromeando por la sonrisa y la mirada bromista con la que me miraba, aun así, me quedé estupefacta—. No me mires así. El otro día leí que un anciano creó su propio museo en Texas. Nada de lo que te guste puede ser peor que eso.

Ignoraba si lo de la colección de inodoros era cierto o se lo había inventado para que me sintiera más cómoda hablando con él, pero lo cierto es que me sentía segura a su lado. Me gustaba Tyler, la forma en la que me miraba y sonreía mientras cogía mi mano, animándome a hablar.

—La verdad es que desde pequeña siento fascinación por los dinosaurios. Me gustan mucho, aunque no podría decir la razón a ciencia cierta. Solo sé que me encantaría ser paleontóloga y especializarme en paleozoología —dije con timidez.

—Vaya...

—Tengo una pequeña colección de figuras de dinosaurios y he visto cientos de veces *Jurassic Park* y *En busca del valle encantado*. Me conozco la sección de los dinosaurios del Museo de Historia Natural londinense como la palma de mi mano. Sé que es friki e infantil, pero es lo que a mí me gusta.

—No es friki e infantil. Es una pasada y una hermosa casualidad. Jamás había conocido a nadie a quien le gustasen los dinosaurios y yo no tengo ni idea de ellos. — Sosteniendo aún mi mano, se levantó del banco de un salto—. Sígueme.

A la carrera, esquivando a turistas y familias que disfrutaban de un día lúdico educativo, recorrimos la sección de los animales para volver a la del museo que habíamos pasado por alto a nuestra llegada.

Mis ojos no daban crédito a lo que veían. Había una gran sección dedicada a los dinosaurios, una gran exposición.

—Ha merecido la pena traerte a este lugar solo por ver la cara que tienes en estos momentos —me susurró Tyler al oído—. Estás preciosa.

Y fue allí, a los pies de un gran estegosaurio, donde Tyler me besó de la manera más dulce que jamás podría imaginar.

—Te besaría durante el resto de mis días, pequeña susurradora de dinosaurios.

CAPÍTULO 14

Estaba muy enfadada. Realmente enfadada.

¿Cómo se atrevía a presentarse en la puerta de mi casa para venir a hablar conmigo? ¿Hablar de qué? Nosotros dos no teníamos nada de que hablar.

Me dirigí a mi habitación, saqué la caja de Pandora del armario y me dispuse a tirarla a la basura.

Pero no pude.

Volví a dejarla en su lugar, al fondo del armario, y cogí mi teléfono móvil para llamar a Maddy. Tenía que darme algunas explicaciones.

—¿Por qué sabe Tyler dónde vivo? —le recriminé en cuanto respondió a mi llamada.

Maddison tardó unos segundos en contestar. No la había dejado ni saludar y, cuando respondió, parecía confundida.

—¿Cómo?

—Resulta que cuando he vuelto de mi carrera matutina por Hyde Park, hace unos minutos, me he encontrado a Tyler sentado en las escaleras de mi edificio —espeté, a sabiendas de que estaba siendo muy borde con mi amiga—. La pregunta es fácil, Maddy. ¿Cómo ha averiguado dónde vivo?

Maddy volvió a guardar silencio al otro lado de la línea.

—Kiara, si estás pensando que yo le he dicho dónde vives, estás muy equivocada —dijo Maddison al fin. Sonaba molesta por mi acusación y parecía tratar de mantener un tono de voz relajado—. No sé qué hacía Tyler en tu casa ni cómo averiguó tu dirección, pero déjame decirte algo. Si ha ido hasta allí, si ha dado la cara para intentar hablar contigo, deberías escucharlo.

—Pero...

—Escúchame, Kiara —me cortó—. Sé que te hizo mucho daño, pero también sé que tenéis una conversación pendiente. Tienes que pasar página y te conozco lo suficientemente bien como para saber que no podrás hacerlo hasta que no hables con él y te explique todo aquello que quieres saber, todo lo que lleva años rondándote por esa cabeza loca que tienes sobre los hombros, empezando por la razón por la que comenzó a alejarse de ti. El destino te está dando una oportunidad de cerrar ese capítulo de tu vida. No puedes pasar el resto de tus días atrapada en el pasado porque lo único que haces es hacerte daño a ti misma.

Las palabras de mi amiga me sentaron como un jarro de agua fría. En el fondo, sabía que tenía razón. Tenía que liberar la carga que llevaba sobre mis hombros desde aquella noche de verano en la que el adiós dejó heridas en mí que no terminaban de sanar porque yo no hacía más que echarles sal, quemándome con mi propio rencor.

—Lo pensaré.

Un silencio solo roto por el sonido de nuestras respiraciones se instaló en ambos lados de la línea. Hasta que, al fin, Maddy se animó a romperlo.

—Kiara, pasado mañana comienza el campeonato de taekwondo y me preguntaba si, a pesar de todo este asunto con Tyler, porque ya sabes que estará allí, aún querrías venir a verlo conmigo. Para animar a Connor.

Mi amiga solía ponerse muy nerviosa en cada competición a la que Connor asistía, temerosa de que le hicieran daño por un mal golpe. Por ello, siempre la había acompañado para animar a voz en grito a Connor y agarrarle la mano cuando este era alcanzado por la pierna del rival.

—No tienes ni que dudarlo. ¿Quién si no va a estar ahí para ver lo que ocurre durante el combate e ir narrándote mientras tú te tapas los ojos con las manos?

—Muchísimas gracias, Kiara. Tengo que irme, el desfile de apertura es esta tarde y tengo que preparar algunas cosas; no quiero perdérmelo. Mañana nos vemos, y recuerda lo que te he dicho: no sigas torturándote por un pasado que, al fin y al cabo, ya no se puede cambiar. Plántale cara.

Cuando Maddy colgó, me quedé un instante de pie, con el teléfono todavía en la mano, pensando en las palabras que mi amiga me había dicho.

Habían pasado muchos años desde que el camino de Tyler se separó del mío. Éramos jóvenes y con mucho que vivir aún como para que aquella relación que empezamos alocadamente fuese a durar por siempre. Aquello era lo que más me torturaba, el haber pensado que lo que Tyler y yo vivimos no tenía fecha de caducidad, que caminaríamos juntos de la mano hasta el fin de nuestros días, esquivando los baches de la vida, siendo el salvavidas del otro. Pero, para él, nuestra relación solo fue un amorío adolescente que tenía los días contados. Fui una ingenua al pensar que Tyler era mi otra mitad. Nadie en su sano juicio hubiese pensado que terminaría envejeciendo junto a la persona con la que empezó a salir a los dieciséis años, por muy enamorados que dijeran estar.

Dejé el teléfono y busqué en la nevera algo que fuese fácil de cocinar. Por suerte, algunos de los táperes que Maddy me había estado llevando esos días seguían ahí.

Comí rápido y me dispuse a leer un libro. Necesitaba calmar mis demonios que, pese a que la charla de Maddison me había servido para reflexionar y apaciguarlos un poco, todavía luchaban en mi interior, tratando de llevarse la poca cordura que me quedaba.

Fue tarea imposible. Tuve que releer varias veces el mismo párrafo porque no me había enterado de nada. Mi mente vagaba entre pasado y futuro, intentando buscar el modo de dejar atrás los fantasmas de esa historia que tanto me atormentaba. Pero las preguntas invadían mi mente sin control. ¿Podría perdonar a Tyler? ¿Y a mí misma? ¿Me habría echado de menos? ¿Qué diablos me importaba a mí si me había echado de menos o no!

Dejé el libro, encendí el televisor y me tumbé en el sofá. El desfile de apertura de la International Sport League estaba a punto de comenzar y lo retransmitían por la cadena nacional en directo.

Pasé dos horas frente al televisor, viendo cómo los deportistas de diferentes países de alrededor del mundo desfilaban portando sus banderas con la ilusión reflejada en sus rostros ante aquello que estaban a punto de vivir y maravillados por la gran multitud de personas que estaban allí concentradas para verlos.

Cuando los deportistas iban a cruzar las puertas de entrada, la retransmisión dio paso al estadio. Había un ambiente de fiesta donde el confeti y la serpentina volaban por todos lados. Cada vez que el reportero nombraba a los países participantes, sus atletas y técnicos desfilaban a sus asientos entre vítores y aplausos, juego de luces y música, entre la magia de un sueño hecho realidad, el de encontrarse disputando un campeonato a nivel mundial, representando a su país.

Los deportistas estadounidenses hicieron su aparición, ataviados con sus trajes de gala, y mi corazón se volvió loco. Busqué entre tantos rostros aquel que reconocería en cualquier parte y allí

estaba, con una sonrisa radiante. No pude evitar sonreír, alegrarme por verlo feliz, cumpliendo su sueño por segunda vez. Recordaba aquel tiempo en el que, juntos, hablábamos de cómo sería el momento de vivir esa experiencia. Prometimos que algún día ese sueño se haría realidad y yo estaría allí, viendo cómo las luces brillarían por él, alcanzando su deseo de alzarse campeón en un torneo de la International Sport League.

Cuando todos los deportistas tomaron su lugar, el alcalde de Londres subió a un pequeño escenario, ubicado en el centro del estadio, a dar el habitual discurso de apertura de la International Sport League. Comenzó el discurso agradeciendo a todos los asistentes su presencia, para proseguir hablando sobre la importancia del deporte, de la unión entre las diferentes culturas presentes del planeta como un camino hacia la paz, ganándose un clamoroso aplauso de todo el estadio. Continuó dando su gratitud al consejo deportivo por elegir Londres como la sede de 2018 y, para finalizar, deseó suerte a todos los competidores que lucharían por conseguir el título de Campeón de la ISL.

Una vez que el alcalde abandonó el escenario para regresar al palco presidencial, la cámara dio paso a otro de los escenarios ubicados en el campo del estadio, donde un talentoso grupo de bailarines cautivaron a los espectadores con una coreografía llena de sentimiento y una coordinación que llenó de armonía y color la actuación.

Diferentes grupos de baile, cantantes e incluso malabaristas y tragafuegos fueron los encargados de animar la apertura de unos juegos que, para muchos, estaban cargados de esperanza e ilusión. Pero para mí, aunque tratara de mentirme, se habían convertido en la llave para liberarme de las ataduras que yo misma me había interpuesto hacía años.

CAPÍTULO 15

Cuando Maddy llamó al telefonillo, mi corazón latió desbocado. El día anterior había tratado de mentalizarme de que podía hacerlo. Podía ir al campeonato y olvidar todo aquello que había pasado entre Tyler y yo, dejar a un lado el pasado y disfrutar con mis amigos de la experiencia, animar a Connor en cada combate y tratar de llevarme bien con Tyler. No es que tuviéramos que ser amigos ni nada por el estilo. Tan solo llevarnos cordialmente el tiempo que le quedaba en Londres. De todos modos, él volvería a su vida en Jacksonville en cuanto la International Sport League concluyera y yo seguiría con la mía como hasta ahora.

Cogí aire y lo expulsé lentamente, preparándome para poner a prueba mi autocontrol emocional, y bajé al encuentro de Maddison.

—¿Preparada para animar a Connor como si la vida nos fuese en ello? —le dije a mi amiga, saltando las escaleras del portal.

—¡Sí! —respondió a voz en grito, levantando sus brazos.

El campeonato de taekwondo tenía lugar en el pabellón uno del ExCeL, el lugar exacto donde acontecieron los combates de la misma disciplina durante los Juegos Olímpicos celebrados en Londres en 2012. Pasamos la hora que duró el trayecto, en parte debido a alguna que otra retención, poniéndonos al día sobre aquello que aún no sabíamos la una de la otra.

—Kiara, es genial que, al final, te decidieras a aceptar la oferta de aquel empresario de arte.

—Sí. Tenía muchas dudas al respecto; además, no es algo a lo que quiera llegar a dedicarme. Me encanta mi trabajo como paleontóloga y no lo cambiaría por nada del mundo, pero creo que es una experiencia que me gustaría vivir. —El ánimo que todos me habían brindado ante tal proyecto me había dado el valor necesario para aceptar el trabajo—. Eso no quita que esté muerta de miedo por la responsabilidad.

—Eres una fotógrafa y una dibujante magnífica. He visto muchas de tus fotos y dibujos, así que no trates de contradecirme —me dijo Maddy al verme abrir la boca para replicar.

—Pero recuerda que soy *amateur*, no estoy especializada en ello. Simplemente, es un pequeño *hobby* que tengo.

—*Amateur* o no, tienes algo maravilloso, y es la pasión que pones en ello.

—Aun así, es una gran responsabilidad. Ser la primera en exponer en una galería que acaba de empezar... ¿Y si a la gente no le gusta?

Maddy soltó una carcajada.

—Desde luego, Kiara, no hace falta que nadie ponga piedras en tu camino porque tu mente ya trata de ponerlas por sí sola. No tienes remedio. Si a la gente no le gusta tu arte, créeme que estarían locos de atar. El dueño de la galería es quien confía en ti, ¿no? Ya le has advertido que no eres ninguna experta y, aun así, quiere tu arte. Eso debería bastarte. —La sinceridad en las palabras de mi amiga consiguió obstruir el síndrome del impostor que, desde que acepté la oferta del señor Park, iba alzándose sobre mí con más fuerza—. Ahora, cuéntame, ¿cuándo es la inauguración? Porque necesito a mi dama de honor junto a mí el día 22 de diciembre.

Maddy siempre había deseado casarse en tiempo navideño. Una ceremonia íntima en la pequeña finca de los padres de Connor, cerca de la localidad de Marlow. En cientos de ocasiones

nos habíamos sentado, rodeadas de lápices y colores, a plasmar en bocetos sus más anheladas ideas. Mientras ella describía con el más mínimo detalle aquello que tenía en sus pensamientos, yo trataba de dibujar sobre el papel lo que mi amiga iba diciéndome.

Deseaba una decoración donde primaran los colores verde, rojo, dorado y blanco. A cada lado de la chimenea del gran salón habría un par de árboles de Navidad, coronados por hermosas estrellas y embellecido con pequeñas bolas rojas y luces doradas. Varias mesas redondas estarían distribuidas por la estancia para el banquete con sus manteles blancos, sobre los que descansarían una vajilla y una cubertería dorada, y, sobre los elegantes platos, servilletas rojas en forma de lazo. Un centro de mesa de cristal, con una vela blanca y pequeños frutos rojos con hojas verdes, terminaría de dotar a los comensales de la elegancia navideña que Maddy aspiraba a ofrecer en el banquete.

Cuando llegamos al pabellón, me sorprendí a mí misma pensando en cómo me gustaría que fuese mi boda. ¿Cuál sería el lugar en el que querría celebrarla? ¿Cerca de la costa, donde poder disfrutar de la brisa y el olor del océano en verano? ¿Sería en Londres o en New Bern? Por supuesto, no quería meter a la iglesia de por medio. ¿Querría una ceremonia íntima como la de Maddy o tal vez me volvería loca invitando a todo el mundo para que todos fueran testigos de la unión de mi vida con la de...? Aparté ese pensamiento de mi mente. ¿En qué diablos estaba pensando?

Eché un vistazo a mi alrededor. El júbilo estaba presente en la atmósfera, era imposible no contagiarse con la febril emoción. Las risas y conversaciones de los allí presentes y los «gritos de guerra» de los equipos que saltarían al tapiz para tratar de alcanzar el oro formaban una algarabía de bienestar.

—Teníamos que habernos traído unas banderitas —se lamentó Maddy mientras tratábamos de encontrar un sitio donde poder ver bien los combates de Connor pasando entre los espectadores que ondeaban las banderas de sus países—. Sentémonos aquí, Connor compite en el tapiz uno y desde aquí podemos ver bien el marcador.

Miré la pista. Había dos zonas de combate sobre las cuales los árbitros estaban reunidos, seguramente, distribuyendo sus posiciones y turnos.

—¿Cuánto dura cada combate? —pregunté a mi amiga mientras observaba cómo un par de árbitros colocaban los petos y los cascos junto a la silla de cada equipo.

—Según me comentó Connor cuando me llamó ayer tras el pesaje, serán tres asaltos de dos minutos cada uno, con un descanso entre asalto de un minuto. —Mientras Maddy hablaba, no dejaba de buscar entre la multitud—. Lo que sí que agradezco es la repartición que se ha hecho en cuanto a los combates. Este año, al poner solo dos pistas, han preferido hacer la competición en cuatro días en vez de en dos. Así no se hace tan larga la lucha por el pase a medalla. Mira —se interrumpió mi amiga—, ¡allí está Connor!

Connor nos devolvió el saludo y se sentó junto al resto de sus compañeros tras hacerle un guiño de ojo, cómplice, a Maddy.

—Espero que todo salga bien —dijo Maddison mientras cruzaba los dedos y cerraba los ojos con mucha fuerza.

Sin duda alguna, el nivel de los deportistas estaba a la altura de la competición. Maddy y yo contemplamos los combates que antecedieron al de Connor, prestando especial atención a los atletas de la categoría de este. En el primer combate, Alemania contra Rusia, el competidor ruso se impuso al alemán en una remontada en los últimos segundos. Los deportistas empleaban toda su astucia y técnica para tratar de puntuar en el peto del contrario, con amagos, esquivas y rapidez de patadas.

A medida que el combate de Connor se acercaba, Maddy se ponía más y más nerviosa. El tic que hacía que su pierna derecha se moviese sin parar no dejaba lugar a dudas.

—Hay mucho nivel, ¿no? —preguntó Maddy a nadie en concreto—. La mayoría de los combates están muy igualados.

En ese momento, la organización llamó a los representantes de Francia y Reino Unido de la categoría masculina menos de setenta y cuatro a zona de *checking* para la rutinaria comprobación de protecciones. Connor nos contó, tras volver del campeonato de México, que habían descalificado a un competidor por haberle encontrado sensores extra en empeines y guantes. De no haber sido atrapado, hubiese tenido más ventaja con respecto a sus contrincantes al contar con más sensores de los reglamentarios con los que puntuar en el peto electrónico de su rival. El llamado provocó que Maddy diera tal bote en su asiento que a la chica que estaba sentada a su lado se le cayó la banderita iraní que sujetaba en su mano, y le lanzó una extraña mirada, mezcla de enfado y miedo, a mi amiga.

Pocos minutos después, Connor estaba sobre el tapiz con el peto puesto, saludando al rival y colocándose el casco listo para el combate.

El primer asalto terminó ocho a tres. Durante el desarrollo de este, primó el tanteo de los competidores, probando al contrario con amagos. Connor logró alcanzar al francés Pierre Baudin con una acción a la cabeza, sumando a su marcador los tres puntos, pero Pierre fue más certero con el peto, puntuando cuatro veces, adelantándose en el marcador con una diferencia de cinco puntos sobre mi amigo. El segundo asalto no fue mejor para Connor, que consiguió alcanzarlo un par de veces más en la cabeza, pero sin conseguir que los puntos de peto subieran debido a la falta de potencia en las patadas. Por el contrario, el francés tomó una delantera considerable al cazarle un par de patadas de giro en el peto y otro par de acciones más en el costado. El final del segundo asalto llegó con el marcador veinte a nueve para Francia.

—¡Vamos, Connor, a por todas! —gritábamos al unísono Maddy y yo.

El último asalto fue apoteósico. Un espectáculo de coraje en el que Connor dio todo de él por alcanzar a su rival, trabajando los bloqueos y las esquivas, aprovechando la agilidad para escabullirse de la pierna del contrario y la rapidez para puntuar, con todas sus fuerzas, en ese peto que tanto se le resistía. Para terminar, en los últimos segundos Connor le encajó otro golpe en el casco a su oponente, dejando el marcador veinticuatro a veintisiete, consiguiendo así la victoria.

CAPÍTULO 16

Necesitábamos salir y tomar un poco el aire.

Dejamos nuestros asientos, para alivio de la chica que estaba sentada junto a Maddy, y salimos a la búsqueda de algún restaurante cercano al ExCeL. Aún quedaban dieciséis combates para que Connor volviese a competir, así que tendríamos tiempo para comer tranquilamente mientras esperábamos.

Tras callejear un poco tratando de localizar un lugar en el que nos apeteciese comer, dimos con un restaurante italiano que tenía una cuca terraza exterior decorada con jardineras y macetas que dotaban el lugar de una atmósfera fresca y relajada. Las mesas de madera de caoba, al igual que las sillas, estaban cubiertas con el típico mantel de motivos cuadrados rojos y blancos.

Uno de los camareros nos tomó nota de la bebida tras entregarnos la carta. Una vez la leímos de arriba abajo, estábamos seguras de cuál era la *pizza* que queríamos pedir para compartir: la *pizza margherita*. Aparte, porque sabía que me quedaría con hambre, me pedí un plato de milanesa de ternera con *linguine*.

—Eres un pozo sin fondo —rio Maddy cuando el camarero regresó con los platos—. Si mi abuela te hubiera conocido, estoy segura de que habría querido adoptarte. Estuvo encantada cuando mi padre le presentó a mi madre y se enteró de que era una experta en la cocina.

Durante la comida hablamos del combate de Connor, de cómo él ya le había comentado a su novia que temía no llegar a la potencia requerida en la patada al peto electrónico para que los puntos subieran al marcador. Fue todo un alivio que él no fuera de los que se rendían fácilmente, sino que luchaba hasta el final, poniendo todo su empeño en ello. El siguiente contrincante de Connor sería el español Luis Llanos, el cual había quedado plata en la International Sport League celebrada en México dos años antes. Sería un combate difícil, pero teníamos la esperanza de que Connor supiera resolverlo con maestría.

Íbamos a llamar al camarero cuando vi un rostro conocido que salía del interior del restaurante junto a varios de sus compañeros de selección. Mi cuerpo se paralizó por unos segundos, volviendo mi respiración acompasada, para acto seguido agacharme y esconderme bajo la mesa, haciendo temblar todo lo que había sobre esta.

—Pero ¿qué estás haciendo? —preguntó Maddison entre dientes, con un tono entre la risa y la vergüenza.

—Calla. No quiero que me vea.

Maddy debió de buscar el motivo de mi escondida porque me dijo:

—Deja de hacer el ridículo y siéntate. Hay gente mirando. Además, Tyler no está. Creía que ibas a tratar de mantener una actitud cordial con él.

Cuando me aseguré de que el equipo estadounidense había pasado de largo y yo estaba segura, volví a mi asiento.

—¡Lo encontré! —dije en un tono de voz más alto de lo normal para que los curiosos lo escucharan—. Se me había caído un pendiente. —Las miradas denotaron que no me habían creído, pero los comensales dejaron de prestarme atención para volver a sus respectivas conversaciones—. No era de Tyler de quien me escondía, sino de Clare.

—¿Clare? ¿Tu amiga Clare? ¿Qué hace aquí?

—Examiga —puntalicé—. Ha venido a participar en la International Sport League. Me escribió hace más de una semana.

De vuelta al pabellón, le hablé a Maddison sobre el correo electrónico que me había mandado Clare en el que me decía que me había echado de menos y que quería verme, así como de alguna que otra de las pullas que mi padre soltó en la barbacoa cuando se lo conté.

—No me puedo creer la poca vergüenza que tiene —dijo Maddy, con un deje de indignación—. ¿Que no puede creer cómo es que no os habéis puesto de acuerdo para quedar en todos estos años? ¡Manda narices! ¡Tendrá morro la tía! Será que no le ha dado la gana venir ninguna de las veces que la invitaste.

—Eso dijo mi padre.

—Tu padre es mi héroe —afirmó Maddy—. Mira que no conozco a la chica esa, pero me cae mal, fatal. Te he visto días y días comprobando el correo electrónico cada diez minutos, correr hacia el buzón nada más llegar a tu casa para ver si te había respondido alguna de las cartas que le habías mandado, mirar el móvil esperando una llamada... Y todo eso durante cuatro años. Menos mal que al final entraste en razón y dejaste de intentar seguir en contacto con ella.

—Si yo te contara... —murmuré mientras atravesábamos las puertas del ExCeL.

Todo sucedió muy deprisa. Alguien gritó mi nombre y se abalanzó sobre mí, atrapándome en un abrazo que me cortó la respiración.

—No me lo puedo creer, ha pasado tanto tiempo. ¿No recibiste mi *e-mail*? —dijo con una risa histérica.

Se separó por un instante de mí sin dejar de agarrarme los brazos y, tras soltar un chillido, volvió a abrazarme.

No sabía qué hacer, mi mente se había quedado en blanco y mi cuerpo, totalmente inmóvil, rígido y con los brazos colgando. Movía mis ojos de un lado a otro, buscando con la mirada mi salvación, pero Maddy parecía haberse quedado congelada, observando la escena con una mirada de incredulidad.

Pasaron unos segundos que se me hicieron eternos hasta que mis neuronas por fin parecían volver a hacer contacto. Me deshice de los brazos de aquella chica de cabellos dorados, recogidos en una alta cola de caballo, unos ojos tan azules como el zafiro y una sonrisa que se me antojó traicionera.

No podía creer cómo una persona podía llegar a comportarse de manera tan cínica. Como si no hubiera pasado nada, como si todo estuviera igual que antes.

—¿Cómo se puede ser tan falsa, Clare? —solté de golpe a aquella a quien tiempo atrás había considerado mi amiga.

—Vamos, Kiara. ¿No lo estarás diciendo en serio? —Clare ciñó sus ojos por una fracción de segundo, pero su sonrisa permaneció intacta—. Ha pasado mucho tiempo y una amistad como la nuestra no puede estropearse porque hayamos estado unos años sin vernos.

—¿Amistad? —No pude evitar soltar una sonora carcajada—. ¿Qué sabrás tú de amistad, Clare?

La tensión del ambiente podía cortarse con unas tijeras. Un par de compañeras de Clare se habían acercado a nosotras y me miraban con el ceño fruncido. Por su parte, Clare había abandonado toda expresión de simpatía, siendo reemplazada por una mirada de intenso odio.

Estaba segura de que mi risa no le había sentado nada bien, la máscara se había caído y su verdadera cara podía verse en su mirada.

—Vámonos, Kiara. No merece la pena —me dijo Maddy mientras me agarraba de la mano para que nos fuésemos.

—Tienes razón, busquemos un lugar para ver a Connor —dije a mi amiga con una sonrisa. Después, me giré hacia Clare—: No vuelvas a dirigirme la palabra por ningún medio en tu vida.

—Puedes estar tranquila, Kiara. No tienes ni que pedírmelo —replicó Clare con tono mordaz mientras nos dábamos la vuelta, dispuestas a buscar un sitio en las gradas donde seguir disfrutando del campeonato—. No te extrañe que la gente se aleje de ti. Mira cómo terminó Tyler.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído, Kiara. Tyler tiene suerte de haberse librado de ti —dijo con malicia—. Y mucha más suerte de que yo haya estado a su lado.

TRAICIÓN

Septiembre de 2014, Madrid

—Corre, Kiara, o nos perderemos el combate de Connor —me dijo Maddy mientras entrabamos al Palacio de los Deportes a la carrera. No me puedo creer que nos hayamos quedado dormidas.

Encontramos un par de sitios libres en primera fila, justo frente al tapiz en el que tenía que competir Connor.

—¿Habrá competido ya? —pregunté mientras buscaba a mi amigo entre los competidores que había en pista.

Me quedé paralizada, blanca como la nieve. Frente a mí, el fantasma de mi pasado, con peto y casco rojo. Tyler parecía volar sobre el tapiz, arrancando las ovaciones del público con cada punto que conseguía de manera espectacular.

—Menos mal, aún no está en pista. Mira, ahí está, esperado para entrar. —La voz de mi amiga sonaba a lo lejos—. Madre mía, pobrecito. El del peto rojo no le está dando tregua. ¡Qué bestia!

—Está buscando el KO —susurré.

—¿Te encuentras bien? Estás pálida.

Cambié de tema, alegando estar cansada por el viaje y no haber dormido bien en la noche.

Tyler ganó por KO técnico a su adversario y Connor tomó su lugar en el tapiz.

No podía concentrarme en el combate de Connor. Mi mirada volaba entre la multitud, tratando de encontrar a la selección estadounidense, intentando ver su rostro entre el gentío.

Los gritos de Maddy celebrando la victoria de su novio me sacaron de la búsqueda. Mi mente me decía que me olvidará de él, que me uniera al júbilo de mi amiga, pero mi corazón me rogaba que lo buscara y le preguntara qué tal le había ido en esos cuatro años. Solo por mirarlo a los ojos una vez más, solo por escuchar su voz una vez más.

—¡Ha ganado! ¡Ha ganado! —gritó Maddy mientras me abrazaba y comenzaba a dar pequeños saltos de alegría—. Vamos, Kiara.

Connor no tenía la menor idea de nuestro pequeño viaje para verlo, aunque, con los gritos de Maddy durante el combate y tras su pase de ronda, no me hubiera extrañado que la pequeña sorpresa hubiese sido desvelada.

Nos dirigimos a la zona de *checking* para darle la sorpresa a Connor, pero la sorpresa acabé llevándomela yo, y juro que no estaba preparada para ello. Mis ojos no podían dar crédito al ver a quien fue mi mejor amiga besando al chico al que siempre había amado. Sentí que me faltaba el aire y perdía el control de mis emociones. No podía respirar, necesitaba salir de allí, correr, huir. Alejarme de aquella imagen que reabría unas heridas a las que parecían estar echando sal.

Sentía cómo mi cuerpo me pesaba, cómo mi respiración se volvía acelerada y cómo mis ojos luchaban por no llorar. No en ese lugar, no en ese momento.

—Maddy, lo siento mucho, no me encuentro nada bien —le dije a mi amiga con voz quebrada—. Por favor, da la enhorabuena a Connor de mi parte y discúlpame ante él por no quedarme.

—Kiara, ¿estás bien? —me preguntó mi amiga, asustada—. Te acompaño.

Negué con la cabeza y traté de mostrar una sonrisa que se quedó en el camino. Sabía que, si hablaba mucho, un torrente de lágrimas comenzaría a caer de mis ojos sin control.

—No te preocupes, tú anima a Connor. Te espero en el hotel, no está lejos.

Dejé a mi amiga allí y me alejé del lugar caminando sin rumbo fijo y con las lágrimas rodando por mis mejillas, sin poder dar crédito a la escena contemplada unos minutos atrás.

No comprendía nada, pero a la vez todo cobraba más sentido que nunca. La razón por la que Clare había dejado de responder mis mensajes, todas las cancelaciones y aplazamientos para venir a visitarme.

En mi huida hacia ningún sitio en concreto me paré en seco, presa de las imágenes que comenzaban a pasar por mi mente, que, traicionera, trataba de buscar conexiones entre aquello que acababa de presenciar y el distanciamiento entre dos de las personas que habían sido tan importantes en mi vida y yo. ¿Y si Clare se había empeñado tanto en que no intentara contactar con Tyler porque no quería que yo volviera con él? Cada vez que le decía que lo echaba de menos, que tal vez tendría que hablar con él, ver qué nos había pasado y buscar una solución, ella me decía que no tenía que arrastrarme por una persona que ya había demostrado que yo no le importaba lo más mínimo. O, lo que era peor, ¿y si ellos dos, a mis espaldas, hubiesen estado llevando una relación en secreto? No quería ni pensarlo. ¿Cómo había podido ser tan tonta?

Dirigí mis pasos hacia el hotel, deseosa de tumbarme en la cama y abandonarme a los brazos de Morfeo, con la esperanza de que mis pensamientos no cruzaran la barrera entre la realidad y el mundo de los sueños.

A la mañana siguiente, Maddy y yo decidimos hacer un poco de turismo por Madrid. Nuestro vuelo de regreso no salía hasta el día siguiente y, aunque Connor había caído frente al ruso en octavos de final, tenía que acompañar a su equipo hasta el final de la competición.

Comenzamos dando un paseo por el Parque del Retiro, admirando la tranquilidad que el sonido de los pájaros y del viento soplando suavemente entre las hojas de los árboles ofrece en una ciudad llena de edificios, donde la gente vive deprisa. Compramos unos helados y nos dirigimos al Palacio de Cristal, que nos dejó fascinadas. Aquella gran estructura de hierro y cristal, a los pies de un lago artificial rodeado de árboles, parecía sacado de un cuento de hadas.

Antes de dirigirnos hacia el centro decidimos, aconsejadas por Connor, ir a los Jardines de Cecilio Rodríguez.

—¡Mira los pavos reales! —gritó Maddy, señalando un par que aparecieron tras unos setos.

Acto seguido, mi amiga, a paso ligero, pero con cuidado de no asustarlos, se acercó a ellos.

—Te hago una foto con ellos —le dije—. Mira a la cámara.

Maddy comenzó a arreglarse el pelo con los dedos, aunque no le hacía falta. Maddison era una de esas personas que les daba igual lo desastroso que pudiera llevar el cabello o la ropa que vistiera, siempre salía perfecta en las fotos. Cuando estuvo lista, sonrió a la cámara.

—Me encanta —dijo con un gritito de voz—. Pásamela, Kiara, tengo que enviársela a Connor.

Sin previo aviso, la imagen de Tyler llegó a mi mente y un par de lágrimas descendieron por mis mejillas. Presurosa, dirigí la vista hacia la fuente de las gaviotas para que mi amiga no se

percatara, secando las pequeñas gotas saladas con el dorso de mi mano.

—¡Genial! —Oí decir a Maddy—. La chica de menos de sesenta y dos ha pasado a la final. Competirá justo después de los finalistas del peso de Connor. Espero que el de Estados Unidos le dé una paliza al ruso, jamás le perdonaré haber eliminado a mi medio pomelo.

Mi corazón latió acelerado. Tyler estaba en la final, estaba a solo un combate del oro. Aquello que él siempre había soñado. Pero yo no estaría junto a él para celebrarlo. En cambio, Clare...

Me obligué a alejar esos pensamientos de mi mente y centrarme en la agradable mañana turística que estaba viviendo con Maddy. Tras salir del Parque del Retiro, disfrutamos de un entretenido paseo por las calles de Madrid, fotografiándonos con todo aquello que nos llamaba la atención, desde la estatua gigantesca de un león en el Congreso de los Diputados, pasando por el kilómetro cero, hasta otra estatua, esta vez de un oso apoyado en un árbol. Tras una pausa para comer en una terraza muy coqueta, cercana al Palacio Real, donde comimos las mejores raciones de calamares y gambas al ajillo, continuamos nuestro paseo hasta el Templo de Debod. Muchas habían sido las ocasiones en que Maddy y yo fantaseábamos con viajar a Egipto, visitar las grandes pirámides y los fascinantes templos. Nos sabíamos la zona del arte egipcio del Museo Británico de memoria, así que quedamos maravilladas ante aquel pequeño templo.

Decidimos volver al hotel en metro. Nuestros pies estaban cansados y no creíamos poder dar ni un solo paso más. Además, las maletas estaban esperando para ser hechas y tener todo preparado para la vuelta a casa, pero yo antes tenía algo que hacer...

—He olvidado comprar un regalo a mi hermano —le dije a Maddy a las puertas del hotel.

Dejé que ella subiera a nuestra habitación mientras yo, entre el arrepentimiento y la esperanza de ver el rostro de Tyler una vez más, me encaminé hacia el lugar donde él estaba a punto de disputar la final.

Tratando de esconderme entre el gentío, sin ser vista, llegué justo a tiempo. Allí estaba, sentado en la silla, hablando con su *coach* mientras bebía agua, a punto de saltar al tapiz. No iba a quedarme mucho tiempo, solo quería verlo un poco más cerca. Me abrí paso entre los espectadores hasta llegar a la parte de las gradas más cercana al tapiz. El árbitro llamó a los competidores para que se acercaran. Todo ocurrió en un instante. Los ojos de Tyler se cruzaron con los míos. Aquellos ojos color miel que en tantas ocasiones había contemplado maravillada. Ambos nos quedamos inmóviles. El árbitro volvió a llamar a Tyler y justo cuando la conexión de nuestras miradas se perdió, me escabullí entre la multitud.

CAPÍTULO 17

—¿Qué pasa, Kiara? ¿Te sorprende lo que digo? ¿Doña perfecta no quiere escuchar? Casi le jodes la vida a Tyler.

Me quedé estupefacta ante las palabras envenenadas de Clare. Quería responderle, pero no sabía que podía decir ante aquella acusación.

—No pongas esa cara de mosquita muerta —apuntó Clare—. ¿Quieres saber qué pasó con Tyler cuando te fuiste? Por suerte me tenía a mí para encauzar su vida.

—Olvídame, Clare. Vamos, Maddy, busquemos unos asientos libres.

Pero Clare no iba a dejarme marchar tan fácilmente. La conocía demasiado como para saber que, cuando quería herir a alguien con sus palabras, sabía exactamente cuáles utilizar.

—No le costó mucho olvidarse de ti, ¿sabes? Claro que sí, ya nos viste en España, ¿verdad? Cuando te fuiste, lo dejaste hecho polvo. Durante un par de semanas, dejó de venir a los entrenamientos; pero, por suerte, se dio cuenta de que no eras tan importante como para tirar por la borda su futuro por un amorío tonto. —Sus palabras se me clavaban como cuchillos—. Comenzó a entrenar más duro, recuperando el tiempo que había perdido quedando contigo, invirtiendo aún más, y yo me ofrecí a ayudarlo. ¿Nunca te paraste a pensar qué era aquello que Tyler necesitaba?

»Todos teníamos la esperanza puesta en Tyler para que representara a nuestro gimnasio, a nuestro país, en la International Sport League de 2012 en Túnez, pero tú acaparabas egoístamente un tiempo valioso que él podía pasar entrenando. Nunca llegaste a entender que un verdadero campeón tiene que entrenar de lunes a domingo, pero yo sí lo entendía. Lo alejaste de sus obligaciones para con el equipo, lo alejaste de sus compañeros.

»Cada sábado, al terminar los entrenamientos iba corriendo a buscarte. Cada domingo, nos decía que no podía salir a correr porque ya tenía planes contigo. Fuiste muy egoísta, Kiara. —Las palabras de Clare daban vueltas en mi mente, luchando contra los recuerdos vividos junto a Tyler, tratando de hallar el sentido a todo lo que me estaba diciendo—. Fue una suerte que te largaras —continuó Clare—. Hay algo que nunca te dije, pero que todas las chicas del club sabíamos. No merecías a Tyler, Kiara. Él merecía algo mejor.

—¿Por qué no cierras ya esa sucia boca? —le espetó Maddison, enfadada—. Kiara, no tienes que dejar que te diga esas cosas. Vámonos.

—No importa, Maddy. Oigamos qué tiene que decir.

Clare sonrió complacida.

—Sigamos, pues. Como te iba diciendo, él merecía a alguien que se adaptara más a su nivel. Alguien que compartiera su gusto por el deporte. Todas estábamos de acuerdo en que él se merecía a una de nosotras, siempre lo dijimos. No puedes ni imaginar cuánto nos alegramos cuando me dijiste que no volverías. Contigo lejos, pudo conseguir una plaza en la selección y viajar a Túnez. Y, cuando volvió, al fin se fijó en alguien a su altura. —Clare parecía estar disfrutando de todo aquello, ya no necesitaba fingir ser mi amiga, ya podía decir todo aquello que realmente pensaba—. Cuando nos viste en España, quise que lo vieras.

»Te vi llegar, pensaba que te habías presentado allí porque te habías enterado de que Tyler

estaba allí y querías hablar con él. Por eso lo besé en ese justo momento. No quería que él te viera y echaras a perder su campeonato. Pero lo hiciste de todos modos. —El semblante de Clare cambió y me lanzó una mirada llena de rencor—. Tuviste que presentarte allí y joderle la final, ¿no? Fuiste y siempre serás una egoísta. No podías haberte ido, admitir que habías perdido contra mí y olvidarte de él.

—¿Qué quieres decir con que le jodí la final? —le pregunté.

Sabía que Tyler había perdido ese día, pero no entendía cómo yo había podido ser el motivo de su derrota.

—Te vio, Kiara —respondió Clare—. Te vio y se olvidó de dónde estaba. Iba ganando y consiguieron empatarle en los últimos segundos. Tuvo que disputar el desempate en el punto de oro, y acabó perdiendo. Desde entonces, necesitó reponer su autoestima y luchar para llegar a donde está ahora. Pero, como te digo, por suerte, me tiene a mí.

Y, sin decir una palabra más, ella y sus compañeras de equipo pasaron junto a nosotras y se alejaron hacia las gradas.

Mi amiga se acercó a mí y me abrazó.

—Vayamos fuera a tomar un poco el aire —me dijo—. Aún quedan un par de combates antes de que le toque a Connor.

Caminamos fuera del ExCeL en busca de un lugar en el que pudiera desahogarme tranquila, sin curiosos que se quedaran mirando. Lloré para soltar aquello que me aprisionaba el pecho por dentro, entre la culpa y la rabia, pues nunca quise herir a Tyler y nunca quise ser herida por él.

—¡Menuda idiota! —explotó Maddy, enfadada.

—Sí...

—¿Cómo puede haber sido amiga tuya esa arpía? No me digas que te trataba de esa manera cuando erais amigas.

—No exactamente, pero... —Nunca había querido admitir aquello que mi padre no hacía más que repetirme una y otra vez, que Clare nunca había sido mi amiga realmente.

—Pero ¿qué? —quiso saber Maddy.

—Clare fue muy agradable conmigo cuando mis amigas me dieron de lado. Me decía que no debía hacerles caso, que no tenía que cambiar por nadie, que tenía ignorar sus comentarios. Se sentaba a comer conmigo en el comedor y volvíamos juntas a casa después de las clases. Ella era bastante popular, por lo que íbamos a muchas fiestas. Aunque a mí no me gustaba demasiado el ambiente, siempre terminaba por convencerme de que la acompañara. Yo estaba sola y necesitaba a alguien en quien confiar —confesé con los ojos llorosos—. Creo que ese pudo ser uno de los motivos por los cuales se acercó a mí.

»Supongo que siempre me consideró inferior, la amiga fea. Así conseguía que todos los chicos se fijaran en ella. Yo era como el llavero. Cuando quedábamos para salir, si conocía a un chico a quien le gustara ella, solía dejarme hablando con los amigos de este y volvía tiempo después. Recuerdo que una vez me dejó sola en una fiesta en la que no conocía a nadie. Ni siquiera se preocupaba de si yo estaba a gusto o no.

Maddy me observaba sin intervenir. Mi amiga sabía que necesitaba hablar sin ser interrumpida, sacar todo lo que tenía dentro, confesar aquello que durante tantos años había tratado de ocultar, inventándome excusas para mentirme a mí misma, sin querer asimilar aquello que era más que obvio: la amistad entre Clare y yo había sido una farsa.

—Cuando comencé a salir con Tyler, Clare pareció alegrarse mucho por mí. Pero, a medida que el tiempo pasaba, ella comenzó a decirme que íbamos demasiado rápido, que apenas nos conocíamos. Sé por Tyler que su equipo entero hablaba de eso durante los entrenamientos. Pero a mí me daba igual, yo quería estar con él, el resto del mundo no importaba.

»Mi intención nunca fue alejar a Tyler de las competiciones ni de sus amigos. Sabía lo importante que el taekwondo era para él, pero yo también merecía pasar tiempo con Tyler. Solo podíamos vernos los fines de semana porque entrenaba de lunes a viernes por las tardes y yo las pasaba estudiando. Y, por supuesto, nunca quise que perdiera aquel combate —sollocé—, solo quería ver su rostro una vez más. Aunque estuviera con ella. Aunque lo hubiera perdido para siempre.

Maddy se acercó a mí, levantó mi cara para que nuestros ojos quedaran a la misma altura y entonces me dijo:

—Sécate esas lágrimas y demuestra a la engreída esa que sus palabras no significan nada para ti. Mantén la cabeza bien alta. Quienes te conocemos de verdad sabemos perfectamente la clase de persona que eres.

CAPÍTULO 18

Regresamos al pabellón justo a tiempo para ver a Connor saltar al tapiz. Suspiré, aliviada de ver que Maddy no se había perdido el combate de su prometido por confortarme una vez más. Sonreí al pensar en lo bien que se portaba siempre conmigo, en lo buena amiga que era. En mis peores momentos siempre había estado ahí para apoyarme, sabiendo exactamente qué hacer para hacerme sentir mejor. Era un gran apoyo para mí y, ahora que mi mundo volvía a estar patas arriba, era un consuelo saber que ella estaba a mi lado.

La tensión que Maddy emanaba me fue transmitida en cuanto agarró mi mano con fuerza. Si Connor ganaba ese combate, se colaría en semifinales, asegurándose la medalla de bronce.

Desde las gradas coreamos el nombre de Connor que, con peto azul, parecía danzar sobre el tapiz mientras esquivaba los golpes que el competidor español le lanzaba con ambas piernas y conseguía mantener el combate a cero al final del primer *round*. El segundo asalto fue mejor para Connor, que consiguió acertar un par de veces en la cabeza del contrario y se colocó seis puntos a cero, cogiendo más seguridad en sus posibilidades, de cara al tercer asalto. Sin embargo, nada más comenzar este último, el competidor rojo logró darle una patada con giro en la cabeza a mi amigo, que cayó al suelo. En una sola acción, el contrincante de Connor lo había empatado a puntos. Maddy, preocupada, apretó fuertemente mi mano.

—¡Vamos, Connor! —gritamos Maddy y yo, aliviadas al ver que Connor se ponía de pie, en posición de combate, listo para seguir luchando.

El combate prosiguió y Connor, quien podría haberse rendido tras ese duro golpe, pareció inflarse de coraje; reunió todas sus fuerzas y consiguió conectar tres veces en el peto del contrario con los empujes electrónicos.

Maddison y yo saltamos de alegría en nuestros asientos, abrazadas la una a la otra, cuando el combate llegó a su fin. Entre gritos de júbilo por la victoria de Connor, soltamos toda la tensión acumulada en ese último asalto en el que mi mano había quedado entumecida debido a la presión ejercida por mi amiga.

Corrimos a la búsqueda de Connor para felicitarlo por su gran combate y el merecido pase a medalla que había logrado alcanzar.

Mientras esperábamos que Connor saliera, Maddy trataba de contener los nervios paseándose de un lado a otro, eufórica, hablando consigo misma tan rápido que las pocas palabras que pude alcanzar a oír fueron: «ganado», «medalla» y «conseguiría». Por mi parte, la observaba con la mirada, feliz de ver la ilusión en el rostro de mi amiga y sin apenas poder contener la risa ante su nerviosismo.

En cuanto mi amigo hizo su aparición, su novia se le echó al cuello, con lágrimas de una felicidad compartida entre dos personas que eran una, compartiendo alegrías y tristezas, aunque, por suerte, en ese momento giraban abrazados, compartiendo un instante lleno de felicidad.

Esperé a que se separaran para felicitar a Connor. Había vivido con ellos la frustración de quedarse dos veces a las puertas de conseguir el ansiado metal. La frustración de ver que las cosas no salían según lo esperado, las dietas y los duros entrenamientos hasta bien entrada la tarde. Las caídas y la vuelta a empezar, sacando las fuerzas y el ánimo del apoyo que Maddy le

brindaba cada día.

—Chicas, sois las mejores animadoras que uno podría tener —rio Connor—. Solo os han faltado los pompones.

—No creas que no lo hemos pensado —dije—. Pero te lo tienes que ganar.

—Exacto. Si quieres que te animemos, con pompones incluidos, tienes que llegar a la final —corroboró Maddy.

—¡No os atreveréis! —exclamó Connor con fingida ofensa.

Sabíamos que Connor se moriría de vergüenza si nos presentáramos con pompones para animarlo y, a decir verdad, sería una gran venganza por hacernos cantar en el Flashlight la canción *They Don't Care About Us*, pero no éramos tan crueles o, por lo menos, no tanto como para hacer eso en un campeonato tan importante, y menos aún en la final. Connor lo sabía, por eso no pudimos contener la risa y estallamos a carcajadas.

—¡Muy buena, Connor!

No pude evitar dar un respingo al escuchar su voz. Me giré y ahí estaba Tyler, con su radiante sonrisa. Se había acercado para felicitar a Connor sin que nos diéramos cuenta de su presencia. No sabía dónde meterme. La zozobra se hizo dueña de mi cuerpo mientras mis ojos se volvían brillantes al recordar las palabras de Clare, trayendo miles de recuerdos a mi mente, sintiéndome culpable por una derrota ocurrida cuatro años atrás.

—¿Qué tal, chicas? Ya os he visto dándolo todo en las gradas. —Su sonrisa desapareció al mirarme—. Kiara... ¿Te encuentras bien? —me preguntó con cautela—. ¿Has... llorado?

Mi rostro, delator, tendría visible el vestigio de las lágrimas derramadas tras mi encuentro con Clare. Por suerte, antes de que pudiera dar una respuesta, Maddy salió en mi defensa.

—Créeme, Tyler. Si hubieras llegado un poco antes, tú también hubieras llorado de la risa al imaginar la cara que pondría Connor al vernos vestidas de animadoras con pompones, animándolo a voz en grito en mitad del pabellón. Ahora, si nos disculpáis, tenemos que irnos —añadió Maddy acercándose a Connor para despedirse con un tierno beso—. Hoy tenemos noche de chicas y mañana tenemos que levantarnos temprano para despedir a la familia de Kiara en el aeropuerto.

—Deseadles buen viaje de mi parte —nos recordó Connor.

—Descansa, amor —se despidió Maddy—. Buena suerte mañana, Tyler. Estaremos aquí para verte.

—Adiós —alcancé a decir con un hilillo de voz.

Cuando ya nos íbamos, Maddy pareció pensárselo un segundo en el que se dio la vuelta y dijo:

—Por cierto, Tyler. He conocido hoy a tu amiguita. Es muy... «encantadora» —enfaticó irónicamente la última palabra—. No. Ahora en serio, no sé cómo puedes tener un gusto tan pésimo.

Y, sin más, me agarró del brazo y juntas salimos del ExCeL, dejando a Tyler y a Connor sin comprender qué había pasado.

Antes de ir a mi casa decidimos pasarnos por el restaurante coreano a por comida para llevar. No teníamos muchas ganas de ponernos a cocinar y nos moríamos de hambre. Así que, cuando llegamos, Maddy se puso a jugar con Floppy mientras yo me encargaba de poner la mesa.

Comimos comentando con ilusión los combates de Connor, la gran remontada del primer combate y el susto que nos llevamos con aquella patada en la cabeza en su último combate del día.

Por suerte solo fue eso, un susto. Ambas coincidimos en las posibilidades de Connor para llegar a la final. Aunque no entendíamos mucho acerca de ese deporte, habíamos visto una gran evolución en mi amigo tanto a nivel deportivo como emocional. Ya no se dejaba llevar por el miedo, y esa seguridad ganada se ha visto patente en cada combate, en cada asalto, obteniendo un resultado muy favorable.

—Podría comer *bulgogi* todos los días de mi vida sin llegar a cansarme —manifestó Maddy, satisfecha por la cena.

Recogimos los platos y, tras limpiarlos, nos sentamos en el sofá para ver una película, a la cual no prestamos demasiada atención.

—¿Cómo crees que lo hará Tyler mañana? —me preguntó Maddy.

—Espero que gane y se clasifique para combatir en semifinales —respondí sinceramente—. Por mucho daño que me haya hecho, jamás le desearía ningún mal y sé lo que significa esto para él. Siempre soñé estar ahí, junto a él, cuando consiguiera cumplir su sueño —reconocí, apesadumbrada.

—Deberías venir mañana a verlo competir después del aeropuerto —me animó Maddy—. Estoy segura de que te arrepentirás si no lo haces. Te conozco, veo cómo lo miras, Kiara. Aunque no lo quieras admitir. En fin, deberíamos irnos a dormir. Mañana hay que madrugar y, de todas maneras, no nos estamos enterando de la película. Buenas noches, amiga.

Y, sin decir una palabra más, se levantó y se dirigió a la habitación que tenía reservada en mi piso para ella, dejándome en el sofá con la mirada perdida en mis pensamientos.

CAPÍTULO 19

Mi padre acababa de facturar el equipaje cuando nos encontramos con él en la terminal. Lara y Austin habían ido a una de las librerías que se encontraban allí mientras mi padre llevaba las maletas, así que fuimos a su encuentro.

—Kiara, Maddy. Muchas gracias por venir a despedirnos —nos dijo Lara, fundiéndose con nosotras en un gran abrazo—. Ya nos hemos enterado de la gran noticia. Ayer nos llamó Connor para desearnos buen viaje y nos dijo que había conseguido meterse en semifinales. Espero que mañana consiga alzarse con el oro. No os olvidéis de llamarnos en cuanto finalice la competición.

Los acompañamos al control de seguridad. Por el camino, mi hermano no paró de hablarnos de todos los lugares a los que irían: las cuevas de Nerja, el Balcón de Europa y, por supuesto, visitarían el mayor número de calas posibles de los alrededores. Lara le había comprado un equipo de *snorkle*, para bucear en esas playas de aguas cristalinas, y una cámara acuática.

—¿Qué tal con el amigo de Connor, chicas? —nos preguntó mi padre mientras Lara y Austin, tras despedirnos, pasaban el control.

Miré a Maddy con nerviosismo.

—Bien, bueno, ahora iremos a verlo —respondí, tratando de no dar evidencias de conocerlo de antes—. Tampoco es que hayamos hablado mucho con todo esto de la International Sport League. Maddy sí que ha podido hablar más con él. Yo no puedo decir mucho, ¿verdad, Maddy?

—No es mal chico... —respondió Maddy, aguantándose la risa sin saber bien qué decir.

—Ya veo —dijo mi padre mientras trataba de leerme la mente con la mirada, como solía hacer cada vez que sabía que le estaba ocultando algo—. Entonces, será mejor que os vayáis ya para no perderos sus combates.

Nos despedimos de él con un gran abrazo.

—Llámame cuando hayáis aterrizado —le pedí.

—No te preocupes, lo haré. Por cierto, Kiara —me dijo antes de pasar por la zona de control—. Trata de no nublar tu vida con escenas del pasado. Escucha a tu corazón y podrás ver las oportunidades que la vida pone en tu camino. No te quedes mirando desde el andén los trenes pasar. Te quiero, mi pequeña.

Y, sin darme opción a responder, allí me dejó, pensando en sus palabras. Mi padre había dado por hecho que el amigo de Connor me gustaba, tal vez por mi nerviosismo mostrado cuando preguntaron por él. Si él supiera...

Mentiría si dijese que mi mente no me gritaba que estaba loca mientras atravesaba las puertas del ExCeL, camino al pabellón, en el que sería el segundo día de combates del campeonato de taekwondo de la International Sport League, que estaría a punto de comenzar.

—Será mejor que aligeremos el paso o cogeremos el combate de Tyler empezado. Connor me llamó esta mañana y me dijo que su combate era el primero de su pista.

—¿Me puedes explicar cómo es que siempre llegamos con la hora justa a todos sitios? —

pregunté a Maddy mientras empezábamos a correr esquivando a todo el que se cruzaba en nuestro camino—. ¿De verdad era necesario parar a comprar tal cantidad de frutos secos y patatas? Nos va a entrar una sed de mil demonios.

Habíamos quedado con Connor en las gradas. Nos había guardado un par de sitios cercanos a los de él y a los del resto de su selección, así que, cuando llegamos, nos esperaba con una amplia sonrisa y un par de cafés.

—Veo que al final te has decidido a venir —me dijo Connor mientras me tendía mi vaso.

Le saqué la lengua al tiempo que cogía el café que me ofrecía y me acomodaba en mi asiento.

La competición comenzó con la llamada de los primeros competidores. Tyler se dirigió al tapiz dos junto a su *coach*, dejó su chaleco en la silla y esperó a que el árbitro fuera a colocarle el peto y entregarle el casco. Mientras, su mirada recorrió las gradas buscando a alguien. Maldije para mis adentros al recordar el beso del que fui testigo cuatro años atrás, sin poder creer que Clare fuera quien ocupó mi lugar al lado del chico con el que creí que pasaría el resto de mis días. Siempre supe, cuando cogí ese avión y envié aquel último mensaje de adiós, que alguien, algún día, ocuparía mi sitio en el corazón de Tyler, pero jamás creí que ese alguien fuera la persona a quien yo consideraba mi mejor amiga. En su búsqueda entre la multitud, los ojos de Tyler quedaron fijos en nuestra dirección y una sonrisa iluminó su rostro para volver a dirigir su atención a la pista. Segundos después, el árbitro los llamó al centro y, tras ultimar detalles, el combate comenzó.

Al principio, tal y como me había repetido cientos de veces desde que accedí a venir, me quedé en mi asiento tranquila, disfrutando del combate. Pero mi aparente calma no duró mucho cuando la pierna del contrario casi golpea la cabeza de Tyler y mi cuerpo, haciendo caso omiso a mi voluntad, dio un respingo en el asiento y mi voz se alzó en la multitud.

—Buena esquivada, Tyler.

Instantes después Tyler lanzó un puño al peto del competidor finlandés, bajando la guardia de este, para encadenar una patada con la pierna trasera a la cabeza del contrario, en esos momentos desprotegida.

—¡Bien, Tyler, sigue así! —coreamos Maddy y yo a la vez.

Tyler dominó con maestría el primer combate y consiguió descalificar a su contrincante por KO técnico, con una diferencia de veinte puntos al comienzo del tercer asalto. En el siguiente combate se midió con el competidor ruso, con el que finalmente consiguió su revancha. Según nos contó Connor, Tyler aprovechó los puntos fuertes de su contrincante a su favor. Su rival era todo fuerza, una mala bestia. Tyler jugó a esquivarlo y contraatacar, evitando el cuerpo a cuerpo para no desfondarse. Trataba de deslizarse por todo el tapiz, moviendo al competidor ruso con desplazamientos y amagos, mientras esperaba el fallo para contraatacar evitando el choque. Cada patada que su rival lanzaba iba cargada de toda su fuerza, derrochando energía, y se llenaba de frustración cada vez que erraba el golpe. El combate llegó a su fin con el marcador catorce a veintitrés a favor de Tyler, que parecía exhausto. Por suerte, aún le quedaban quince combates por delante antes de disputarse el pase a medallas contra Francia. Podría reponer fuerzas. Por su parte, Connor alcanzó su venganza para con el ruso a manos de Tyler. Estaba lleno de satisfacción.

Los quince combates hasta que Tyler volvió a saltar a pista se me hicieron eternos. Maddy y yo decidimos ir a darnos una vuelta para desentumecer un poco las piernas y poder despejarnos del ambiente tenso que se estaba generando a nuestro alrededor por el campeonato.

Por suerte, recibí una llamada de mi padre que hizo que pudiéramos olvidarnos de los nervios que sentíamos por el próximo combate que Tyler disputaría, en el que se jugaba llegar a la semifinal. Habían tocado ya tierra y estaban a punto de coger un taxi que los llevaría al hotel, donde esperaban descansar un poco antes de empezar a hacer turismo por la zona. Mi hermano, que le había arrebatado a mi padre el teléfono a mitad de la conversación, me amenazó con llenarme la memoria del móvil con fotografías de todos los lugares que visitarían y terminó la conversación recordándome que no olvidara enviarle fotos de Floppy de vez en cuando.

Volvimos al ExCeL cargadas con varias botellas de agua. Como ya predije cuando Maddy los compró, las patatas y los frutos secos nos habían dado sed. En cuanto ocupamos nuestros lugares, que habían sido custodiados por Connor en nuestra ausencia, los nervios volvieron a mí.

—Deja de mover la pierna, Kiara, vas a terminar provocando un terremoto en el pabellón con tanto nerviosismo —me pidió Maddy—. Cuesta creer que estés más nerviosa que yo cuando ayer le tocó a Connor competir.

A pesar de que dudaba mucho que mi nerviosismo superase al que Maddison sintió antes de los combates de Connor, traté de controlarme. No me había dado cuenta de que mi pierna derecha había iniciado un baile por cuenta propia, cosa que solía pasarme cuando me preocupaba o sentía inquietud por alguna razón.

Por fin llegó el momento y Tyler saltó al tapiz. El primer asalto transcurrió sin mucho movimiento, haciéndose algo aburrido. Tyler realizó varios amagos y patadas no muy certeras para tantear al contrario. Por su parte, el francés trataba de cazar con la guardia baja a Tyler sin mucho acierto. El segundo asalto comenzó con el marcador a cero por parte de los dos competidores, aunque a los pocos segundos Tyler marcó sus primeros dos puntos con una combinación de patadas. A partir de ese momento, el combate se volvió más interesante. Tyler dominaba la mayor parte del tiempo, pero su contrincante no perdía las fuerzas y seguía luchando con ímpetu. El asalto terminó catorce seis a favor de Tyler. En el último asalto, Tyler brilló sobre el tapiz y consiguió terminar el combate veintinueve puntos a diez.

Maddy, Connor y yo estallamos en aplausos. Tyler había conseguido pasar a semifinales.

—Chicos, prefiero que vayáis vosotros solos a felicitar a Tyler —les dije con inquietud—. Hasta ahora he tenido suerte, pero no quiero tentarla y encontrarme con Clare. Seguro que estará allí y lo último que quiero es verla.

Maddy y Connor lo comprendieron, aunque no sin antes decirme que no debía esconderme. Mientras ellos iban a dar la enhorabuena a Tyler, yo salí a esperarlos fuera.

Unos segundos después, me maldije a mí misma por mi mala suerte.

—Vaya, vaya... Parece que esta vez no has conseguido estropearle los combates a Tyler. — Escuché la voz de Clare a mi espalda—. ¿Para qué has venido hoy, Kiara?

CAPÍTULO 20

Me di la vuelta. Ahí estaba, mirándome desafiante, esperando mi respuesta.

—¿Por qué no me dejas tranquila, Clare? —respondí con desgana.

Pero no parecía dispuesta a perder la oportunidad de torturarme un poco más.

—No serás tan ingenua de querer recuperar a Tyler, ¿no? He visto cómo lo miras, pero puedes ir olvidándote de él. Lo vuestro acabó hace mucho tiempo.

Clare estaba loca, no había otra explicación a su comportamiento. Nunca llegaría a comprender por qué tenía esa actitud conmigo. Si solo hubiera sido sincera desde el principio...

—Ignórame. Como si no existiera, justo como has hecho durante todos estos años —le espeté, malhumorada—. No es asunto tuyo lo que yo haga o deje de hacer.

—¡Vaya, Kiara! —me dijo fingiendo sorpresa—. Has aprendido a defenderte por ti misma.

Decidí no responderle. Nos quedamos una observando a la otra con las miradas resplandecientes de aversión.

Tras unos minutos que parecieron años, Tyler irrumpió en la escena. El silencio fue roto cuando Clare exclamó su nombre, impostando en su rostro una sonrisa que poco le duró cuando este se acercó a ella, le dijo unas palabras que no alcancé a oír y se acercó a mí. Me miró a los ojos, visiblemente enfadado, y agarró mi mano. Una corriente eléctrica, como hacía años que no sentía, recorrió todo mi cuerpo al sentir enlazarse su dedos con los míos, envolviéndome. Todo a mi alrededor dejó de existir y me dejé llevar.

Me llevó a un lugar apartado y, cuando me soltó, fue como si hubiese sido arrancada de un lugar acogedor para devolverme al presente, dejándome vacía por dentro, como si la esperanza se hubiera esfumado.

—Kiara... —Pronunció mi nombre, vacilante, como si temiera que volviera a gritarle, a escapar de su lado como lo había hecho desde el día que nos reencontramos. Pero ya no quería huir. Tyler debió de estar pensando lo mismo porque continuó—: Maddy y Connor me han contado lo que ocurrió ayer con Clare.

Se quedó callado, mirándome con atención, como si quisiera leer cada una de mis expresiones.

—Da igual, Tyler. No tienes que justificarla.

—No quiero hacerlo. —Su mirada era triste. Acababa de clasificarse para la siguiente fase del campeonato, debería de estar lleno de felicidad, con su eterna sonrisa y esa luz que siempre brillaba en sus ojos—. No quiero que lo pases mal. En cuanto a lo de Clare...

—De verdad, Tyler. Olvídalo —le corté, sintiéndome culpable por ser la causa de que no pudiera celebrar sus victorias como se merecía.

No quería escucharle hablar de Clare. No quería oírle decir que había rehecho su vida. Habían pasado varios años desde que lo nuestro terminó, pero no quería escucharle decir que ahora alguien ocupaba el lugar que abandoné cuando decidí marcharme, cuando él no quiso escucharme.

—Vamos a dejarlo así. Hagamos una tregua por nuestros amigos —le propuse, a sabiendas de que quien había actuado como una cría todo ese tiempo había sido yo—. Cuando todo esto

termine, cada uno seguirá con su vida, cada uno a un lado del océano. Ahora deberíamos volver, Maddy y Connor me estarán esperando y no creo que a tu novia le guste mucho la idea de que estés a solas conmigo.

Parecía que Tyler iba a replicar, pero en ese momento su móvil comenzó a sonar.

—Es mi entrenador, tengo que cogerlo —se disculpó mientras descolgaba.

Le hice una señal para que entendiese que no pasaba nada y, con mímica, le dije que volvía con Maddy y Connor.

Los encontré abrazados el uno al otro, con una sonrisa triunfante en los labios, y ni rastro de Clare. Cuando me vieron acercarme, fueron a mi encuentro.

—¿Habéis conseguido arreglar vuestras diferencias? —me preguntó Connor.

—Algo así. Le he propuesto una tregua. ¿Dónde está Clare?

Me resultaba de lo más extraño que, conociéndola, no hubiese venido tras nosotros para evitar que nos quedásemos a solas. Cuando éramos amigas, le irritaba que sus parejas pasaran tiempo a solas con otras chicas, aunque fuesen sus amigas de la infancia.

—Digamos que no creemos que vuelva a molestarte —rio Maddy.

—¿Qué habéis hecho?

Mis amigos me contaron que, cuando Tyler y yo nos fuimos, Clare trató de seguirnos, pero que Maddy no le dejó. Se plantó delante de ella, cortándole el paso, y tras las palabras que mi amiga le dedicó se marchó, hecha una furia y maldiciendo entre dientes. Mis amigos no me quisieron decir con exactitud qué le había dicho Maddy, pero me aseguraron que no volvería a molestarte.

Estaba agotada. Me despedí de mis amigos, deseándole toda la suerte del mundo a Connor para el día siguiente, y le di a Maddy las llaves de repuesto de mi departamento. Aún quedaban combates por terminar y no quería robarle a mi amiga un tiempo que podía emplear en estar junto a Connor. Desde que se habían ido a vivir juntos, no había noche que no hubieran pasado juntos y sabía que estar separados esos días a causa del campeonato se le estaba haciendo un poco cuesta arriba a mi amiga. Ella lo echaba de menos, aunque entendía que su novio tuviera que estar concentrado junto al resto de la selección en un hotel el tiempo que durase la competición de taekwondo.

Al llegar a casa, me preparé una cena ligera. Tenía la intención de irme pronto a dormir para recuperarme del ajeteo causado por la tensión acumulada a lo largo del día y sabía que cenar en abundancia no favorecería que los brazos de Morfeo me llevaran al mundo de los sueños. Con mi plato de *fish and chips* preparado, me senté en el sofá para ver uno de esos programas en los que un par de hermanos convierten una casa medio en ruinas en la casa de tus sueños: tiran tabiques, levantan suelos, restauran muebles y hasta te dejan el jardín como si del claro de un bosque mágico se tratase.

Un recuerdo, sin previo aviso, acudió a mi mente. La primera vez que Tyler me llevó a su casa para presentarme a sus padres. Ese día, mi cuerpo temblaba como un flan. Estaba muy nerviosa ante la incertidumbre de no saber qué pensarían sobre mí. Pero mis miedos se vieron derrotados ante la amabilidad que me dedicaron. Pasamos la tarde en el jardín de su patio. Tyler era todo un manitas. Había construido con sus propias manos una tarima octogonal de madera de sauce, a la cual se subía mediante una escalinata de tres escalones de altura. La tarima estaba rodeada por una valla de siete barandillas hechas con la misma madera, unidas entre sí por ocho

postes verticales sobre los que descansaba el techo. Encima de la plataforma había un par de sofás, a los que había añadido unos mullidos cojines, y una mesa, los cuales había fabricado, pintado y barnizado él mismo.

Aquel día su madre nos preparó una jarra de limonada y galletas y, para vergüenza de Tyler, llevó consigo el álbum de fotos familiar. En él pude ver un bebé de apenas unos días dormido en brazos de su madre. Un bebé que iba creciendo a través de las páginas, pasando de aquel niño que aparecía con la cara manchada de pintura hasta llegar a ser como el joven de piel morena, cuerpo atlético y cabello alborotado que era Tyler a los dieciocho años.

Sonreí.

Aquellos recuerdos tan lejanos, que tiempo atrás encerré en lo más profundo de mis pensamientos, comenzaban a escapar de su prisión, pero yo no estaba preparada para enfrentarme a ellos. ¿Qué me estaba pasando?

Decidí que había llegado el momento de irme a dormir antes de que los recuerdos terminaran por atraparme, enredándose entre sus hilos, y añorase entrar en un corazón que había cerrado las puertas para mí.

CAPÍTULO 21

Era imposible dejar de saltar, abrazadas a Connor mientras coreábamos su nombre, ante las distintas miradas que los asistentes al primer día de semifinales y finales del campeonato de taekwondo de la International Sport League nos lanzaban. Dos días antes habíamos podido disfrutar y ver en vivo cómo Connor conseguía hacerse con el pase a la semifinal, pero la felicidad nos colmó en el instante en el que pudimos abrazarlo tras conseguir alzarse con la plata.

Caer en la final había sido una pena, quedarse a las puertas de alcanzar la medalla de oro. Pero a nosotros no nos importaba. Éramos conscientes del gran nivel que el competidor iraní poseía. Era bestial sobre el tapiz. Al principio del combate y durante los dos primeros asaltos, Connor hizo un gran trabajo de contención, manteniendo una pequeña diferencia en los puntos con el contrario. En el tercer asalto, la experiencia en el peso y el físico se hizo notable. A Connor le faltaba el aire y, aunque luchó hasta el final, su contrincante aprovechó el agotamiento de mi amigo para asegurarse el oro.

—Parad, chicas, que me vais a desmontar con tanto movimiento —nos dijo Connor entre risas.

Lo liberamos de nuestro abrazo y, mientras Maddy volvía a abalanzarse sobre él para besarlo, yo busqué en mi mochila una bolsa de frutos secos y una botella de agua que habíamos comprado para Connor.

—Toma, necesitarás reponer fuerzas después del último combate.

—¡Qué rabia no haber conseguido el oro! —exclamó mientras abría la bolsa de frutos secos y se llevaba un puñado a la boca—. Si hubierais venido vestidas como animadoras y con los pompones para animarme...

—Oye, nosotras nunca dijimos que vendríamos vestidas como animadoras —repliqué ante la broma de Connor.

—Claro que sí. Si no recuerdo mal, me dijisteis que vendríais a animarme vestidas de animadoras, con los pompones y un megáfono.

—¿Algo más? —preguntó Maddy, divertida—. No sé, tal vez también te dijimos que haríamos una coreografía como las de las películas, reclutando a los turistas que pasean por la ciudad, o que haríamos un mortal por cada punto que marcaras.

—Un mortal por cada patada que subiera al marcador hubiese estado bien.

Nos despedimos de Connor, que tenía que volver con el resto de la selección; pero, antes de irnos a casa, Maddy propuso buscar a Tyler y desearle suerte para el día siguiente. No creí que fuera buena idea, pero no me dio tiempo a replicar; mi amiga había echado a andar hacia las gradas.

Como había temido, allí estaba Clare. Para mi sorpresa, en cuanto se percató de que nos acercábamos, susurró algo al oído de una de sus compañeras y, tras lanzarnos una mirada envenenada, se levantaron y se fueron.

—Te dije que no tenías que preocuparte más por ella —me recordó Maddy satisfactoriamente ante el comportamiento de Clare, sabiendo lo que yo estaba pensando.

Al vernos, Tyler se acercó a nosotras.

—Kiara, Maddy, pensé que ya os habríais ido.

—Y eso es exactamente lo que vamos a hacer. Necesitamos tener una tarde de relajación —respondió Maddy, risueña.

—Entiendo. Una de vuestras noches de chicas, ¿no?

—Más o menos. Como Connor no está en casa y la última quincena de agosto y la primera de septiembre son para mí vacaciones sagradas, Kiara me ha invitado a pasar estos días con ella para que no me sienta sola. Aunque cuando me vaya será ella quien necesite compañía —soltó de repente, guiñándole un ojo a Tyler con todo el descaro del mundo.

No me lo podía creer. Iba a matarla en cuanto saliéramos del pabellón. Mi amiga no tenía filtro alguno. Frase que se le pasaba por la cabeza, frase que soltaba sin pararse a pensar.

—Tengo a Floppy, ¿recuerdas? Él me da toda la compañía que necesito —dije sin saber dónde meterme, notando cómo el rubor subía a mis mejillas.

—¡Eh, Tyler! ¿No vas a presentarnos a tus amiguitas? —preguntó uno de sus compañeros. Se había acercado mientras hablábamos y había apoyado el codo sobre el hombro de Tyler—. No me importaría robarle el corazón a alguna de ellas.

Su voz me sonó engreída, al igual que su actitud, como si fuese el centro del universo y todos los demásuviésemos que estar orbitando a su alrededor. Como si tuviera el poder de hacer que todo el mundo se postrara a sus pies.

—Lárgate, Stuart —soltó Tyler, molesto, quitándoselo de encima.

—No te vengas arriba —dijo a su vez Maddy—. Además, lamento decirte que nuestros corazones ya están ocupados.

La tensión era palpable en el ambiente. Tyler y Stuart se lanzaban miradas que hacían notoria la enemistad que había entre ellos. Por suerte, otro compañero de Tyler se acercó a nosotros al ver que la situación podría acabar en una discusión.

—Eh, chicos. El entrenador Colleman quiere veros en cinco minutos en la zona de pesaje ¿recordáis?

Stuart se dirigió a por sus cosas, no sin antes dar a Tyler un golpe con el hombro, que apretó los puños con la mirada fija en Stuart. Conocía demasiado ese gesto como para pasarlo por alto, sabía que se estaba conteniendo con todas sus fuerzas para no perder la calma.

Me acerqué a él sin pensarlo y agarré su mano. La tensión que su puño ejercía se relajó, abrió su mano y entrelazó sus dedos con los míos durante un instante, para dejarlos libres de nuevo.

—Gracias —me dijo en un susurro apenas audible. Después, se dirigió a su amigo—. Caleb, estas son Maddy, la novia de Connor, y Kiara.

—Es un pacer conoceros. Lamento el comportamiento de nuestro compañero. Es un completo idiota —contestó Caleb—. Y tenéis que disculparme, pero me llevo a Tyler. El pesaje debe de estar a punto de comenzar y, como no esté allí en breve, estoy seguro de que el entrenador se pondrá de los nervios y no habrá quien lo aguante.

—No os preocupéis, ya nos íbamos —declaró Maddy.

—Vinimos porque queríamos desearte suerte en los combates de mañana. Espero que consigas el oro, Tyler. —No me atrevía a mirar aquellos ojos color miel. El instante compartido minutos antes había despertado en mí un sueño inalcanzable.

Después de un día cargado de emociones, lo que más nos apetecía era tirarnos en el sofá para descansar y recordar cada detalle del día vivido. Habíamos dejado a Floppy corretear por el suelo del salón y jugueteaba con un rollo de cartón, mientras lo desplazaba por toda la estancia, chocando con cada mueble que encontraba en el camino.

—¿Qué crees que habrá pasado entre el tal Steven y Tyler? —preguntó Maddy con interés, antes de lanzar una palomita al aire y atraparla con la boca—. No parecía que se tuvieran gran estima.

—No lo sé, pero estoy segura de que algo gordo tuvo que pasar para que Tyler lo mirara de la manera en la que lo hacía y tratara de contenerse de esa forma —respondí, pensativa.

A mí también me intrigaba. Nunca me había gustado ver así a Tyler porque, cada vez que apretaba los puños de aquella manera, había sido para intentar controlar las ganas de explotar contra algo que le hacía verdadero daño.

—La verdad es que no me extraña nada —afirmó Maddy—. Solo hicieron falta un par de frases salidas de su boca para que me diera cuenta de que era un petulante. El otro chico, Caleb, no parecía mala persona.

—Sí —ratifiqué—. Me extraña que no hayas tratado de prepararme una cita trampa, como haces siempre que tienes la oportunidad.

Maddy soltó una carcajada antes de replicar:

—¿Acaso querías que lo hiciera? —Hizo una pausa—. Eso me parecía —continuó al ver mi cara—. Las cosas cambian, Kiara. No creo que vuelva a buscarte ni una cita más.

—Gracias al cielo —dramaticé mirando al techo y alzando los brazos—. No creo que pudiera soportar otra cita como la que pasé con Billy

—No cantes victoria tan rápido. Si voy a dejarte tranquila, es porque tu corazón ya está ocupado y, te busque a quien te busque, nunca conseguirás darle el visto bueno.

—Maddy, en mi corazón no está Tyler —me adelanté—. Y aunque...

—Yo no he dado nombres —me interrumpió tratando de hacerse la inocente.

Entorné los ojos resoplando. Mi amiga no tenía remedio.

—Y aunque por alguna casualidad, por remota que fuera, tuviera el más mínimo sentimiento por él, que no lo tengo —apunté—, hay un pequeñísimo detalle que se te olvida.

—¿Cuál es ese pequeñísimo detalle que olvido? Si puede saberse —preguntó, divertida, dándose cuenta de que no me creía ni yo que volver a encontrarme con Tyler no había hecho resurgir los sentimientos que creía olvidados.

—Clare —dije enfatizando el nombre—. Están juntos ¿recuerdas?

—¡No! —gritó entre risas—. ¡No me lo puedo creer! ¿Lo dices en serio? Pero ¿Tyler no te lo ha contado? Hace cuatro años que lo dejaron, justo después de la International Sport League de España. Pensé que te lo había dicho cuando te llevó a hablar con él.

Aquella revelación me tomó por sorpresa. Había dado por sentado que Tyler y Clare estaban juntos. Todas las cosas que ella me dijo no daban pie a otra opción.

—Cuando fuimos a felicitarlo, cuando se clasificó para la semifinal, nos preguntó por ti —me contó Maddy—. Parecía extrañado de no verte allí con nosotros. Nos contó que te había visto en las gradas, animándolo. Dijo algo de que no parecía un sueño o no sé qué historia, porque lo murmuró y no se le entendía nada. El caso es que le dijimos que habías ido fuera, que no querías encontrarte con la estúpida de su novia. Por supuesto —dijo mi amiga orgullosa—, yo no perdí la

oportunidad de volver a recordarle el mal gusto que tiene. Cambiarte a ti por esa arpía. ¡Dónde vamos a llegar!

—Te vas por las ramas. Céntrate —la apremié.

—Perdón. Volviendo al tema. Le conté el encontronazo que tuviste con Clare el día anterior y no pude decirle nada más. Se dio la vuelta y comenzó a andar a paso ligero hacia la puerta, relatando. —Maddy se encogió de hombros—. Lo siento, no pude escuchar qué decía. Lo siguiente que pasó es lo que ya viste, él se acercó a ella para decirle algo y se fue contigo. Connor y yo pensábamos que te lo contaría todo.

—Puede que lo intentara... —dije con tono inocente.

Maddy se tapó la cara con la mano sin poder aguantar la risa.

—¿Que puede que lo intentara? —Maddy trató de contenerse—. Seguramente, no dejarías al pobre muchacho explicarse por esa chifladura tuya de adelantarte y dar por sentadas las cosas que te niegas a escuchar.

Solo pude asentir. ¿Qué otra cosa podía hacer? No podía haber definido la situación de ninguna otra manera.

—Siempre dices que yo no tengo remedio, pero ahora soy yo la que te lo dice a ti. —Dejó su sofá para sentarse a mi lado en el que yo ocupaba—. Y, ahora, ¿qué piensas hacer?

—No voy a hacer nada, Maddison —le respondí con voz firme.

—¿Piensas dejar que se vaya sin decirle lo que sientes por él?

—No siento nada por él. No sé de dónde sacas eso.

—Mira, Kiara, te conozco desde hace ocho años. Eres como mi hermana y no me vas a negar lo que es más que evidente —me dijo Maddy—. He visto cómo lo miras, la manera en la que lo miraste cuando te reencontraste con él. Tus ojos expresan unos sentimientos que tu boca contradice. Al principio, pensé que había sido un flechazo y que te daba miedo volver a sentir algo por otra persona. Cuando me revelaste quién era él, no me cupo ninguna duda de que jamás lo habías olvidado. No puedes negarme lo innegable.

Ya está. Había sido descubierta y no sabía cómo seguir escondiéndolo. No podía seguir huyendo de la evidencia.

—¿Y qué puedo hacer, Maddy? Dímelo, porque yo no lo sé. —Las dudas y las preguntas que daban vueltas por mi mente turbaban mi conciencia—. Me siento muy confusa. Pensé que nunca más volvería a verlo, pero aquí está, poniendo mi vida, mis sentimientos y mi corazón patas arriba. Aún me duele todo lo que pasó. No puedo olvidar el daño que me hizo, que se dejara arrastrar por los demás, que me diera de lado y no luchase por lo nuestro. —Las lágrimas luchaban por salir de mis ojos—. No quiero sentir todo esto que renace en mí. Me da miedo sentirme así, volver a enamorarme de él y volver a caer en pedazos. Que vuelva a hacerme daño.

—Habla con él. Díselo —me animó Maddy—. Es evidente que saltan chispas entre vosotros cada vez que vuestras miradas se cruzan.

—Sabes que no puedo hacerlo —dije apesadumbrada—. Cuando septiembre llegue a su fin y el campeonato termine, él volverá a irse y yo me quedaré aquí. No hay un futuro para nosotros.

CAPÍTULO 22

No había sido capaz de pegar ojo en toda la noche. Mi mente, traicionera como muchas otras veces, lanzaba *flashes* de recuerdos contra mi corazón, intercalados con las últimas vivencias que el destino había puesto en mi camino. Mi mente y mi corazón se habían declarado la guerra y solo yo recibiría el daño colateral del fuego amigo de la batalla que se estaba librando en mi interior. ¿Querer? ¿Odiar? Dos sentimientos tan opuestos, separados por una línea tan fina que puede llegar a ser imperceptible para aquella que no quiere ver. Pero mi venda se estaba cayendo. Sabía que solo uno de los sentimientos podía ser real y tenía miedo de averiguar cuál.

Me estaba volviendo loca.

Cuando por fin Morfeo decidió acogerme entre sus brazos, el reloj me arrancó de estos, sin piedad.

Me levanté, dispuesta a tomar una ducha bien fría que reavivara mi cuerpo. Necesitaba una recarga de pilas urgente para aguantar el día que me esperaba. Le tocaba el turno a Tyler y el día prometía ser tan agitado para mis emociones como el anterior. Además, había que sumar el hecho de que las palabras de Clare aún hacían eco en mi mente y, con ellas, el sentimiento de culpabilidad ante la derrota de Tyler en la pasada final de España. ¿Era posible que yo hubiera sido la causante de su derrota en aquel campeonato? Pero ¿por qué? Lo único que tenía por seguro era que no quería que volviera a quedarse a las puertas del oro. Deseaba que Tyler se alzara campeón en su categoría y allí estaría yo para animarlo.

Cuando llegué a la sala, Maddy me esperaba con un café con leche bien cargado listo para beber.

—Te oí levantarte y supuse que necesitarías algo que te recargara las pilas —me dijo mientras daba de comer a Floppy un cachito de pepino en el sofá—. Y, por lo que veo, no estaba muy equivocada.

—No he podido pegar ojo en toda la noche —le comenté mientras giraba el cuello en círculos tratando de disminuir la tensión que sentía—. Parece que me haya atropellado un camión.

—Tenemos que darnos prisa. Según los cuadrantes que me ha enviado Connor, a Tyler le toca competir en tercer lugar.

—¿Contra quién le toca competir en semis? —pregunté, como si realmente fuera a conocer al competidor contrario.

—Creo que le toca contra Perú —me dijo comprobando su teléfono móvil. Maddy parecía saber qué pasaba por mi mente porque añadió—: Le pregunté a Connor por él y me dijo que hacía muchas tonterías y se dejaba llevar por la rabia con facilidad. Si Tyler juega bien sus cartas, no tendrá ningún problema con el pase a la final.

—No puede ser, ahora no —me lamenté mientras atravesábamos las puertas del ExCeL.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Maddy, parándose en seco al ver que yo me detenía.

—¡Maldición! —murmuré—. Tengo que salir un momento a responder una llamada. Espero

que no haya surgido ningún imprevisto. Guardadme el sitio.

Y, sin más, volví a salir por donde acababa de entrar. Marqué al número que acababa de llamarme y esperé.

—Señor Thompson, ¿ha ocurrido algo? —pregunté a mi interlocutor, intranquila. Eran mis vacaciones y el señor Thompson no me llamaría a no ser que hubiese una emergencia.

—No, no te preocupes. Solo quería hacerte una pequeña consulta —me dijo. Eso me tranquilizó—. No te pillaré ocupada, ¿verdad? Puedo llamarte un poco más tarde si quieres.

—No se preocupe. Cuénteme.

—No te robaré mucho tiempo —me dijo—. Hace unos minutos acaban de marcharse un par de jóvenes estudiantes de Periodismo. Estaban muy interesados en hacernos una pequeña entrevista sobre el trabajo realizado con el velociraptor. Sé que te di unos días libres —se excusó—, pero me preguntaba si no te importaría pasarte esta tarde por el museo y responder algunas de las preguntas que estos chicos tienen para hacernos.

Mi idea de pasar la tarde descansando tirada en el sofá, disfrutando de una buena serie y unas palomitas, acababa de irse a la deriva.

—Claro —acepté—. En cuanto sepa la hora concreta, mándeme un mensaje y allí estaré.

No podía decirle que no. Él me había ayudado mucho a lo largo de estos años para llegar al lugar en el que estaba, para conseguir mi sueño. Ya descansaría después de la entrevista, aún me quedaban un par de semanas de vacaciones y podría relajarme.

Eché a correr hacia el pabellón en cuanto me despedí del señor Thompson, deseando con todas mis fuerzas que el combate de Tyler aún no hubiese empezado.

—¿Me he perdido algo? —dije, asfijada por la carrera.

—No. Tyler acaba de colocarse el peto. Mira, es el de azul. —Y, sin más, se puso de pie y empezó a saludarlo con la mano, tratando de llamar su atención.

—Maddy, no lo distraigas —le recriminé.

—Pero si no ha hecho más que mirar hacia donde estamos desde que ha salido —me dijo con una sonrisa de satisfacción—. Creo que estaba buscando a alguien y dudo mucho que sea a mí.

En ese momento Tyler miró en nuestra dirección y en su cara se dibujó una sonrisa.

El árbitro llamó al centro a los competidores y comenzó el combate.

Como bien había dicho Maddy, Tyler no tuvo la mínima dificultad para ganar la semifinal. En cuanto subieron los primeros tres puntos a su marcador por una patada limpia en la cabeza, el contrario se volvió loco. Lanzaba las patadas sin pensar, lleno de rabia. Connor nos comentó que estaba acostumbrado a ganar y en rara ocasión perdía y, cuando lo hacía, solía ser por cosas por el estilo. Yo supuse que no lo ayudaría nada que, desde la grada, uno de sus compañeros le estuviera gritando todo el tiempo como si no hubiese un mañana. Eso desconcentraría a cualquiera. El combate llegó a su fin con un marcador de diecinueve puntos a cuatro, ganando Tyler.

Ocho combates después, Tyler volvió a ponerse el peto azul para saltar al tapiz en una final contra Turquía.

El primer asalto aconteció sin que ninguno de los dos competidores consiguiera marcar puntos. Durante su transcurso primaron los amagos, pero hicieron falta más movimientos en lo que a patadas lanzadas entre ambos competidores se refiere. Esa pasividad llevó al árbitro a amonestarlos por la falta de ataque entre los dos. El segundo asalto se convirtió en una lucha entre

ambos competidores en la que demostraron una excelente técnica y destreza sobre el tapiz, y llegaron al descanso con un marcador trece a diecisiete para el turco. En el asalto final se hizo patente el cansancio de la competición. Tyler estaba más lento de lo que lo había visto en combates anteriores, como si las piernas le pesaran demasiado. Aun habiendo conseguido contactar en el peto de su contrincante un par de veces, este también lo había hecho, y las fuerzas de Tyler parecían decaer conforme el tiempo avanzaba.

—¡Vamos, Tyler! ¡No te rindas! —grité desde las gradas con todas mis fuerzas, tratando de que estas llegaran hasta él y le dieran la energía suficiente para seguir luchando—. El combate no termina hasta que el tiempo llegue a cero. ¡Todavía puedes lograrlo!

Era el momento de la verdad. Como él mismo solía decir: vivir o morir. Aún no estaba todo perdido. Tyler tenía que arriesgar.

Fue como si una fuente de energía se cargara en su brazo derecho. Cada vez que el contrario se abalanzaba sobre él, Tyler conseguía esquivarlo, para seguidamente lanzar un certero puño en el peto que retumbó por todo el estadio. Una, dos y hasta tres veces. Esa acción hizo que su rival perdiera las fuerzas y, a falta de tres segundos, Tyler gastó toda la energía que le quedaba para lanzarle una patada con giro que lo colocó por delante en el marcador con una diferencia de un solo punto.

El árbitro dio por finalizado el combate. Tyler había ganado. Se acercó a las gradas y alguien le lanzó una bandera estadounidense. Alzándola sobre su cabeza, recorrió el pabellón en una vuelta triunfal ante los vítores de los allí presentes.

Las lágrimas recorrían mis mejillas mientras le hacían entrega de la preciada medalla de oro, esa que tantas veces había soñado. Estaba tan feliz de haber podido estar presente en un momento con tanta importancia para Tyler que hasta había olvidado que tenía que odiarlo. En el pasado, habíamos hablado cientos de veces acerca de cómo sería ese momento. Y, al fin, se había hecho realidad.

—Enhorabuena, Tyler —le dije, emocionada, minutos después. Connor, Maddy y yo habíamos ido a felicitarlo por su gran victoria—. Estoy muy feliz de que al fin hayas alcanzado el oro que tanto anhelas.

En un impulso, del cual me arrepentí una milésima de segundo después, me lancé hacia él, rodeé su cuello con mis brazos y le di un beso en la mejilla. Tyler se llevó una mano allí donde mis labios habían rozado su piel.

Me separé de él con lentitud.

—Yo... —tartamudeé ante el silencio de todos—. Lo siento.

E hice lo que mejor sabía hacer: salir huyendo.

CAPÍTULO 23

Gracias a la profesionalidad y cercanía que los jóvenes estudiantes de Periodismo mantuvieron durante toda la entrevista, a pesar de su corta edad y de que apenas llevaban un año de estudio, me sentí muy cómoda en su transcurso, evadiéndome de los nervios, y respondí con calma a todas sus preguntas: desde los procesos a los que hicimos frente durante la excavación hasta el trabajo de laboratorio. Por último, quisieron tomar una foto del señor Thompson y mía junto al esqueleto del velociraptor.

Mientras los acompañábamos a la salida, nos agradecieron una y mil veces el haber accedido a concederles la entrevista. Para nosotros, no había sido molestia alguna ayudar a unos jóvenes que ponían tanto esfuerzo en su carrera.

—¿Estás seguro de que no quieres que venga a ayudarnos mañana a empacar? —le pregunté al señor Thompson cuando los estudiantes ya se habían ido.

—No te preocupes, Kiara —me respondió con tono alegre—. Ya te he robado bastante tiempo de tus vacaciones. Ahora, vete a casa y descansa. Ya nos ocuparemos de todo nosotros. Tengo que irme, me espera una reunión con Nicholas para ver cómo nos organizamos para mañana.

El temido día en el que nuestro querido velociraptor dejaría de estar expuesto en el museo había llegado. Tenía que regresar al país en el que se encontró. Sin lugar a dudas, lo echaría de menos, pero en mi mente quedaría siempre el recuerdo de aquellos momentos vividos durante su hallazgo.

Volví sobre mis pasos hasta la sala de exposición. Tenía que despedirme de él, decirle adiós a aquel fósil que tantas alegrías me había dado. Me envolví entre recuerdos mientras paseaba por la sala, sintiendo los sonidos de los pinceles moviendo la arena de entre los huesos, los gritos de alegría y júbilo cuando por fin logramos desenterrarlo al completo.

—Es realmente fascinante —dijo una voz junto a mí, devolviéndome al presente.

Tyler observaba la sala con la boca abierta.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, sorprendida.

—No podía perderme esta maravilla antes de que la trasladaran —respondió inocentemente—. Mi entrenador nos ha dado la tarde libre y, aprovechando que Connor y Maddy iban a venir a recogerte, he decidido acompañarlos. Están aparcando el coche, ahora vienen —se adelantó a mi pregunta al notar cómo miraba alrededor en busca de mis amigos—, me han dicho que bajara yo primero.

Nos quedamos en silencio, sin saber bien qué decir, observando una fotografía en tonos sepia en la que aparecíamos el señor Thompson y yo haciendo el trabajo de limpieza, retirando la arena y los restos de piedra con un cepillo suave durante la excavación.

—Y bien —rompió el silencio Tyler cuando aparecieron Maddy y Connor—. Tú eres la experta. ¿Por qué no nos haces un poco de guía y nos cuentas un poco cómo ha llegado todo esto hasta aquí?

Maddy y Connor secundaron a Tyler. Aunque mi amiga había estado presente el día de la inauguración, no pude hacerle un *tour* completo y en cuanto a su prometido, por desgracia, su

agenda no le había permitido hacer una escapada en un horario tan apretado como el que había tenido las últimas semanas.

Les hablé sobre la gran acogida que los paleontólogos coreanos nos habían ofrecido. Las horas y horas de trabajo bajo el sol durante meses en aquel yacimiento cercano a Gyeonggi. Fue un trabajo duro pero gratificante.

Les conté mi experiencia acerca de los dos métodos de investigación en los que estuve presente. Bajo mi experiencia, me gustó más el trabajo de campo, la excavación, que el de laboratorio. Cuando estuve en Corea la primera vez, pude trabajar mano a mano con la tierra, limpiando los huesos para después recubrirlos de un pegamento especial que usamos para endurecerlos. Por el contrario, en el trabajo de laboratorio me encargué en su mayoría de redactar informes sobre el estado de conservación de los fósiles hallados, no solo del velociraptor, sino también de las plantas y coprolitos encontrados en los alrededores.

—¿De verdad un excremento de dinosaurio puede llegar a convertirse en una piedra semipreciosa? —me dijo Maddy echando un vistazo a un trozo de ágata que estaba expuesto en una vitrina junto a otros coprolitos menos agradecidos—. Nos estás vacilando.

—Misterios de la naturaleza —reí.

Cuando llegamos a la vitrina del ámbar, Connor hizo la pregunta estrella.

—¿Con esto se podrían clonar los dinosaurios? —dijo mientras admiraba un trozo de ámbar en el cual se podía distinguir una especie de insecto—. ¿No habéis probado a ver si tienen el ADN de algún dinosaurio? Sería genial volver a traerlos al mundo.

Tyler se me adelantó a la hora de responder sus ocurrencias.

—¿De verdad quieres tener un *Tyrannosaurus rex* por ahí suelto? ¿O tal vez te gustaría ser devorado por los «nosequesaurus» que se comieron a la niña de la segunda película? Sería genial resucitar a los mayores depredadores que pisaron alguna vez este planeta y que acabásemos todos convertidos en coprolitos.

—*Compsognathus* —le corregí, aguantando la risa ante su ocurrencia.

—Tienes razón —rectificó Connor ante la ironía de Tyler—. Tal vez no sea buena idea. Mejor, ignora mis últimas preguntas, Kiara.

Después de mi pequeño *tour* por la sala, cada uno se dirigió a echar un último vistazo a la exposición. Tyler quería hacer algunas fotos de recuerdo.

Yo me quedé contemplando el pequeño esqueleto del velociraptor e imaginé el pánico que inundaría al planeta si esos dinosaurios aparecieran de la nada.

—¿Cuánto tiempo crees que tendría esta cría de velociraptor cuando murió? —preguntó Tyler a mi lado, sacándome de mis pensamientos.

—Esto no es ninguna cría —le aseguré—. Es un ejemplar adulto. ¿Ves ese nido que está a sus pies? Son sus huevos.

—Vaya. Me los imaginaba mucho más grandes —reconoció, sorprendido—. Vistos de ese modo, no parecen tan letales como los de la película.

Miré de soslayo cómo observaba el esqueleto con admiración.

—Lo que en las películas de Steven Spielberg nos muestran como velocirraptores, en realidad, no lo son. Para representarlos tomaron como modelo al *Deinonychus*. Los velocirraptores como este que ves aquí medían poco más de medio metro de alto y cerca de un metro ochenta de largo, aunque como ves son más cola que otra cosa. En cambio, el *Deinonychus*

podía medir dos metros de alto y tener hasta tres metros de longitud. Eso sí, forman parte de la misma familia —le expliqué—. Además, otra cosa que no muestran en las pelis, aunque sí que hacen mención, es su parecido con las aves. Los velocirraptores tenían el cuerpo recubierto de plumas. Eso sí, no podían volar.

—¿Eran tan inteligentes como los muestran en las películas, aunque no sean exactamente los mismos? ¿Crees que se unían en manadas para acechar y cazar a sus presas?

Ante sus preguntas, a mi mente acudió el recuerdo del día en el que ambos hicimos una maratón de las tres películas de *Jurassic Park* en su casa y me fue imposible no sonreír.

—Sé que voy a decepcionarte con lo que voy a decirte, sobre todo, porque hace tiempo te declaraste fan número uno de estos dinosaurios, pero solamente pueden hacerse conjeturas. No es posible determinar si tenían esa inteligencia que se les adjudicó en las películas por medio de unos fósiles.

Durante un momento guardamos silencio. Parecía que habían pasado siglos desde aquella noche en la que debatimos sobre qué dinosaurio desearíamos volver a traer al mundo y lo dejé sin argumentos con los que defender su propuesta de traer al velociraptor a la vida ante mi querido apatosaurio.

—Kiara, no sabes cuánto me alegro de todo lo que has conseguido —me dijo Tyler con sinceridad—. Sabía que tenías la pasión y el talento suficiente como para lograr todo aquello que desearas. Todos tus sueños.

—No todos —le dije con tristeza, apartando mi mirada de sus ojos color miel.

PLANES DE FUTURO

31 de diciembre de 2008, New Bern, EE. UU.

—Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco...

La cuenta atrás que daría por finalizado un año que me había regalado tantos buenos momentos llegaba a su fin. No había mejor manera de recibirlo que al lado de la persona que amaba.

Tyler me sujetaba la mano, mirándome con sus ojos color miel como si yo fuese la única persona en la sala, aunque estuviera abarrotada de gente.

—... cuatro, tres, dos, uno. ¡Feliz Año Nuevo! ¡Feliz 2009! —corearon al unísono los asistentes de la fiesta de fin de año que mi instituto había preparado en un pequeño local a las afueras de New Bern.

—Feliz Año Nuevo —me susurró Tyler al oído, abrazándome y dándome uno de sus dulces besos—. ¿Quieres dar un paseo?

Esquivamos a la multitud que cantaba a pleno pulmón y bailaba al ritmo de *Poker Face*, una de las canciones que una nueva cantante llamada Lady Gaga había sacado unos meses atrás en su álbum debut. Era difícil caminar sin chocar con alguien con tanto ajetreo.

Cuando conseguimos alcanzar la puerta de salida, aliviados de poder salir a tomar un poco de aire al fin, Clare apareció de repente.

—Kiara, menos mal que te encuentre —me dijo Clare, nerviosa—. Tienes que acompañarme, por favor.

—¿Qué es lo que ocurre? —le pregunté, asustada ante su estado alterado.

Clare observó a Tyler y después a mí.

—Capto el mensaje —dijo Tyler con una sonrisa, antes de inclinarse para besarme en los labios—. Te espero fuera, tengo que coger algo del coche antes.

—¿Dónde has estado? —me preguntó Clare, molesta, cuando Tyler ya se había ido—. Llevo buscándote toda la noche.

—Te dije que vendría con Tyler.

—Tyler, Tyler, siempre Tyler —me espetó de malos modos—. ¿Y qué pasa conmigo, Kiara? Fui yo quien estuvo ahí cuando aquellas que decías que eran tus amigas te dieron la espalda y te quedaste sola. Yo no recuerdo que Tyler estuviese ahí en esos momentos. Y, cuando yo te necesito, ¿dónde estás?

—Pero, Clare, me dijiste que vendrías a la fiesta con Julio, que era mejor que viniésemos cada una por nuestro lado.

—Pero necesito que vengas ahora. —No pude obviar el hecho de que parecía más una orden que una petición—. Su primo Armando ha venido desde México a pasar unas semanas en su casa y se lo ha traído. No tengo idea de cómo quitármelo de encima para tener un poco de intimidad con Julio. Ve y habla con él para que mi rollo navideño y yo podamos tener un tiempo de intimidad. Puedes decirle a Tyler que se vaya. Después, te acercaremos nosotros a casa.

No me apetecía nada dejar tirado a Tyler porque Clare pretendiera ir a enrollarse con su nuevo ligue a cualquier lugar oscuro de los alrededores y dejarme a mí de canguro.

—Lo siento, Clare, esta vez no —dije temiendo la reacción de mi amiga—. Tyler está esperándome fuera y no voy a decirle que se vaya. He venido con él y es con quien me iré.

—¿Vas a dejarme en la estacada? —Clare parecía que iba a entrar en cólera—. No me esperaba esto de ti, Kiara. No después de todo lo que he hecho por ti.

Y, sin más, se dio la vuelta y se fue hecha una furia.

Cuando salí, Tyler me esperaba con un abrigo entre sus manos.

—Toma, pensé que lo necesitarías. La noche está helada.

Le di las gracias y me puse el abrigo.

—¿Te encuentras bien?

En solo un instante se había percatado de que algo no iba bien. Le conté la conversación que había tenido con Clare y le confesé que, en ocasiones, me sentía como si realmente no me tomara en cuenta.

—Ya sabes cómo es Clare —me dijo Tyler mientras caminábamos hacia su camioneta—. Seguro que mañana por la mañana todo esto se le habrá olvidado y estará más tranquila. Tiene que comprender que, aunque la noche no haya salido como ella espera, tú tienes todo el derecho de tener una bonita entrada de año. Y, por cierto, me alegra que no me hayas echado.

—Estaría loca si lo hiciera.

Nos subimos a la parte trasera de su camioneta, nos arropamos con una manta térmica que Tyler siempre guardaba en ella y contemplamos las estrellas que el cielo nos ofrecía en la despejada noche.

—Nunca pensé llegar a vivir algo así —le dije acurrucándome junto a él, apoyando mi cabeza sobre su hombro.

Tyler me acariciaba el cabello con suavidad. Me encantaba la sensación que nos rodeaba cuando estábamos juntos: paz y tranquilidad, a salvo en nuestra propia esfera de felicidad.

—Tyler —le susurré, nerviosa—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

Me incorporé para mirarlo a los ojos.

—¿Dónde te ves dentro de diez años?

Durante unos segundos, permaneció en silencio. Yo aguardaba su respuesta toqueteando el colgante que unos días atrás me había regalado sin ninguna razón especial más que el hecho del amor que sentía por mí. Me invitó a cenar y me entregó una pequeña cajita adornada con un lazo verde. Al abrirlo, no pude contener la emoción y una lágrima silenciosa bajó por mi mejilla. En su interior había una fina cadena de plata de la que colgaba un hermoso apatosaurio plateado. Era mi dinosaurio favorito desde aquellas películas de *En busca del valle encantado*. No podía creer que recordara aquel detalle.

—Tal vez sea pronto para decir esto —dijo al fin—, pero desde que nos conocimos no he dejado de imaginar una vida junto a ti. De aquí a diez años me veo en una acogedora casa viendo crecer a un par de monstruitos. Durmiendo junto a la mujer más maravillosa del mundo, tú. —Durante unos segundos en los que no dejó de mirarme, hizo una pausa para acariciarme la mejilla—. Quiero despertarte cada domingo con un desayuno en la cama. Enfrentarnos a todo lo que la vida nos tenga preparado, de la mano. Juntos, fuertes y sin miedo.

—¿De verdad te ves junto a mí en un futuro? —pregunté, esperanzada.

Tyler me acercó a él, envolviéndome en un cálido abrazo, señaló al cielo y me susurró:

—No lo digo yo. ¿Lo ves? Está escrito en las estrellas. Es nuestro destino.

Y fue allí, bajo el cielo estrellado, en una mágica noche de Año Nuevo, donde deseé no perder jamás los sentimientos que guardaba hacia el maravilloso chico que estaba sentado a mi lado.

CAPÍTULO 24

Una vez salimos del museo, los chicos propusieron ir a cenar para celebrar las medallas conseguidas. Votamos por hacerlo en un *buffet* libre. El campeonato de combate había llegado a su fin, así que Tyler y Connor ya no tendrían que seguir el régimen de comida especificado por sus nutricionistas deportivos.

—Voy a comer hasta reventar —manifestó Tyler, frotándose las manos.

No pude evitar sonreír.

Nos decidimos por ir a un *buffet wok* de comida asiática, a unas tres manzanas de mi apartamento. Al llegar, una agradable camarera nos llevó hacia una de las mesas libres para cuatro personas y nos tomó nota de la bebida. Los cuatro coincidimos en que lo mejor para ingerir tal cantidad de comida sería el agua, por lo que la joven volvió un par de minutos después con dos botellas de agua, que colocó en medio de la mesa.

Acordamos que lo mejor sería ir de dos en dos en busca de la comida. Connor y Tyler nos animaron a ir las primeras, y así lo hicimos. La boca se me hizo agua al contemplar las tres filas repletas con bandejas llenas de comida. Teníamos una gran variedad de platos asiáticos entre los que elegir. Desde China hasta Japón, pasando por Corea, Irán, India y Tailandia. Cada fuente tenía junto a ella una pequeña bandera de su país de origen junto con el nombre de la receta. No sabía por cuál decantarme en primer lugar, a sabiendas de que me levantaría más de una vez para probar de todo un poco. Me decidí por añadir a mi plato un poco de arroz blanco y un plato llamado *pad thai*, original de Tailandia, que tenía una mezcla de tallarines fritos, gambas, verduras, carne, huevo y tofu. Antes de volver a mi sitio, decidí añadir un poco de *kimbap* coreano, que en mi viaje a Corea fue un alimento recurrente en mis comidas con el paso de los días.

Cuando volvíamos a nuestros asientos, vimos que Tyler y Connor se encontraban enfrascados en una conversación, con las cabezas muy juntas, que cortaron súbitamente a nuestra llegada. Se levantaron rápidamente y se dirigieron a la zona de los alimentos.

—¿A qué vendrá tanto secretismo? —preguntó Maddy, sin apartar la mirada de ellos—. Me pregunto qué habremos interrumpido.

Yo me limité a encogerme de hombros y mordisquear un pan de gambas mientras esperaba que regresaran.

En menos de cinco minutos, los chicos habían vuelto con sus platos llenos a rebosar.

—Sois conscientes de que tenéis que comeros todo eso, ¿verdad? —les dije alzando las cejas.

—Esto es solo el principio —respondió Connor.

—Exacto —corroboró Tyler—. Yo le he echado el ojo a una sopa de cangrejo que tiene que picar como un demonio.

—¿*Ge jjigae*? —pregunté de golpe, levantándome de la silla y haciendo tal ruido que provocó que varios comensales se giraran en nuestra dirección—. ¿Qué bandera había junto a su bandeja? No me lo digas, ya voy yo a comprobarlo.

Y desaparecí.

Regresé con dos cuencos llenos de esa maravillosa y picante sopa.

—Toma —le dije a Tyler entregándole uno de los tazones—. Cuando pruebes esto, no querrás comer otra cosa en toda tu vida.

Disfrutamos de la comida, comentando las mejores acciones realizadas en los combates, patadas, puños, amagos, esquivas y giros. Tyler y Connor se levantaron un par de veces más para llenarse los platos hasta arriba. La tercera vez que lo hicieron, regresaron cargados de marisco para compartir entre los cuatro antes del postre.

—No me puedo creer que tengas que quedarte en el hotel un par de noches más —se quejó Maddy mientras caminábamos por las calles de Londres para bajar un poco lo comido.

—Aún quedan dos días de competición, faltan los competidores de técnica. Después, será todo tuyo —le respondió Connor pasando un brazo por su cintura, acercándola para darle un beso.

Tyler y yo caminábamos uno al lado del otro, cada uno perdido en sus pensamientos.

—Tyler, ¿quién era aquel chico que quería robarnos el corazón? —pregunté de repente, rompiendo el silencio, haciendo que Tyler clavara sus ojos color miel en los míos. Provocando que las mariposas se volvieran locas en mi interior. Respiré hondo y traté de ignorarlas—. Por las miradas que os lanzabais, no es que parezca que estáis muy unidos y, después de ver la mirada que te echó cuando subiste al pódium a recoger el oro, diría que te odia.

—¿Stuart? —preguntó con una mueca de desagrado al pronunciar dicho nombre—. Es una larga historia.

—¿El tonto del otro día? —nos interrumpió Maddy, colándose en la conversación. Parecía que mis dos amigos habían tenido la oreja puesta en nosotros y Maddison no pudo contener su curiosidad por saber quién era aquel tipo—. Yo pensaba que se llamaba Steven. Tiene cara de Steven.

—¿Qué más da cómo se llame o de qué tenga cara? —le recriminé, impaciente.

—Ahí tienes razón. Continúa, Tyler.

—Todo empezó hace poco más de cuatro años. Antes de la International Sport League celebrada en España —comenzó a narrar Tyler—. Por aquel entonces, yo llevaba un par de años en el equipo nacional; me había costado mucho sacrificio conseguir un puesto y quería seguir conservándolo. Que tú te clasifiques un año para participar en la ISL no significa que, dos años después, puedas participar de nuevo; tienes que volver a ganarte la plaza. Para ello se celebra un campeonato a nivel nacional y el ganador consigue el puesto. Ese año, el hermano pequeño de Stuart se presentó para luchar por una plaza en mi categoría.

»Ambos conseguimos pasar a la final. Fue un combate muy reñido, habíamos luchado hasta perder el aliento, pero en mi cabeza una voz me decía que tenía que seguir luchando. No podía perder, no podía dejar pasar la oportunidad, así que saqué todas mis fuerzas y conseguí alzarme con la victoria. Desde entonces, tanto Stuart como su hermano crearon una estúpida rivalidad frente a mí. Decían a todo el que les hiciera caso que me habían dado la plaza porque había comprado a los árbitros, que sus contactos en el peto electrónico no subían al marcador. Por suerte, casi nadie les creyó.

Sin darnos cuenta, nuestros pasos nos habían conducido a Hyde Park. Estábamos cansados, así que decidimos sentarnos en un banco, donde Tyler continuó contándonos su historia.

—Aun sin ser seleccionados para ir a la International Sport League, a los demás medallistas de cada categoría se les permite entrenar con la selección. Pues bien, Stuart y Logan, que es su hermano, tomaron por afición jugar sucio. Cada vez que tenían la ocasión en los entrenamientos,

trataban de hacerme daño, poniéndome codos, dándome patadas en lugares no permitidos. Todo ello para lesionar. —La voz de Tyler se tiñó de rencor—. Antes de la ISL de México lo consiguieron y Logan ocupó mi lugar en ese campeonato.

—Menudo par de sinvergüenzas —dijo Maddy, furiosa.

Yo no podía hablar. No podía creer lo que estaba escuchando. ¿Cómo era posible que hubiese en el mundo personas tan rastreras? Si quieres algo, lucha por ello, pero no intentes derribar a aquellos que lo dan todo a base de mentiras y juego sucio, haciendo daño. El mundo está lleno de gente envidiosa que hace cualquier cosa, excepto trabajar duro, para conseguir aquello que se proponen, aunque eso signifique derribar a todo el que pueda hacerle sombra.

—Stuart y Logan se han vuelto muy conocidos allí en los últimos dos años —continuó relatando Tyler—. Después de lesionarme, no hubo campeonato en el que no consiguieran alzarse con alguna medalla. Su ego se elevó hasta las nubes, pero mi confianza se hundió en un mar de desesperación y miedos. Tras recuperarme de la lesión, luché mucho para volver a tener el físico que había perdido. Fue muy duro para mí. Tenía miedo a recaer, pero, gracias a mi amigo Caleb, conseguí dejar el temor atrás. Cuando anunciaron que la International Sport League se iba a celebrar este año en Londres, supe que no podía perder la oportunidad de venir para... —Tyler guardó silencio y, segundos después, continuó—: Conseguí recuperarme casi completamente y con ello mi plaza. A los hermanos no les sentó muy bien, pero no volví a darles la oportunidad de robarme el puesto.

Tenía el corazón en un puño. Quería acercarme a Tyler, abrazarlo y hacer desaparecer todo el dolor que le habían causado, pero en el fondo sabía que, si mis brazos rodeaban su cuerpo, aunque fuera por un instante, estos no querrían volver a separarse de él nunca más.

CAPÍTULO 25

El resto de la semana la pasé trabajando para la exposición del señor Park o, por lo menos, lo intenté. Maddy volvió a su casa al día siguiente de nuestra cena en el *buffet* para preparar la vuelta de Connor a su hogar. Pensaba que el estar sola favorecería que mi creatividad fluyera, pero me había acostumbrado tanto en esos días a la presencia de mi amiga que todos mis intentos por dibujar algo que mereciera la pena se hallaban hechos una bola arrugada en la papelera. A pesar de haber vuelto a su casa, hablaba con ella cada día. Le contaba mis nulos avances en los dibujos y la falta de ideas para el trabajo fotográfico. No quería que el tiempo se me echara encima sin haberlo conseguido, pero mi falta de creatividad me estaba dificultando la tarea.

Había salido de mi despacho por cuarta vez en lo que iba de mañana, con la esperanza de que las ideas llegaran a mí si estiraba un poco las piernas, cuando llamaron a la puerta. Me pareció extraño, pues no esperaba visita, así que decidí ignorar a quien estuviese detrás de la puerta. Pensé que, seguramente, se trataría de un vecino por algún tema relacionado con la comunidad y que se iría si hacía como si no estuviera en casa y me quedaba quieta cual estatua, pero quien esperaba fuera no dejó de insistir.

—Ya voy —dije al fin.

Abrí la puerta, pero no encontré a nadie. Cuando me disponía a cerrar la puerta para tumbarme en el sofá hasta la hora de la comida y dar por finalizado mi intento de dibujar algo decente, me percaté de un extraño paquete a mis pies.

Cualquier persona con un poco de sentido común habría desconfiado de un paquete que aparece de repente en su puerta y cuyo remitente se desvanece antes de que lo viera, aun habiendo estado a punto de tirarla abajo de tanto llamar. ¡Podría tratarse de un paquete bomba! Pero mi sentido común fue aplastado por la curiosidad al ver aquel envoltorio que llevaba mi nombre en letras doradas.

Corrí, paquete en mano, hacia el sofá y comencé a abrirlo con tanto nerviosismo que estaba temblando. Al descubrir la caja, que segundos antes había estado envuelta con un papel rojo como la sangre, la encontré llena de confeti. Busqué entre los minúsculos papeles de colores tratando de hallar un tesoro escondido y allí estaba: un pequeño sobre decorado con hermosas mariposas que parecían volar desde su esquina inferior izquierda.

Del sobre, saqué una carta que comencé a leer, impaciente.

Querida Kiara Green:

Nos complace informarla de que ha sido seleccionada, entre un sinfín de candidatas, como una de las dos animadoras más comprometidas y entusiastas durante el Campeonato de Combate de Taekwondo de la International Sport League de Londres.

Por ello, y como muestra de nuestro agradecimiento infinito, ambas seleccionadas están invitadas a pasar siete noches en... Lo sentimos, pero, si quiere saber dónde irá, deberá aceptar el premio.

La salida está programada el miércoles 12 de septiembre y un coche parará a

buscarla sobre las 9:30 a. m. en la puerta de tu domicilio. La vuelta será el miércoles 19 de septiembre y nosotros nos encargaremos de dejarla de nuevo en su hogar. Así que no lo dude más y comience a preparar su equipaje para esta experiencia que jamás olvidará.

Atte., Connor Brown y Tyler Miller

Estaba emocionada. Todo eso me había tomado de sorpresa. Estaban completamente locos. En mi mente comencé a fantasear con los lugares que Connor y Tyler tendrían preparados para la escapada: Cambridge, Oxford, Brighton... Cualquier lugar sería ideal para desconectar un poco de la presión a la que me venía sometiendo esos últimos días debido a la exposición. Un cambio de aires me vendría perfecto para aclarar mis ideas y, más aún, con la compañía de mis amigos y Tyler.

Cogí el teléfono para llamar a Maddy, pero ella se me adelantó.

—En veinte minutos estoy en tu casa —gritó mi amiga a través del teléfono—. Tenemos compras que hacer. Recuerda coger la lista para ir tachando aquello que ya tenemos.

Y, sin más, me colgó.

Volví a coger la carta para leerla cuando me percaté de que había dejado otra hoja sin leer.

Con el fin de hacer a nuestras invitadas un poco más fácil la labor de preparar el equipaje, hemos pensado que les vendría bien una pequeña lista en la que detallamos algunas cosas imprescindibles que guardar y otras que hay que descartar sin miramientos.

IMPRESCINDIBLES:

- Ropa cómoda (pantalones cortos y camisetas transpirables).
- Calzado cómodo (zapatillas deportivas, zapatillas de agua y botas de senderismo).
- Ropa de baño.
- Toalla.
- Neceser de aseo personal.
- Una mochila.
- Gafas de sol.
- Gorra.

DESCARTAR:

- Ropa de fiesta.
- Zapatos de tacón (ni pensarlo, peligro).
- Secadores y planchas de pelo.

Tenemos conciencia del pequeño compañero de piso pinchado de la señorita Kiara Green. Por ello, nos hemos tomado la libertad de encontrar a quien lo cuide durante el transcurso de nuestra andanza. Su padre, el señor Green, pasará a buscar al pequeño erizo mañana al mediodía, tenga preparado todo lo necesario y no se preocupe. Estará en buenas manos.

Maddison y yo pasamos la tarde en el centro comercial, yendo de tienda en tienda, buscando todo aquello que podríamos necesitar para el viaje. Divagamos sobre qué nos tendrían preparado los chicos y el gran detalle que habían tenido con nosotras, aunque aún desconociéramos todo lo que estaba por ocurrir, así que cuando regresé a casa estaba exhausta.

Decidí darme un baño relajante antes de colocar todo aquello que había comprado. Llené la bañera y esparcí unas sales de baño con aroma a camomila con la esperanza de relajar mi cuerpo, puse música relajante y dejé que mi mente viajara libre hacia mis más profundos deseos, fantaseando con una vida en la que mi destino estuviese unido al de Tyler.

Cuando el agua comenzó a enfriarse, salí del baño, me puse el pijama y comencé a dividir mis compras entre aquello que iba a llevarme y lo que no. Se nos había ido de las manos. Pasar una tarde en el centro comercial con mi mejor amiga era un verdadero peligro. Ahora me pruebo eso, ahora lo otro. Al final, siempre terminaba comprando más de lo que iba buscando.

Gracias a la habilidad de Maddy de inspeccionar cada recoveco de las tiendas, encontré un bonito bikini de triángulo con estampado de plumas del cual me enamoré al instante. Eché un vistazo a la lista que había hecho con las recomendaciones de los chicos y algunos añadidos míos con aquello que tendría que comprar y comprobé y revisé si había olvidado algo. Había comprado un par de trajes de baño, las gafas polarizadas y varios pantalones y camisetas que resultarían cómodos. Decidí comprarme también un pijama de verano, pues, cuando llegaba el calor, acostumbraba a dormir en ropa interior y nunca me había molestado en gastar dinero en uno. Me costó mucho decidirme con Maddy rogándome a cada segundo que no comprara ningún pijama con animalitos, que eligiera algo *sexy* que dejara a Tyler con la boca abierta. Al final, disfruté comprando un pijama dos piezas de Dumbo ante la mirada de reproche de mi amiga.

Coloqué todo aquello que iba a necesitar sobre la cómoda de mi habitación y coloqué la maleta al lado para tener todo a mano a la hora de hacerla.

En dos días disfrutaría de un viaje a un lugar desconocido y estaba segura de que sería un viaje inolvidable.

CAPÍTULO 26

—Vamos, Kiara, date prisa —me apremió Maddy por el telefonillo por tercera vez.

—Ya voy. Ya bajo.

Eché el último vistazo a la habitación por si había olvidado algo importante y entonces lo vi: mi bloc de dibujo estaba sobre la cama junto a los lápices de colores. Me apresuré a cogerlos y meterlos con cuidado en la mochila, me la eché al hombro, cogí la maleta y fui a reunirme con Connor y Maddy, la cual estaría subiéndose por las paredes de la impaciencia por llegar al lugar secreto que Tyler y Connor nos tenían preparado. Mi amiga había tratado por todos los medios posibles tratar de sonsacarle información a su prometido sin conseguir que este dijera ni una sola palabra. Llevaba muy mal las sorpresas, ella siempre quería saberlo todo, pero los labios de los chicos estaban sellados y no iban a darnos ni una sola pista del lugar al que estábamos a punto de poner rumbo.

—Ya era hora —me dijo Maddy, impaciente, mientras Connor me ayudaba a colocar mi equipaje en el maletero del coche.

—Habéis venido antes de la hora —me defendí.

—Tú también habrías llegado antes de tiempo por no seguir escuchándola —rio Connor—. No puedes imaginar lo insistente que puede llegar a ser. No sabe disfrutar de las sorpresas, de la incertidumbre de no saber qué le deparará el viaje.

—Eso no es sorpresa —le replicó Maddy, enfurruñada, mientras nos metíamos en el coche para ir a recoger a Tyler—. Es crueldad.

Aparcamos frente al hotel donde se hospedaba la selección estadounidense, a la espera de que Tyler bajase y pudiéramos emprender nuestro viaje. Connor le había mandado un mensaje avisándole de nuestra llegada y Tyler le había respondido casi al instante que no tardaría en bajar, por eso nos extrañó su retraso.

—Está tardando mucho, ¿no creéis? —pregunté, preocupada.

Connor iba a marcarle a su móvil cuando lo vimos cruzar las puertas del hotel, visiblemente disgustado, seguido por Clare, cuyos gritos llegaban hasta nosotros.

—¿Nos vas a dejar tirados para irte con «esos» a los que conoces desde hace tres días?

—Clare, vuelve dentro y deja de decirme qué debo o qué no debo hacer —le espetó Tyler, quien parecía estar perdiendo la paciencia—. «Esos», como los has llamado, me están esperando. Y ten un poco más de respeto por mis amigos, ¿quieres? No te han hecho nada para que hables de ellos con desprecio.

En el momento en el que Tyler reemprendió su camino para reunirse con nosotros, Clare miró en nuestra dirección y su rostro se crispó cuando su mirada se topó con la mía.

—Ya veo. Es por eso, ¿no? —Clare lanzaba sus palabras como dardos cargados de veneno—. ¿Vas a seguir siendo su perrito faldero? Desde que te has reencontrado con ella, has cambiado. Ya no te reconozco.

—Ya te lo dije el otro día. Deja a Kiara al margen. —Tyler detuvo de nuevo su rumbo para enfrentarse a Clare—. He tomado una decisión y no voy a dar mi brazo a torcer. Llevaba mucho tiempo pensándolo y creo que este es el mejor momento. Nadie me ha obligado a hacerlo, así que

deja de intentar manejar mi vida.

—Te estás comportando como un completo imbécil, Tyler. —Clare gritó con furia, fuera de sí—. ¡Vas a echar a perder toda tu vida!

—Te equivocas, Clare. —Escuchamos a Tyler decir mientras apretaba los puños—. Voy a perseguir mis sueños, tomar el camino que quiero seguir a partir de ahora. Voy a vivir mi vida y tú ya no formas parte de ella. Estoy cansado de que opines de cada movimiento que hago, de que me digas qué debo o no debo hacer. A quién tengo o no tengo que amar. ¿Lo entiendes? No tienes la menor idea de cuánto me arrepiento de haber estado contigo, de haberme dejado arrastrar por tus palabras, por tus mentiras y manipulaciones.

Y, sin decir una sola palabra más, Tyler caminó hacia el coche, guardó su equipaje y se sentó junto a mí en el asiento trasero.

—¿Va todo bien? —le preguntó Connor.

—Como nunca —respondió Tyler esbozando una gran sonrisa—. ¡Nos vamos de viaje!

Hasta ese momento, no me había parado a pensar que pasaría ocho días conviviendo junto a Tyler. El miedo y la alegría se fusionaron, recorriendo cada parte de mí, creando una sensación que no pude describir, pero estaba segura: ese viaje lo cambiaría todo.

Emprendimos el camino entre canciones de Maroon 5 e Imagine Dragons, cantando a pleno pulmón esas estrofas que Maddy y yo nos sabíamos de memoria. Cada vez que alguno de los chicos comentaba que, si seguíamos cantando, provocaríamos un diluvio que echaría a perder nuestro viaje, Maddy y yo poníamos más pasión a nuestras voces, convirtiendo las letras en un espectáculo grotesco de una melodía desentonada. Las canciones dieron paso a los juegos de carretera en los que quien fuera más rápido en decir «coche rojo» cuando uno de estos apareciera en la carretera conseguía un punto, ganando aquel que consiguiera llegar antes a diez. Maddy sugirió que quien ganase retaría a los otros tres a hacer lo que el ganador quisiera y los perdedores tendrían que hacerlo o deberían pagar una prenda. Por supuesto, Connor y Tyler aceptaron enseguida. Por mi parte, temía aquello que podría pasar por la mente de Maddy si resultaba ganadora. Por suerte, no fue mi amiga quien ganó.

—Maddy, ya tengo reto para ti —dijo Tyler, para después hacer una pausa dramática—. Tienes que prepararnos un plato senegalés para cenar un día de estos, antes de que vuelva a Jacksonville.

Algo murió dentro de mí al escuchar las últimas palabras de Tyler. Como si la pequeña llama de esperanza que albergaba en mi interior se hubiera apagado de golpe.

—¿De verdad que es a eso a lo que me retas? ¡Eres un aburrido! Eso puedo hacerlo sin necesidad de que sea un reto —dijo Maddy, decepcionada—. No tienes ni idea del valioso poder que tienes en tus manos, Tyler. Yo lo hubiera usado para sacar información. Piensa bien lo que te digo, no malgastes tu premio.

Connor ahogó una risotada antes de proponer parar para comer algo y estirar un poco las piernas antes de proseguir el viaje. Aquello hizo que la conversación no siguiera por el camino que Maddy quería llevar a Tyler y mi amiga centrara toda su atención en mirar por la ventana, a la búsqueda de un cartel que indicara que un área de descanso nos esperaba para llenar nuestros estómagos.

Un par de kilómetros después, estacionamos en los aparcamientos de una pequeña área de descanso.

Nuestro alto en el camino no duró mucho. Una comida ligera, un paseo por el baño y vuelta a la carretera. A ninguno nos apetecía perder mucho tiempo parados, pues estábamos deseosos de llegar a nuestro destino.

—Tenéis que decirnos a dónde vamos —insistió Maddy por quinta vez en lo que llevábamos de viaje—. Todo este secretismo está muy bien, pero ¿a qué esperáis para decirnos a dónde vamos? Nos estáis torturando, ¿verdad, Kiara?

—Por mí, está bien así. Me gustan las sorpresas —dije conteniendo un bostezo.

—Traidora —gruñó Maddy entre dientes, para después seguir tratando de sonsacar cuál iba a ser nuestro paradero misterioso.

Nuestra parada para comer y el sol que se colaba por la ventana del coche mientras recorríamos la carretera que nos llevaría a nuestro destino provocaron en mí una sensación de sopor que, rápidamente, fue extendiéndose por todo mi cuerpo. Mis párpados luchaban por no cerrarse en una batalla que estaba perdida. Mientras tanto, las voces de mis amigos se iban alejando en la distancia mientras yo me rendía al sueño.

Un suave balanceo me hizo volver del mundo de los sueños. Abrí los ojos lentamente y me sobresalté al encontrar el rostro de Tyler tan cercano al mío, con su mirada fija en mí, haciendo que se separase de golpe.

—Lo siento, no quería asustarte —me dijo Tyler, sonrojado—. Estamos a punto de llegar, hemos hecho una parada para recoger las llaves del alojamiento. Maddy y Connor han ido a por ellas.

—¿Ibas a besarme?

—¿Qué? ¿Yo? ¡No! —balbuceó Tyler—. Yo solo... Me preguntaba qué estarías soñando. Tenías esa expresión.

—¿Qué expresión? —le pregunté, suspicaz.

—Ya sabes, esa que siempre pones cuando te preocupa algo. Tenías el ceño fruncido.

—¡Oh! —Me quedé sin palabras.

En ese momento aparecieron Connor y Maddy con las llaves. Mi amiga no parecía muy contenta; se sentó en el asiento de copiloto, se abrochó el cinturón y se cruzó de brazos con una mueca de enfado.

Al parecer, Maddy había seguido a Connor con la esperanza de averiguar cuál sería nuestro destino, pero los chicos habían pensado en todo y, previendo la reacción de Maddy, habían acordado todo mediante varias llamadas y mensajes, haciendo especial mención a que era una sorpresa que no querían desvelar hasta llegar al lugar. Mi amiga se quedó de piedra cuando la señora que les dio las llaves dijo su nombre sin ella haberse presentado.

—Chicas, sentimos decirnos esto, pero... —comenzó a decir Connor.

—Tenemos que privaros de vuestra visión durante un breve periodo de tiempo —completó Tyler mientras sacaban un par de antifaces y los balanceaban ante nuestras miradas atónitas.

—¿Cómo? —bramamos Maddy y yo al unísono—. Tenéis que estar de broma.

Pero no lo era. Los chicos nos ignoraron y nos colocaron un antifaz que nos dejó en la total oscuridad.

El camino, sumidas en la total oscuridad, sin tener idea de hacia dónde nos dirigíamos, duró casi media hora en la que casi volvemos locos a Connor y a Tyler con nuestros constantes «Falta mucho» durante el trayecto.

Cuando el coche por fin se detuvo, los chicos nos ayudaron a salir del coche. Nos quitaron los antifaces y nuestros corazones se quedaron encogidos ante la espléndida visión que apareció ante nuestros ojos.

—Kiara, Maddy, bienvenidas a Snowdonia —corearon los chicos, sonrientes, ante nuestras miradas.

CAPÍTULO 27

Ante nuestros ojos se abría una postal de ensueño. Frente a nosotros se alzaba una cabaña cuya estructura de madera le daba un aspecto robusto, fundiéndose a la perfección con la naturaleza del entorno. Cerré los ojos por un instante, dejándome envolver por el sonido que las hojas de los robles galeses que nos rodeaban emitían al ser movidas por el viento y el relajante pitar de los pájaros.

—¡Qué maravilla! —Inspiré profundamente, llenándome de la fragancia que aquel parque natural ofrecía—. Muchas gracias, chicos. Todo esto es fantástico.

—Aún no habéis visto nada, seguidnos. —Connor nos guio hacia la cabaña en la que nos hospedaríamos.

Nos recibió un encantador porche de madera, donde descansaba un balancín del mismo material que invitaba sentarse en él para contemplar la puesta de sol entre los árboles. En el interior, un amplio vestíbulo cuyas paredes, forradas de madera, dotaban a la estancia de una sensación acogedora. A nuestra izquierda, encontramos un amplio salón, en el que nos adentramos para descubrir una chimenea de piedra que nos empujaba a descansar en los largos sofás que la rodeaban.

Frente al salón se encontraba la cocina, con la que Maddy se quedó fascinada de inmediato. La encimera hacía juego con el resto del mobiliario, con maderas de color cerezo, proporcionándole una fabulosa luminosidad. A modo de centro de mesa, un jarrón de cerámica blanca lucía un bonito ramo de flores, de un tono a medio camino entre el azul y el morado, con una bella caída en sus pétalos en forma de campana, que Tyler identificó como jacintos de los bosques.

Junto a la cocina se encontraba el aseo. Hipnotizadas por la bañera de hidromasaje con la que contaba, Maddy y yo gritamos al unísono nuestra intención de usar aquella joya. Mi amiga y yo nos enzarzamos en una pequeña discusión para ver quién sería la primera en probar aquellos chorros relajantes, provocando las risas conspiratorias de Connor y Tyler. Nuestra disputa quedó acallada al descubrir la última estancia, justo tras la imponente escalera de caracol que conducía al segundo piso. Al abrir la puerta pudimos ver un habitáculo cuya cuarta pared, de cristal, nos dejaba ver las maravillas que el exterior nos exhibía. Una exuberante piscina interior, rodeada de césped artificial, ocupaba la mayor parte de la sala, cuyas aguas ondeantes estaba deseando probar.

—Puedes quedarte con la bañera —me susurró Maddy cogiéndome del brazo para subir a gran velocidad la escalera de caracol.

En la planta superior encontramos un baño muy similar al anterior, lo cual me alivió al pensar en qué sería de mí si tuviera que bajar las escaleras en la oscuridad de la noche si tuviera que acudir al servicio. Como una exaltación, mi amiga corrió a meterse en una de las habitaciones con cama de matrimonio, lanzando a la cama su mochila para reclamar así su pertenencia. Tyler esperó pacientemente a que yo eligiera habitación de las dos que quedaban libre antes de entrar en la restante. Me decanté por la habitación más pequeña que, a pesar de su reducido tamaño, contaba con unas vistas excepcionales y una cama doble en la que poder descansar a pierna suelta.

Me acerqué a la ventana y la abrí de par en par, permitiendo que el viento y el aroma del exterior inundaran la estancia mientras me dejaba caer en la cama, sintiéndome libre y completa en aquel instante.

—Las cosas no se bajarán solas del coche —dijo Connor tras la puerta.

—Vaya —se quejó Maddy—. Pensaba que tendríamos servicio de habitaciones.

Salí de la habitación en busca de mi maleta, la cual había olvidado por completo. Cuando volví al interior de la cabaña, cargada con mi equipaje, caí en la cuenta de algo. ¿Quién me mandaría a mí traer tantas cosas? No tenía ni idea de cómo iba a subir mis cosas por aquellas escaleras de caracol.

—Deja que te ayude —me dijo Tyler agarrando un extremo de mi equipaje.

—No te preocupes. Creo que puedo yo sola —mentí.

—No seas orgullosa y deja que te eche una mano —insistió—. Si quieres, puedes bajar después y ayudarme con la mía, tampoco es peso pluma.

Entre los dos, no sin esfuerzo, cargamos mi maleta por las escaleras.

—Gracias. No sé cómo la habría subido sin ayuda —le agradecí, sofocada por el esfuerzo.

—No tienes que darlas. Si yo hubiese traído semejante peso, tampoco hubiese sido capaz de subirlo solo —reconoció Tyler—. ¿Qué llevas ahí? ¿Un esqueleto de tiranosaurio?

—Me crees capaz, ¿verdad? —reí ante su ocurrencia—. Prefiero dejar los huesos en el trabajo. Pero no podía dejar mi caballete de sobremesa y algunas pinturas por si se me presentaba la ocasión de dibujar. ¿Bajamos a por tus cosas?

Pero no había nada a por lo que bajar. Tyler me confesó que ya había subido sus cosas minutos antes y que solo me había hecho creer que aún seguían en el coche para que me dejase ayudar. Después de volver a agradecerle el haberme ayudado, nos dirigimos a nuestras respectivas habitaciones para deshacer el equipaje y descansar un poco del viaje. Tras guardar toda mi ropa en el armario, para que no estuviera muy arrugada en el momento de ponérmela, y colocar el caballete, los lienzos y las pinturas encima de la mesa, decidí llamar a mi padre para decirle que habíamos llegado sanos y salvos y preguntarle por mi pequeño Floppy, al que hacía un día que no veía y parecía que habían pasado siglos. Es increíble cómo se puede llegar a querer tanto a ese pequeñajo pinchado.

Media hora después, bajé las escaleras de caracol con la intención de pasar el resto del día con mis amigos en la sala de la piscina. Maddy estaba sentada en el bordillo, observando cómo Connor y Tyler se lanzaban a la piscina de las formas más variadas. Me deshice de mi ropa, quedándome con mi bikini con estampado de plumas. Por suerte, la calefacción central de la casa dotaba a las estancias de una agradable temperatura, alejada del frescor que esa época del año ejercía en el exterior. Dejé la ropa sobre una de las tumbonas y fui a sentarme junto a Maddy.

—Estás fabulosa —me dijo mi amiga tras soltar un sonoro silbido, que hizo que los chicos miraran en mi dirección.

Centré la atención en mis pies, cuyo danzar en círculos bajo el agua producía unas hondas que, esperaba, tranquilizaran mi corazón al saberme observada por aquellos ojos color miel que tanto me gustaban.

—Eh, Tyler —le dijo Connor desde el agua propinándole un gran salpicón de agua—. ¿No decías que podías superar mi salto? ¿Qué haces ahí parado?

Segundos después, Maddy soltó una risita. No me pasó desapercibido el guiño de ojo que le

lanzó a su prometido.

—¿Qué están haciendo? —me aventuré a preguntar mientras me quitaba las gotas de agua que habían caído en mis ojos por culpa del salto de Tyler.

—Competición de saltos. Gana el que, con más elegancia, consiga salpicar más agua.

—¿Y quién va ganando?

—Lo negaré ante Connor, pero a mi querido prometido se le da mucho mejor salpicar que poner elegancia al salto. Se centra en hacer la bomba y caer a peso plomo. Mira, allá va otra vez. —En efecto, Connor cogía carrerilla hacia el borde de la piscina para impulsarse en un salto, hacerse una bola en el aire y caer con todo el peso de la gravedad sobre el agua—. Lo que te decía. Tyler, en cambio, tiene un poco más de estilo.

Mientras hablábamos, no nos percatamos de que los saltos habían cesado. Todo estaba muy tranquilo, demasiado tranquilo.

Sin previo aviso, Tyler y Connor aparecieron a nuestras espaldas y dejaron caer sobre nuestras cabezas sendos cubos de agua. Mi amiga y yo gritamos, sobresaltadas, y nos levantamos de golpe, dispuestas a llevar a cabo una venganza nada planeada. Pero caímos en su trampa. Nada más ponernos en pie, los chicos nos alzaron en brazos y se lanzaron con nosotras a la piscina. Eso fue suficiente para que estallara una guerra de salpicones en la que el agua anulaba la visión de todos y las risas hacían eco en esa estancia, testigo de instantes de felicidad.

Tras una cena ligera y una ducha renovadora, fui la primera en irme a dormir. Se sentía extraño volver a reír junto a Tyler, construyendo una nueva barrera ante los pensamientos negativos que, en ocasiones, trataban de destruir la felicidad y los buenos momentos que estábamos creando los cuatro juntos. Pero no eran los únicos pensamientos que luchaban por dominar mi mente. Había otros, unos sentimientos ocultos que renacían como una pequeña flor a través del pavimento, rasgando desde el interior hasta la superficie y saliendo a la luz a través de entre una minúscula fisura en el asfalto.

CAPÍTULO 28

La mañana siguiente, unos suaves golpeteos en la puerta me sacaron de mi sueño. Instantes después, una nota se coló por debajo de la puerta de mi dormitorio. Me calcé las chanclas y me apresuré a leer la cuidada nota que recogí del suelo.

Estimada señorita Kiara:

Para el día que nos aguarda le recomendamos usar ropa lo más cómoda posible y calzarse sus botas de senderismo. Le aconsejamos meter en su mochila una manga larga, puesto que no le podemos asegurar que disfrutemos de una buena temperatura durante todo el trayecto.

Esperamos que haya pasado una noche agradable y que haya descansado bien.

P. D.: El desayuno está servido, puede bajar a reunirse con nosotros en cuanto esté lista.

Atte., Connor Brown y Tyler Miller

Los chicos habían pensado hasta en el más mínimo detalle para hacer de esa escapada algo memorable. Salí de la habitación y me encontré con Maddy, que acababa de salir del baño.

—Están locos —le dije a mi amiga sonriendo mientras sostenía la tarjeta para que ella pudiera verla.

—Son unos genios —dijo ella sosteniendo la suya.

—Son unos genios locos —coincidimos entre risas.

El olor del desayuno llegaba hasta nosotras, provocando que nuestros estómagos rugieran ante aquel delicioso aroma. Aun así, Maddy esperó a que yo entrara en el baño a asearme un poco antes de bajar a desayunar.

Al llegar a la cocina nos recibió un gran festín. Los chicos habían cocinado una gran variedad de platos y yo, a quien le encantaba comer cuanto más, mejor, me pregunté cómo iba a ser posible que no termináramos toda esa comida. Los olores de los diferentes platos se mezclaban en la sala. Había huevos fritos, salchichas y bacón, pero también una torre de tostadas rodeada por mermeladas de diferentes sabores.

—¡Vamos a explotar! —exclamé, maravillada.

—Coged sitio —nos invitó Tyler mientras posaba sobre la mesa una jarra de zumo de naranja recién exprimido—. Vais a necesitar fuerzas para lo que nos espera en el día de hoy.

Desayunamos en silencio disfrutando de cada bocado y, para mi sorpresa, no sobró nada. Tratamos de ayudar a Connor y a Tyler a recoger la mesa, pero nos echaron de la cocina alegando que teníamos que preparar aquello que íbamos a llevarnos. Así que, con el estómago lleno, subimos a preparar nuestras mochilas.

Casi una hora después, aparcamos en una localidad llamada Llanberis. Por suerte para los oídos y la paciencia de todos, Maddy había decidido que iba a dejarse llevar por la incertidumbre de no saber qué nos depararía ese viaje y no volvió a preguntar sobre el itinerario que los chicos tenían en mente. Durante el trayecto de la cabaña hasta el pequeño pueblo, se dedicó a mirar por la ventanilla y a comentar con asombro aquello que el paisaje nos ofrecía.

Caminamos entre las calles de aquel pueblo rodeado de una belleza cautivadora hasta llegar

a un camino asfaltado, a cuyos lados enmarcaban la calzada la maleza y los verdes pastos, donde las ovejas se alimentaban de aquel verde. El canto de los pájaros nos acompañaba en nuestro andar con su dulce melodía. Continuamos el rumbo hasta llegar a campo abierto, donde pudimos disfrutar de la vista. Fue allí, en un paisaje de lagos y montañas, de rebaños de ovejas y una zona en la que el verde pintaba nuestro alrededor, cuando los chicos nos indicaron que estábamos en el comienzo de nuestra ruta, cuyo destino al fin quedó descubierto: la cima del Monte Snowdon.

Tyler propuso sacarnos una foto antes de subir la montaña y, una vez alcanzada la cima, volver a fotografiarnos todos juntos y ver el resultado que aquella ruta senderista provocaría en nuestros rostros. Nos pareció una buena idea y sería un recuerdo del que poder reírnos cuando avanzaran los años.

Poco a poco fuimos cogiendo altura, avanzando por aquel camino de piedras con cuidado de no tropezar. Por el camino nos encontramos parejas, grupos y hasta senderistas solitarios que, como nosotros, querían observar las mejores vistas que solo la cumbre puede llegar a ofrecer. Al llegar a un tramo, el cansancio comenzó a notarse en mi cuerpo.

—No puedo dar ni un paso más —me quejé mientras me sentaba en una piedra a un lado del camino, me quitaba la mochila de la espalda y la colocaba con cuidado sobre el suelo—. Yo os espero aquí. Recogedme a la vuelta.

Pero se negaron a dejarme allí por mucho que insistí. Así que, tras un breve receso en el que Tyler sacó unas barritas de cereales y frutas de su mochila y las repartió entre nosotros, nos dispusimos a seguir nuestro camino.

—Deja que te ayude con la mochila. —Tyler la cogió por el asa y se la colgó al hombro—. ¿Estás segura de que no escondes huesos de dinosaurios en tus bolsos, maletas y mochilas? Es imposible que siempre pese todo tanto.

Ahora que me había librado del peso de mi mochila, en la cual había cometido el pequeño error de meter un par de cuadernos y estuches de pinturas, me sentía más ligera subiendo la montaña. Aun así, me sentía culpable de que Tyler llevara todo el peso él solo, por lo que lo convencí de que me dejara llevar la suya que, afortunadamente, pesaba muchísimo menos al no haberle metido cosas que en una ruta senderista son inservibles.

Tras un tramo de desnivel, en el que casi me caigo un par de veces al apoyar mal el pie y hacer frente a unas rampas inclinadas, tuvimos que abrigarnos un poco. Caminamos junto a una sucesión de valle y lagos hasta que comenzamos a caminar entre nubes. Por suerte, no eran muy espesas y nos dejaban ver todo cuanto nos rodeaba. Al fin conseguimos llegar hasta el último tramo: unas escaleras de granito que nos condujeron hasta la cima del monte Snowdon.

—¡Mirad a la cámara! —Tyler había vuelto a colocar su teléfono móvil en el palo extensible.

Nos agolpamos alrededor del móvil de Tyler para observar cómo había quedado aquella fotografía. No pude contener una sonrisa al pensar que, dentro de unos años, miraríamos aquella imagen y pensaríamos: «Casi morimos en el intento, pero conseguimos alcanzar la cima de la montaña más alta de Gales, y las vistas eran una pasada». Quizás «morir» fuera una palabra un tanto exagerada, pero en ese momento sentimos que el cansancio podría con nosotros.

Antes de emprender el camino de regreso, oímos el sonido producido por una máquina de vapor que llegaba a la cima, de la que bajaron algunos pasajeros.

—No me puedo creer que haya un tren que llegue hasta aquí arriba —gimió Maddy—. Tengo las piernas como gelatinas.

—Vamos, Maddy, no seas quejica —le dije dándole un suave toque con el dedo en el brazo.

—¿Y me lo dices tú, que querías quedarte en mitad de la montaña a la espera de ser devorada por cualquier animal hambriento?

Saqué mi cámara y me perdí en el visor, tratando de capturar hasta el más mínimo detalle de las impresionantes vistas que se abrían ante mi objetivo para ser capturadas. Entonces lo vi. De cara al vacío, con los brazos estirados, sintiendo el viento en su rostro, llenándose de él. Tyler se fundía con las vistas que las alturas nos regalaban, como si de un águila a punto de alzar el vuelo se tratase. En el momento en el que logré congelar ese instante con mi cámara, fui descubierta. Traté de bajar la cámara, mostrando inocencia. Tyler me dedicó una sonrisa que me dejó sonrojada. Entonces él alzó su móvil y, apuntándome con él, supe que había sido congelada en ese mismo instante.

Regresamos a la cabaña exhaustos. Habíamos decidido tener la aventura completa y bajar la montaña por nuestro propio pie, aunque el tren podría habernos dejado en el pueblo. Por ese motivo, nada más terminar de cenar, nos fuimos cada uno a nuestro dormitorio para descansar.

Antes de dormir, saqué mi cámara y eché un vistazo a las fotografías que había sacado en la montaña. Cuando llegué a la imagen que había sacado a Tyler en la cumbre, no pude evitar perderme en mis fantasías, dejándome atrapar por mis deseos, a sabiendas de que, cuando lo viera al día siguiente, me dolería aún más al mirarlo y saber que todos esos deseos no eran más que el espejismo de mi corazón.

CAPÍTULO 29

Una nueva nota pasada por debajo de la puerta y unas agujetas en las piernas debido a la subida al monte Snowdon me dieron los buenos días al despertarme por la mañana.

—Me duelen partes de mi cuerpo que no sabía ni que existían —me había dicho Maddy cuando me senté junto a ella en el desayuno, y yo me alegré de no ser la única.

Los chicos debían haber previsto que nuestra pequeña excursión nos dejaría agotadas, así que habían planeado un día relajado y, por las pistas de la nota, un paisaje de ensueño debía estar esperando nuestra llegada.

No me equivocaba. Connor y Tyler no podían haber escogido un lugar mejor para pasar el día de descanso. Nos llevaron a una pequeña cala, situada en la bahía de Cardigan, rodeada de altos acantilados cubiertos de una vegetación donde abundaban hermosas flores silvestres.

Se sentía como estar en el paraíso. Un lugar tranquilo, donde se respiraba paz.

Teníamos la playa para nosotros solos, con la excepción de un par de pescadores que habían dejado las cañas a su suerte y charlaban animadamente junto a la orilla.

Fui la primera en descalzarme. Ansiaba sentir la arena en mis pies mientras caminábamos a la búsqueda de un lugar en el que asentarnos.

Connor y Maddy tendieron una manta de mandalas sobre la fina arena y sujetaron cada esquina con algunas rocas que Connor había recogido junto a la cabaña antes de venir. Junto a ella dejamos la nevera, donde los chicos habían guardado varias fiambreras para la hora de la comida y algunos refrescos.

Una vez instalados, me acerqué a la orilla. Quería sentir las olas del mar de Irlanda en mi piel, comprobar si estaba tan fría como parecía. Me perdí en la inmensidad de ese horizonte de aguas cristalinas y pude ver, no muy lejos, una manada de delfines desafiando la ley de la gravedad.

—¡Chicos, corred! ¡Venid a ver esto!

Saqué mi cámara de fotos del bolso que aún llevaba colgado para capturar ese momento.

—Son delfines mulares —dijo Tyler con los ojos brillantes—. Desearía poder nadar entre ellos, libre, en medio del océano.

—Son tus favoritos —recordé—. También son conocidos como delfines nariz de botella. En ocasiones dejan a los nadadores acercarse y jugar con ellos. —Tyler me había hablado acerca de ellos en nuestra primera cita en Greensboro—. Se valen de la geolocalización para buscar comida. Incluso colaboran entre ellos para dar caza a sus presas.

—¿Cómo sabes esas cosas sobre ellos? —preguntó Maddy con interés.

—Bueno... Tyler me habló de ellos hace mucho tiempo —respondí sin apartar la vista de aquellos maravillosos mamíferos—. Su padre es biólogo y le enseñó muchas cosas sobre los animales. Es toda una fuente de sabiduría.

—No es para tanto —dijo Tyler con modestia y un deje de mirada triste que solo yo pude percibir.

Me hubiera gustado preguntarle tantas cosas, como conocer qué fue de su vida durante los años que estuvimos separados. Pero todas las preguntas quedaron atrapadas en mi interior.

Regresamos a la manta. Maddy decidió tumbarse sobre esta a descansar y disfrutar del buen tiempo que el día nos había obsequiado mientras los chicos jugaban con las palas de playa. Yo cogí mi cuaderno de dibujos y mi estuche de pinturas —ese que, como Tyler me dijo antes de salir de la cabaña, por fin podría utilizar después de cargarlo a todas partes— y busqué un sitio en la arena donde poder sentarme y plasmar cada detalle que la cala poseía.

Al cabo de una hora, perdida entre colores, fui a reunirme con Maddy y los chicos, que conversaban animadamente sobre la manta.

—Ahora que estamos todos —dijo Tyler. Y en su rostro se dibujó una mirada maligna—, es hora de cobrarme mi premio por tener la mayor agudeza visual entre nosotros a la hora de detectar coches rojos. Maddy, redoble de tambores, por favor.

Mi amiga estaba encantada por la situación y, como si tuviese una baqueta en cada mano, simuló tocar un tambor mientras trataba de imitar el sonido con la boca.

—Mi reto para vosotros tres es que corráis hacia el océano y os deis un pequeño chapuzón en el agua —nos retó Tyler—. No podemos irnos de aquí sin comprobar si el agua está fría o no.

Yo traté de hacer como si no hubiese escuchado nada, en cambio, a Maddy le cambió el semblante al caer en la cuenta de algo.

—¿Los tres? No. A mí ya me retaste en el coche a preparar un plato senegalés para comer todos juntos antes de que te vayas —trató de recordarle mi amiga.

—Pero me dijiste que no podía desperdiciar mi reto en algo como eso, ¿recuerdas? —rebató Tyler—. Algo así como que no malgastara la oportunidad con algo que podrías hacer con gusto sin necesidad de ser un reto. Así que he cambiado de opinión y prefiero que no pierdas tú la oportunidad de probar las frías aguas de Gales.

—Está bien, lo haremos —aceptó Connor ante la mirada de Maddy—. Pero tendrás que acompañarnos. ¿No tendrás miedo a un poco de agua fría? Además, ese fresquito tiene que ser perfecto para la circulación.

—O para hacer compañía a los fósiles bajo tierra —dije entre dientes.

Al final, los cuatro echamos a correr hacia el mar, en el que nos adentramos un poco, notando cómo nuestra piel se erizaba al contacto con el agua fría.

—¡Me vengaré! —grité mientras salía del agua, congelada de pies a cabeza—. Lo has hecho a propósito. Sabes perfectamente que no me gusta bañarme en aguas frías. ¡Esta me la pagarás, Tyler Miller!

—Eso habría que verlo —me retó con una mirada, que no me atrevía a definir, fija en mí, haciendo que una ola de calor recorriera mi cuerpo a pesar de estar temblando de frío.

Me cubrí con mi toalla hasta la cabeza, dando saltitos en el sitio para alejar el frío que había vuelto a mí. Tyler se acercó y, para mi sorpresa, puso su toalla, con la que solo se había secado por encima, sobre mis hombros. Después, se fue a jugar con Connor de nuevo con las palas, alegando que era la mejor forma de entrar en calor.

Me senté junto a Maddy sobre la manta a observar a los chicos pasarse la pelota con las palas con la maestría de dos grandes deportistas. Yo no podía apartar mi mirada de Tyler, atrapada por cada movimiento de su cuerpo y por el aroma que había dejado en la toalla que ahora cubría mi cuerpo.

—¿Piensas dejar que se vaya sin hacer nada?

—¿Qué?

—Kiara, Tyler vuelve a su casa la próxima semana.

Las palabras de mi amiga me sentaron como una jarra de agua fría. ¿Acaso no había sabido desde un principio que tarde o temprano eso ocurriría? Había obviado que Tyler tenía una vida al otro lado del Atlántico nada más sentir el viento de Gales en mi rostro, me había acostumbrado a tenerlo cerca, manteniendo todos los sentimientos contradictorios que sentía por él al margen. Pero, tras las palabras de Maddy, se habían unido en una revuelta contra mi intento desesperado de creer que estas pequeñas vacaciones durarían eternamente. Que podría quedarme congelada en ese instante, fingiendo.

—¿Qué pretendes que diga? ¿Que lo quiero? ¿Que lo odio? —Cogí aire tratando de acallar las voces de mis pensamientos, que formaban un nudo en mi garganta—. ¿De qué serviría? ¿Qué importa lo que yo pueda sentir si él no siente nada?

—¿Cómo vas a saber lo que él siente si no eres capaz de ver lo que sientes tú misma? —Maddy me miró a los ojos—. La vida es muy corta como para perder el tiempo con miedos y excusas.

Me había convertido en una bomba de relojería y el tiempo corría en mi contra. Solo era cuestión de tiempo que todas las emociones, sentimientos, miedos y deseos que tenía escondidos en mi interior saltaran por los aires, y no tendría escapatoria. Estaba perdida.

CAPÍTULO 30

Desde mi conversación en la playa con Maddy, mis pensamientos no habían parado de hacer eco en mi mente. Había pasado el resto del día aturdida, sin prestar atención al pequeño pueblo costero que decidimos visitar antes de volver a la cabaña, del cual no recordaba ni el nombre. De ese modo, cuando regresamos a nuestro alojamiento, me disculpé con mis amigos, alegando estar mareada por el viaje, y me fui directamente a la cama, donde no paré de dar vueltas hasta que me quedé dormida bien entrada la madrugada.

A la mañana siguiente, mi ánimo no fue a mejor. Durante la noche no había descansado bien, lo cual, sumado al desasosiego que me atormentaba con escenas que imaginaba sin cesar en las que, tomara el camino que tomara, saldría herida, mi cuerpo y mi mente habían llegado a un nivel de cansancio elevado.

Traté de mostrar buena cara, a pesar de aquella sombra que iba creciendo cada vez más en mi interior, resurgiendo fantasmas del pasado e inventando espectros nuevos para acecharme sin descanso. Pasamos la mañana en Betws and Coed, una pequeña villa situada en un bonito valle del Parque Nacional de Snowdonia. Visitamos sus tiendas de artesanía y comimos en un pequeño restaurante cercano al museo del ferrocarril. Cuando pensaba que la presión que sentía podría conmigo, me evadí tras mi cámara de fotos, perdiéndome en los numerosos puentes que había por la zona y en aquellos paisajes de los alrededores, donde la naturaleza era una fuente de vida. Caminamos por zonas de abundante verde hasta llegar a las cataratas Swallow, donde me perdí observando la caída del río Llugwy y las garzas que pescaban plácidamente en las aguas. Éramos mi cámara, la naturaleza con toda su belleza y yo.

Cuando volvimos, cené con Tyler, Connor y Maddy, los ayudé a limpiar y me retiré a mi habitación ante sus miradas de preocupación.

Les estaba fastidiando el viaje con mi actitud y me sentía culpable por ello.

Dejé volar mi imaginación sobre el lienzo. Al terminar, me di cuenta de que mi interior había sido plasmado en aquel cuadro: un paisaje arrasado por el fuego donde el rojo y el negro eran los protagonistas de aquella escena funesta.

Traté de dormir, pero me era imposible acallar los gritos de mi interior.

Necesitaba tomar el aire, disfrutar del cielo de Gales paseando bajo el negro firmamento cargado de estrellas.

Salí de la cabaña con la esperanza de volver a tomar el control de mi mente, pero mis deseos se vieron frustrados por una voz a mis espaldas.

—Veo que no soy el único que no puede dormir esta noche.

Mi corazón pareció querer salirse de mi pecho. No esperaba encontrarme a nadie a mis espaldas, y menos en mitad de madrugada. El grito que lancé podría haberse escuchado hasta en New Bern.

—Tranquila, soy Tyler —me dijo, como si el hecho de que fuera él pudiera tranquilizarme. Aunque sí, fue un alivio descubrir que no era ningún asesino en serie. Había visto demasiadas películas de bajo presupuesto—. Siento haberte asustado.

—No importa. Solo espero no haber despertado a Connor y a Maddy. Con dos que no

podamos pegar ojo esta noche, creo que es suficiente.

En mitad del silencio que se instaló entre nosotros, el recuerdo de una conversación mantenida hacía días con Maddy se abrió paso en mi mente. Mi amiga tenía razón. No podía seguir viviendo con toda esa angustia dentro de mí. Ese rencor. Tyler había sido alguien muy especial en mi vida. Esos días con él me habían hecho ver que no era un mal chico, como llevaba pensando todos esos años, pero necesitaba saber la razón por la cual había jugado con mis sentimientos.

—¿Te importa si me siento contigo? —le pregunté, dubitativa.

—En realidad, quería andar un poco y contemplar las estrellas.

—¡Oh! —exclamé con decepción, viendo que se levantaba del balancín.

—¿Quieres acompañarme? —me preguntó tendiendo su mano hacia mí.

En ese instante, mi mirada viajó de sus ojos a su mano. Entrelacé mis dedos con los suyos, creando una corriente eléctrica que recorrió todo mi cuerpo. Lo solté.

—Lo siento —dijimos al unísono.

Caminamos por los alrededores, manteniendo la distancia entre nosotros, con el único sonido de algún animal nocturno en la lejanía y el quebrar de algunas ramas bajo nuestros pies.

Las preguntas se agolpaban en mi mente, luchando por salir. Me paré en seco. Tyler me miró. Entonces sucedió. La cuenta regresiva de la bomba que se había formado en mi interior llegó a cero. Simplemente, exploté.

—¿Por qué tuviste que irte aquella noche? ¿Qué fue lo que hice mal para que, de la noche a la mañana, me convirtiera en algo prescindible en tu vida? —Mi voz sonaba quebrada por el llanto que trataba de contener sin lograrlo, haciendo que mis palabras se entrecortaran a cada intento de reprimirlo—. Me hiciste sentir como una lunática. Como si toda la culpa de que nuestra relación cayera en picado hubiera sido mía.

»Y tal vez sí es cierto que en algún momento perdiera el control de mí misma, tratando de hacer que te quedaras cuando no podía retenerte a la fuerza. Cuando te vi con Clare, en Madrid, solo podía pensar en lo estúpida que había sido al creer que alguna vez me habías querido. Tan solo había sido tu parada de espera todo ese tiempo. Un lugar donde alojarte mientras encontrabas algo mejor, a alguien con quien no te avergonzara estar. Alguien que no fuera como yo. Alguien como Clare.

Solté mis pensamientos sin dejarle hablar. Cuando por fin terminé de decir todo aquello que me había atormentado durante años, me rompí. Las lágrimas fluyeron de mi interior sin control, los sollozos se escapaban de mi cuerpo, agitando mi respiración. Me sentí vulnerable ante aquel chico que creía conocer como la palma de mi mano, pero que a la vez sentía como un total desconocido.

Mis piernas tomaron el control. Corrí. No podía seguir allí. Tenía miedo de mis propias palabras, de mis propios sentimientos contradictorios, que me empujaban a olvidar todo el daño que había sentido al expulsar de mi interior aquellas palabras, pero cuyas cadenas seguían a mi alrededor, ahogándome. Deseaba que Tyler me dijera que estaba equivocada. Que todo lo vivido juntos no fue una mentira, no fue un espejismo que él creó para después destruirlo todo, dejándome herida, perdida entre unos escombros que nunca supe reconstruir.

No sé el tiempo que estuve corriendo ni hacia dónde me habían conducido mis pasos, pero caí exhausta junto al tronco de un árbol. Me senté allí, con la espalda contra el árbol y me quedé mirando el firmamento. Siempre había amado mirar aquellos pequeños puntitos brillantes e

imaginar si en algún lugar del universo alguien se preguntaría lo mismo.

Al cabo de los minutos, unos pasos apresurados se escucharon en la cercanía. No me moví.

—¡Kiara! —exclamó Tyler acercándose a mí—. ¡Al fin te encuentro! —Parecía asustado. Sus manos temblaban cuando se arrodilló frente a mí en el suelo—. ¡Me has dado un susto de muerte!

Sin previo aviso, me abrazó, como si temiera que fuese a salir corriendo de nuevo.

—No vuelvas a decirme que nunca te he querido, que alguna vez he podido avergonzarme de ti —me dijo sin soltarme, manteniendo ese abrazo que siempre había necesitado—. Todo lo que siempre he querido es a ti. Cada día de estos ocho años he añorado sentarme contigo a contemplar el cielo estrellado mientras planeábamos una vida juntos, como muchas otras veces. No hay un solo día que no te haya echado de menos, que no me odiara a mí mismo por mantener ese maldito orgullo en alto y no ser capaz de admitir que me estaba dejando arrastrar por las bromas y los comentarios que mis amigos hacían. Pero, sobre todo, me he maldecido día y noche por no llegar a tiempo antes de que subieras a ese maldito avión.

Cuando deshizo su abrazo, pude comprobar que las lágrimas cubrían su rostro, roto de dolor. Me miró acariciándome el pelo con suavidad. Acerqué mi mano hacia su mejilla para atrapar una lágrima que se precipitaba al vacío.

—Cada día me preguntaba si me echabas de menos, si alguna vez pasaba por tu mente alguno de los recuerdos vividos juntos. Pero los días pasaban y tú ya no estabas. Me daba miedo coger el teléfono, intentar ponerme en contacto contigo y recibir un adiós como respuesta. Aun así, mantenía la esperanza de que nuestros caminos se volvieran a encontrar.

—Lo siento, Kiara. Siento mucho lo que pasó aquella noche. Me gustaría poder volver atrás en el tiempo y cambiar tantas cosas, tantos errores.

—El pasado no debería cambiarse —le dije sintiendo cómo las barreras de mi interior comenzaban a caer—. Cada decisión tomada nos ha conducido a este lugar. Un solo cambio podría haber separado nuestros caminos para siempre.

—Pero, si yo no te hubiera dejado sola aquella noche, si te hubiera escuchado, seguiríamos estando juntos.

—O tal vez no. No podemos saber lo que el destino nos tiene preparado. Puede que aquel no fuera nuestro momento. Es posible que estuviéramos destinados a perdernos para volver a encontrarnos.

Tyler acercó su mano a mi mejilla y la acarició con suavidad. El roce de su piel me hacía sentir que estaba en casa. Entrelazó sus dedos en mi pelo, acercando lentamente sus labios a los míos para fundirnos en un dulce beso capaz de sanar todas las heridas de mi corazón.

CAPÍTULO 31

Comenzaba a amanecer.

Regresamos a la cabaña abrazados. Por suerte, Tyler recordaba el camino que había seguido hasta encontrarme. Si de mí hubiese dependido, habríamos terminado perdidos para siempre o, al menos, hasta que alguien nos hubiera encontrado.

La casa estaba en silencio a nuestra llegada. Tyler me había dicho que teníamos la mañana libre, ya que la aventura estaba programada para la tarde, así que Connor y Maddy aún estarían descansando.

—Buenas noches —me dijo Tyler besando mi frente al llegar a la puerta de mi dormitorio—. O días, a estas horas. Procura descansar, esta tarde nos espera un día de locos.

No pude ocultar una sonrisa.

—Quédate —le dije mientras agarraba su mano, armándome de valor—. No quiero dormir sola y, al despertar, darme cuenta de que nada de esto es real.

Tyler me observó por unos instantes. Después, me alzó en volandas y juntos atravesamos la puerta de mi habitación.

Me dejó con cuidado en la cama y se tumbó a mi lado. Apoyé mi cabeza sobre su pecho, escuchando el latir de su corazón. Cerré los ojos, dejándome embriagar por su aroma, por el calor de su abrazo y la sensación que tanto había anhelado de estar segura entre sus brazos mientras él acariciaba mi brazo con dulzura.

—Descansa, pequeña susurradora de dinosaurios. —Creí escuchar musitar a Tyler mientras me abandonaba al sueño—. Tu corazón nunca más volverá a estar roto.

Cuando desperté, permanecí varios minutos con los ojos cerrados. Tenía miedo de que, al abrirlos, todo hubiese sido un sueño creado por mi mente para torturarme con aquello que más deseaba y que nunca podría volver a tener. Pero allí estaba, durmiendo plácidamente junto a mí.

Me acurruqué junto a él, dispuesta a olvidar que nuestros caminos estaban destinados a separarse. No teníamos mucho tiempo, pero iba a aprovechar cada instante, cada minuto que a Tyler le quedara antes de volver a Estados Unidos. No quería desperdiciar ese pequeño regalo que la vida me había dado pensando en el futuro, olvidándome de vivir el presente.

—Buenos días —me dijo al despertarse, abrazándome con fuerza.

Permanecimos unos instantes más abrazados, sintiendo la cercanía de nuestros cuerpos, antes de bajar a comer. En menos de hora y media tendríamos que poner rumbo a aquello que Connor y Tyler habían programado, y no podíamos llegar tarde.

—Parece que dos que yo sé no han dormido en toda la noche —dijo Connor guiñando uno de sus ojos—. ¿Se os han pegado las sábanas esta mañana, tortolitos?

Mi cara se puso roja como un tomate en cuestión de segundos, sin saber exactamente de qué debía avergonzarme. Eso hizo que Maddy estallara en una sonora carcajada. Connor y ella eran tal para cual. ¡Vaya par de...!

—¡Cállate, Connor! —le soltó Tyler, rodeándome con sus brazos y besándome en la coronilla—. Me muero de hambre. Vamos a comer algo, Kiara.

—Tenéis pollo asado en la nevera —nos informó Maddy, sin ser capaz de parar de reír.

Me escabullí de mis amigos lo más rápido que pude, dispuesta a calentar la comida y escapar de las miradas que Maddy me lanzaba, pero no tuve esa suerte. Mi amiga decidió seguirme a la cocina y seguir mirándome fijamente mientras yo calentaba la comida, a la espera de conseguir la información que deseaba impacientemente. Esa era su táctica: taladrarme con la mirada hasta parecer una psicópata y que yo soltara la lengua.

—¿No vas a contarme qué pasó anoche?

Ignoré su pregunta a sabiendas de que Maddy no desistiría en su intento.

—¿Kiara?

—No sé qué quieres que te cuente —le dije con fingida indiferencia, sabiendo que eso no haría más que incentivar su ansia de conocimiento—. Me desvelé un poco. Eso es todo.

—Vamos, Kiara, algo pasó. Estoy segura —insistió Maddy, siguiéndome de un lado a otro de la cocina—. Tyler no durmió anoche en su habitación. Lleváis la misma ropa de ayer puesta. Estabais muy acaramelados los dos. Y déjame decirte que te has pasado dos días con la cabeza en cualquier lado menos en este planeta, pero parece ser que algo o alguien —dijo enfatizando la última palabra— ha hecho que tus penas se vayan con el viento. Cuéntame. A mí, no puedes engañarme.

Al final, cedí ante la insistencia de Maddy. Le conté acerca de la bomba que se formó en mi interior y su posterior explosión durante el paseo con Tyler. Mi huida y su perdón. El beso...

—¡Al fin! ¡Al fin! ¡Al fin! —gritó Maddison por la cocina, dando saltos de alegría.

—¡Baja la voz! —le espeté.

Se acercó a mí corriendo para acribillarme a preguntas tan rápido que la mitad de las frases se le mezclaban las unas con las otras.

—¿Te desmayaste de la emoción? ¿Vais a iros a vivir juntos? ¿Te ha pedido que te cases con él? ¿Habéis hablado de los hijos que tendréis? Si es niña, os dejo que le pongáis mi nombre. Quiero ser la madrina. ¿Habéis dormido juntos? ¿Qué tal es en la cama? Eso a mí no me importa, pero seguro que encajáis perfectamente. Hacéis una pareja de revista...

—Echa el freno, Maddy —le dije, abrumada con tanta pregunta y, a la vez, divertida—. No hemos hecho nada. Solo dormimos abrazados.

—¡Oh! —exclamó—. Sois la cosa más adorable de este mundo. Yo sabía que vosotros aún os queríais. Esas miradas son inconfundibles, por mucho que os negarais a admitirlo. Yo se lo decía a Connor. Tengo muy buen ojo para esto.

—Bueno, ahora que ya habéis conseguido lo que queríais, ¿vas a confesar que fuiste tú quien le dio mi dirección a Tyler para que se presentara en la puerta de mi casa? Que, por cierto, gracias por hacerlo —le pregunté mientras preparaba la mesa.

—¿Aún sigues con eso? Mira que eres cabezota. Después, soy yo la que no para cuando algo se le mete en la cabeza. Estás completamente equivocada. No fui yo ni tampoco Connor, si vas a cambiar de parecer.

Maddison parecía decir la verdad, aun así, no era capaz de encontrar una respuesta a aquella incógnita.

—Vamos, Maddy. No puedes negarme lo innegable. Dime la verdad. ¿Quién sino uno de

vosotros iba a darle la dirección?

Nadie más conocía la relación que nos unía a Tyler y a mí. Él no conocía a nadie que pudiera facilitarle dónde podía encontrarme. Estaba completamente segura de que jamás me seguiría a casa entre las sombras. No era esa clase de persona.

—Creo que yo tengo la respuesta para ello.

Tyler nos observaba apoyado en el marco de la puerta de la cocina. ¿Cuánto tiempo llevaría allí parado? ¿Cuánto había escuchado?

—¿Y bien? —le pregunté apoyando la barbilla sobre mis manos y levantando las cejas mientras fruncía los labios en una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Tu padre.

—¿Cómo?

No daba crédito a lo que acababa de escuchar. ¿De verdad pensaba que iba a tragarme semejante respuesta inverosímil? Mi padre y Tyler no se conocían. Jamás se habían visto. Y dudaba que mi padre, después de cómo había llegado a Londres ocho años atrás, le dijese a Tyler dónde vivía.

—Estás de broma.

—No. No lo estoy...

El señor Green

26 de agosto de 2018, Londres, UK

TYLER

Me paré frente a la puerta de aquella imponente casa tratando de reunir el valor suficiente de llamar al timbre. La había visto tantas veces en las fotografías que Kiara me había mostrado una tarde de otoño que me era imposible no reconocerla. Cogí aire e hice un balance de la situación, de todo aquello que me había hecho estar frente a esa casa, con los nervios a flor de piel.

El día que Kiara cogió aquel avión para no regresar, su rostro aparecía ante mí cada vez que cerraba los ojos. Me había costado mucho tiempo, noches en vela y lágrimas derramadas aceptar que no volvería.

Cuando el año anterior el seleccionador nos dijo el lugar en el que se celebraría la International Sport League, la adrenalina recorrió todo mi cuerpo y todos los sentimientos que tanto me había costado dejar atrás regresaron. Me marqué una meta: tenía que quitarme el miedo de volver a caer en la lesión y recuperar mi plaza en el equipo para poder viajar a Londres con la esperanza de que nuestros caminos se volvieran a encontrar. Jugármela a los caprichos del destino. Si este no quería que Kiara y yo nos reencontrásemos, volvería y la olvidaría para siempre. En cambio, si nuestros caminos volvían a cruzarse, no sabía exactamente qué era lo que haría.

A pesar de prometerme a mí mismo dejar todo en manos del destino, no pude dejar de mirar por todos lados, buscándola entre la multitud.

Cuando la vi en el restaurante, sentí un miedo atroz. Aunque lo había deseado con todas mis fuerzas, jamás podría haberme imaginado que fuésemos a encontrarnos en una ciudad tan grande, y mucho menos que fuese amiga de Connor.

Volví a coger aire y, al fin, pulsé el timbre.

Un par de minutos después, un hombre de poco más de cincuenta años abrió la puerta. Traté de decir algo, pero me observaba con la furia instalada en sus ojos. Instantes después, me cerró la puerta en las narices.

Después de nuestro pequeño incidente en el que Kiara me gritó que no volviera a acercarme a ella, de que huyera despavorida, alejándose de mí, no dejé de dar vueltas a la manera de acercarme a ella, de decirle todo aquello que llevaba años guardado en mi interior. Cuánto sentía no haber luchado por lo nuestro, no haber llegado a tiempo antes de que ella cogiera el avión.

Aquel hombre, que debía de ser su padre, tenía toda la razón en no dejarme verla, en cerrarme la puerta sin dejarme hablar. Pero no podía rendirme. Necesitaba encontrar la manera de hablar con ella y buscar una brizna del amor que habíamos sentido años atrás. A fin de cuentas, esa casa era la única referencia que tenía del lugar en el que Kiara podía vivir.

30 de agosto de 2018, Londres, UK

A pesar de las negativas recibidas por parte de la familia de Kiara, seguí yendo cada tarde con la esperanza de que me permitieran hablar con ella. Me habían cerrado la puerta sin dejarme decir una palabra, gritado que no era bien recibido en esa casa y hasta amenazado con llamar a la policía si volvía a ir, pero no sabía cómo podía contactar con ella. Estaba a punto de rendirme, pero tenía que intentarlo una vez más.

—Me da igual que sepas taekwondo. El amor de un padre por su hija es mucho más poderoso que eso. No me obligues a echarte a patadas. —La voz su padre llegaba con rudeza a través del interfono—. ¡Lárgate!

Pero no lo hice. Me senté junto a la puerta y esperé.

Pasaron las horas y mi esperanza decaía. Los párpados empezaron a caerse debido al sueño, que empezaba a hacer su aparición.

Un suave zarandeo me despertó horas después. Abrí los ojos y me encontré a una mujer que me miraba con una mezcla de tristeza y dulzura.

—Entra. Te prepararé algo caliente que tomar —me dijo—. Debes de estar muerto de frío.

En la cocina me esperaba el padre de Kiara con gesto adusto.

—Siéntate —me ordenó. Obedecí—. Solo voy a darte una oportunidad, muchacho, y yo no soy de dar oportunidades a la gente que hace daño a mis hijos. ¿Entendido? —Asentí—. Está bien. Comienza.

Me costó mucho explicarle todo y que confiara en que no tenía malas intenciones. Que quería a su hija y que jamás había dejado de hacerlo, aunque lo intentara con todas mis fuerzas, no podía. El amor que sentía por ella era como un tatuaje en mi corazón: imborrable. Al final, el semblante del señor Green se ablandó y me entregó una nota doblada. Al desplegarla, encontré una dirección. Me quedé desconcertado. ¿Tenía pensado darme la dirección de Kiara antes de abrirle mi corazón? Tuvo que darse cuenta de mis pensamientos porque me sonrió con afecto.

—Tyler, si vuelves a hacerle daño a mi hija, tendrás que vértelas conmigo —me advirtió mientras me acompañaba a la salida.

—No lo haré, señor.

Y, con aquella nota agarrada fuerte en mi puño como si de un salvavidas se tratara, eché a correr para hacer frente a mi destino.

CAPÍTULO 32

Cuando los chicos nos dijeron que tendríamos un contacto con la naturaleza de forma plena, avivando nuestros sentidos, de ninguna manera pasó por nuestras mentes que nos dirigiéramos a una caída en la tirolina más rápida del mundo a una velocidad de más de cien kilómetros por hora. Nosotras esperábamos una ruta a pie donde poder sentir todo aquello que nos rodease. No imaginamos que, de sentir, sentiríamos hasta a la propia muerte.

—Queréis acabar con nosotras, ¿verdad? —les dije mientras caminábamos hacia las plataformas.

—No seáis exageradas. No va a pasar nada.

Connor parecía estar disfrutando con nuestras expresiones.

Los especialistas nos habían dado un mono, unos arneses, un casco y unas gafas y lo estaban preparando todo para que la experiencia fuese lo más segura posible, pero yo no podía dejar de pensar que acabaría hecha tortilla contra el suelo.

—Tyler, cuando mi padre se entere de esto, ¿qué piensas decirle? Se va a enfadar, ya lo verás. —En un intento desesperado, traté de usar la información que Tyler me había proporcionado en la cabaña para intentar salvarme de aquella locura. Si mi padre le había dicho que se las vería con él si algo malo me pasaba, no debería haber planeado esa parte de la escapada porque, si de algo estaba segura, era de que, si me montaba en esa cosa, no viviría para contarlo.

—Siento decirte que tu padre está al corriente de esta aventura y está deseando que le mandemos el vídeo. Tu hermano incluso trató de apostar con él. —Tyler me dejó sin habla y una sonrisa de satisfacción se reflejó en su cara al ver la incredulidad en mi rostro—. No le fue posible porque ambos coincidían en que no serías capaz y que saldrías huyendo.

Uno de los especialistas nos dijo que nos acercáramos a las plataformas. Allí nos tumbamos y comenzaron a atarnos con arneses. Miré a mi derecha, donde Maddy apretaba fuertemente los ojos, tratando de no ver la caída que se abría frente a nosotros. Era una completa locura.

Cogí aire, intentando de controlar el miedo que recorría cada poro de mi cuerpo. Entonces escuché la voz de uno de los expertos, la cuenta atrás.

—Tres, dos, uno...

Y nos precipitamos al vacío.

La velocidad era de vértigo. La adrenalina que sentía por todo mi cuerpo me hizo apretar aún más los puños sobre mi agarre. Temía abrir los ojos y desmayarme de la impresión de verme tumbada sobre la nada. Me armé de valor y abrí los ojos con lentitud para ver el paisaje que se abría a nuestros pies. Parecía que volábamos sobre las grandes rocas de pizarra y el inmenso lago azul del cráter dormido. El miedo dio paso a la sensación de libertad. Me sentí como un pajarillo que alza el vuelo por primera vez y se siente maravillado por aquello que sobrevuela.

Al bajar de la tirolina, mis piernas temblaban. Pensé que, si daba un paso más, cederían.

—¡Qué pasada! —exclamó Connor mientras iba a abrazar a Maddy—. Dicen que, cuando estás a punto de morir, ves tu vida pasar como si de una película se tratara.

—Esta me la vas a pagar —amenazó Maddy a Connor mientras intercalaba cada palabra de

la frase con un beso—. Ha terminado mi cupo de aventuras por hoy. Necesito relajarme.

Los chicos intercambiaron una mirada cómplice que no me pasó inadvertida.

—¿Estás bien? —me preguntó Tyler, abrazándome fuerte.

—Por lo menos, estoy viva. No pensé que podría sobrevivir a esto —le dije con fingido enfado, pensando en lo segura que me sentía entre sus brazos.

—¡Vamos, no nos digáis que no os ha gustado la experiencia!

—Te respondo mejor cuando me recupere del susto. Ahora mismo, no estoy en las condiciones favorables como para decir que me lanzaría a esa velocidad cada día de mi vida. —Maddy, la valiente Maddison que a todo se atrevía, seguía blanca como la nieve, pero me aventuraba a decir que, cuando el susto se le pasase, no podría dejar de hablar de la experiencia.

Por mi parte, había asimilado que, una vez volando con la tirolina, si esta se rompía y caía al vacío, ya no habría nada que se pudiera hacer para no morir, así que traté de disfrutar de la sensación de volar.

Cuando nos quitamos los monos y los arneses, Maddy manifestó su deseo de pasar el resto de la tarde en la piscina, disfrutando de la tranquilidad que esta ofrecía. Ya había cubierto su cupo de emociones fuertes por el resto del año. O de su vida. No imaginaba que Connor y Tyler todavía nos tuvieran preparada una sorpresa que compensaría con creces el miedo pasado en la tirolina.

Ni en nuestros mejores sueños nos hubiéramos encontrado con aquello que teníamos delante. Había visto muchas montañas rusas en lo que llevaba de vida, pero nunca una como la que tenía frente a mí: una montaña rusa en pleno bosque.

Nos montamos cada uno en un trineo que se desplazó por un raíl hasta adentrarnos entre la arboleda, haciendo un recorrido de un kilómetro que terminaba en el punto de partida. Durante el viaje, pude disfrutar de la estupenda sensación de sentir todo aquello que el bosque ofrecía. Me nutrí de su aroma y de la diversidad de tonalidades verdes y marrones que la arboleda presentaba. El viento, acariciando mi rostro y agitando mi cabello. Vueltas, giros y descensos. Serpenteando entre los árboles de los bosques de Conwy. Una sensación increíble.

—Sabía que te gustaría —me dijo Tyler, tendiéndome la mano para ayudarme a bajar del trineo.

—¿Cómo sabes que me ha gustado? —le dije sin soltar su mano.

—Me lo dicen tus ojos. —Me rodeó con sus brazos para posar sus labios sobre mi frente en un beso cargado de dulzura—. Tienen ese brillo especial que aparece siempre que algo te enamora.

—¿Y qué más te dicen mis ojos?

Tyler se apresuró a atraparme. Me abrazó fuerte y, con sus labios sobre mi frente me susurró:

—Que dejarías de piedra hasta a la mismísima Medusa. Necesito que siempre me mires así. Hasta el fin de nuestros días.

Sabía que no podíamos permitirnos tener un siempre, pero podría tener mi mirada y todos mis sentimientos renacidos hasta el día en que tuviera que volver a cruzar el océano, alejándose de mí, llevándose mi corazón consigo.

Un par de minutos después apareció el trineo de Maddy, seguido del de Connor.

—Decíme que podemos volver a montar —pidió Maddy, sin poder contener la emoción—. ¡Ha sido una fantasía!

—¿Tú no eras la que quería volver a la cabaña y disfrutar de la tranquilidad de la piscina?

—la picó Tyler.

Maddy le sacó la lengua.

—Eso era antes. Cuando intentasteis hacer que nuestra muerte fuera un accidente —bromeó mi amiga—. Pero lo siento, no pudisteis libraros de nosotras. Ni siquiera nos dio miedo.

Tuvimos que reír ante las palabras de Maddy. No la había visto tan asustada en el tiempo que llevábamos siendo amigas. Ella siempre se había atrevido con casi todo, pero, al parecer, la tirolina más rápida del mundo había conseguido lo que nada ni nadie en este mundo: amedrentarla y dejarla sin palabras.

CAPÍTULO 33

Sin darnos cuenta, nuestra última noche en Snowdonia llegó y, con ella, la cuenta regresiva que alejaría a Tyler de mi lado. Unas horas antes había recibido una llamada de su entrenador para asistir a una rueda de prensa a la que no podía faltar, por lo cual tendríamos que salir unas horas antes de lo previsto hacia Londres.

Los chicos nos habían dicho que debíamos permanecer en la planta alta hasta nuevo aviso, así que Maddy y yo nos habíamos refugiado en mi dormitorio, rememorando el pequeño susto de la mañana.

Habíamos ido a pasear a caballo por los senderos cercanos a Betws and Coed, disfrutando de las fantásticas vistas de las montañas. Mi caballo se llamaba Patch, un magnífico ejemplar negro con calcetines blancos. Al principio, me costó amoldarme a los botes que daba sobre la montura a cada paso que el equino daba; pero, al final, creyendo ser la que guiaba al caballo, me sentí una auténtica amazona. Nada más lejos de la realidad, ya que el animal solamente seguía al grupo en fila india y yo no tenía que hacer otra cosa que mantenerme sentada, agarrada a las riendas. El problema llegó cuando, a mitad del camino, un pequeño zorro rojo vino a desearnos un buen paseo y Patch se asustó, levantándose sobre sus patas traseras un par de veces. El zorro salió huyendo, despavorido, y yo grité a los cuatro vientos, muerta de miedo. Por suerte para mí, me tensé tanto que me sujeté con fuerza a la montura y a las riendas, consiguiendo mantenerme sobre él. Cuando el cánido desapareció, el caballo se calmó; en cambio, mi corazón siguió latiendo desbocado.

—Me dieron al caballo loco —reí con mi amiga. Era fácil reírse una vez pasadas las horas, pero, cuando volvíamos en coche a la cabaña, aún me temblaban las piernas.

De repente, me perdí en el limbo de mis pensamientos, y una pequeña sombra de oscuridad se cernió a mi alrededor.

—¿Estás bien? —me preguntó Maddy, preocupada.

—Sí —le dije, tratando de sonreír—, solo me he quedado pensando. Echaré de menos todo esto. Ha sido una semana que jamás olvidaré.

—¿Has hablado con Tyler sobre qué pasará cuando se vaya? —me preguntó mi amiga, a sabiendas de cuál era mi verdadera preocupación.

—No creo que haya mucho que hablar sobre ello —respondí apesadumbrada—. Ambos sabemos que él tiene que regresar y que mi vida está aquí. Nuestra separación es inevitable. No quiero volver a estar rota, Maddy.

Las lágrimas comenzaron a escaparse de mis ojos. No era justo que el destino me hubiese devuelto a Tyler solo para volver a arrebatármelo.

Maddy me abrazó, tratando de darme valor. Los últimos días había obviado la realidad que nos acechaba, pero ahora no podía seguir tratando de eludir lo inevitable. Tyler se iría y yo no estaba preparada para ello.

Un mensaje llegó al móvil de Maddy. Los chicos habían terminado aquello que fuera que habían preparado y nos estaban esperando.

—Nunca podemos saber lo que el destino nos tiene preparado —me dijo Maddy mientras se

ponía en pie—. Disfruta de los días que le quedan aquí a Tyler. No te dejes llevar por lo incierto del futuro. Vive el aquí y ahora. Sécate esas lágrimas y bajemos a ver qué despedida nos tienen preparada.

Tyler y Connor nos esperaban en la sala de la piscina, sujetando cada uno una rosa roja como la sangre. Tyler se acercó a mí y me entregó la flor y un fugaz beso en los labios. Después, me cogió de la mano y me condujo a la mesa que habían preparado sobre el césped, repleta de diferentes platos de la cocina galesa para cenar. Había pastel de cordero, salchichas de Glamorgan, berberechos al vapor y, para el postre, pasteles galeses. Olía de maravilla y tenía una pinta exquisita. En el centro habían colocado una botella de vino, que descansaba en un cubilete repleto de hielos, envuelta en una servilleta de tela.

Disfrutamos de una agradable cena, gozando de la compañía, contando anécdotas del pasado y planes de futuro. Tyler nos confesó que iba a dejar a un lado las competiciones. Aunque ya se había sacado una carrera deportiva y hecho varios para complementarla, quería estudiar Biología y seguir los pasos de su padre.

Connor y Maddy nos relataron cómo pasaron de tener que aguantarse por obligación a no poder vivir el uno sin el otro. Los padres de ambos se habían conocido en la universidad y fue una grata sorpresa para ellos cuando la familia de Maddy se mudó frente a la casa en la que vivía la familia de Connor. Por aquella época, Connor y Maddy tenían seis y ocho años respectivamente, y fue un fastidio para ambos tener que pasar tiempo juntos. Sus padres, por el contrario, estaban encantados y fantaseaban con un futuro en el que sus hijos contrajeran matrimonio. A mis amigos aquello les revolvió el estómago con solo pensarlo, pero con el paso de los años aquella sensación dio paso a las mariposas del amor y se dieron cuenta de que estaban hechos el uno para el otro, lo que hizo que sus madres lloraran de alegría el día que se enteraron de que estaban saliendo juntos.

Yo les hablé de mi sueño de viajar por todo el mundo. Mi destino de ensueño era Egipto. Moría de ganas de visitar las grandes pirámides y templos antiguos. Era una apasionada de la historia y deseaba empaparme de todos los conocimientos posibles.

Cuando terminamos de cenar, Connor trajo un pequeño proyector de viaje y lo colocó sobre una mesita, apuntando hacia la pared. Apagamos las luces y, sentados sobre las hamacas, disfrutamos de la última sorpresa que los chicos nos habían preparado: un vídeo en recuerdo de la estupenda semana que habíamos vivido. La música comenzó a sonar a la vez que aparecieron unas letras que formaban la frase Recuerdos de Snowdonia. A continuación, una sucesión de fotografías, tomadas por Tyler y Connor durante el viaje, fueron apareciendo en la pared. La cabaña, Maddy y yo riendo en el borde de la piscina, Connor saltando al agua, nuestro vuelo en tirolesa y el viaje en la montaña rusa en el bosque, castillos, animales y plantas, impresionantes cascadas y nuestra aventura por las minas, el paseo a caballo. Todos los recuerdos posibles de un viaje que jamás olvidaríamos recogidos en vídeo.

Con los ojos brillantes de algunas lágrimas de alegría derramadas, nos fundimos en un abrazo. Algún día contaríamos todo lo vivido en el viaje a nuestros hijos, a nuestros nietos.

Llegó el momento de irnos a dormir. A la mañana siguiente tendríamos que salir temprano y volver a nuestras vidas.

—¿Te quedas conmigo? —le pregunté a Tyler antes de entrar en mi habitación.

No sabía cómo iba a poder sobrevivir a no volver a dormir entre los brazos de Tyler, a esa

sensación de sentir el sonido de su respiración como una nana, ayudándome a conciliar el sueño.

—Siempre.

Tyler fue a su habitación a por el pijama y, mientras, yo me puse el mío. Minutos después llamó a la puerta y, tras permitirle el paso, vino a tumbarse junto a mí en la cama.

—Tyler, ¿qué pasará con nosotros ahora? —le pregunté, incorporándome.

Aquella pregunta llevaba días rondando mi cabeza, pero el miedo a la respuesta me mantuvo callada.

Tyler se incorporó conmigo, agarrándome las manos.

—No lo sé, es difícil saberlo. El destino, a veces, es muy traicionero y nunca sabes qué designios nos tiene preparados. Otras, te sorprende.

—Es curioso cómo es capaz de jugar con nosotros —le dije, recordando todo lo que había pasado esos años—. Es increíble cómo hizo que al final, sin pretenderlo, cumpliera mi promesa.

El chico de ojos miel pareció extrañado.

—¿Qué promesa?

—La de verte combatir en la International Sport League. Podemos hacer planes, cambiar de opinión, pero, al final, es el destino quien decide qué pasará a lo largo de nuestro viaje. ¿Quién iba a imaginar que podríamos volver a encontrarnos? Y míranos. Aquí estamos, pendientes de un hilo que une nuestras vidas, que está a punto de romperse.

—Lucharía contra el destino con tal de pasar el resto de mis días a tu lado.

Habría dado lo que fuera porque aquello fuera posible, pero teníamos todo un océano en contra. Me acerqué a él para besarle. Primero, con lentitud; después, con premura. Los granos del reloj de arena que marcaban el tiempo que nos quedaba pronto terminarían de caer, y no quería perderme nada. Deseaba empaparme de su aroma, del sabor de sus labios y el roce de su piel.

Nos abandonamos al amor, a esas caricias que erizan la piel y tocan el alma. Nos fundimos en uno solo hasta caer dormidos, exhaustos, tras un instante en el que se detuvo el tiempo solo para nosotros dos.

CAPÍTULO 34

La entrevista de Tyler fue retransmitida por televisión. Mientras esperaba a que llegase su turno, me dediqué a seleccionar algunas de las imágenes tomadas a conciencia durante nuestra escapada para la exposición que el señor Park me había encomendado. Iban a entrevistar a todos los medallistas de oro de las dos modalidades de taekwondo, técnica y combate, por lo que podría aprovechar el tiempo hasta que le tocara ser entrevistado trabajando en mi exposición. Escogí aquellas que pensé que mejor encajarían con el tema tratado, donde se podía apreciar la naturaleza viva. En las fotografías para la exposición, buscaba sobre todo paisajes enmarcados en la grandiosidad de algunos escenarios, así como captar el más mínimo detalle de la flora y la fauna. No quería abusar del editor fotográfico, por lo que escogí aquellas en las que había sido más certera con el enfoque, la iluminación y, en especial, aquellas fotografías en las que se pudiera apreciar la viveza de los colores.

Al fin llegó el turno de Tyler. Los periodistas fueron lanzándoles preguntas por turnos. Querían saber desde cuándo llevaba compitiendo, las veces que solía entrenar a la semana y muchas otras cuestiones, que Tyler respondió con carisma y soltura. A decir verdad, se desenvolvía bastante bien hablando en público.

—¿Cuáles son tus objetivos para esta temporada? —le preguntó uno de los periodistas.

—Creo que ha llegado el momento de colgar el casco y tomar otro camino —respondió Tyler sin vacilar, creando un silencio en la sala con sus palabras—. Este ha sido mi último campeonato. Es tiempo de dejar atrás una etapa muy importante que ha marcado mi vida. Pero, ahora, tengo otras metas en mente. El taekwondo siempre será una parte de mí, seguiré entrenando, pero ahora es el turno de decir adiós a las competiciones, por las cuales he tenido que sacrificar otros aspectos de mi vida. Agradezco a mis entrenadores, compañeros y rivales el haber formado parte de este camino durante todos estos años.

Tyler agradeció a los periodistas por la entrevista y, tras despedirse, se levantó de la silla y salió de la sala. Cinco minutos después, mi móvil comenzó a sonar.

Una hora después, Tyler y yo paseábamos juntos por Hyde Park, en concreto por Kensington Gardens, mientras degustábamos un par de helados y visitábamos los lugares más emblemáticos del parque. Junto al Serpentine Lake, le dimos de comer a un par de ardillas que se acercaron a nosotros. Tyler disfrutó como nunca alimentando a los pequeños roedores, que, juguetones, trepaban por su espalda. Tyler posó junto a la estatua de Peter Pan, imitando su pose. Tuvimos que repetir varias veces la fotografía por no poder aguantar la risa debido a la expresión de su cara. Cuando la hora de comer se acercó, decidimos ir a un restaurante cercano antes de seguir disfrutando de la naturaleza en pleno Londres. Pasamos una tarde maravillosa, como las que solíamos vivir hacía años, disfrutando de los pequeños detalles y de la compañía que ofrecía la persona amada.

Una vez que la visita hubo terminado, nos fuimos a mi apartamento. Maddy nos prepararía

aquella cena senegalesa que le había prometido a Tyler antes de su partida.

Nada más llegar, le presenté a Floppy. Mi padre me lo había traído una hora después de volver de nuestra escapada. Tyler se quedó maravillado al comprobar que podía acariciarlo sin pincharse.

—Llevo toda una vida hablando de animales con mi padre y nunca me imaginé que se podía acariciar a un erizo —me dijo con Floppy en sus manos.

Decidimos ver una película mientras esperábamos la llegada de nuestros amigos.

—Hay algo que me gustaría enseñarte —le dije cuando la película llegó a su fin.

Lo había estado pensando mucho, así que me dirigí a mi habitación, para volver cargada de una caja llena de recuerdos.

—Esta es mi caja de Pandora —le dije, un tanto avergonzada.

Tyler examinó la caja negra que tenía en mis manos.

—Así que caja de Pandora —me dijo alzando las cejas y mostrándome su pícara sonrisa—. A ver, muéstrame qué males del mundo tienes ahí escondidos.

—Compruébalo tú mismo.

Le tendí la caja y él la cogió con sumo cuidado para destaparla.

—¡Oh! —exclamó al ver su interior.

Le había pillado desprevenido. No esperaba encontrar en su interior aquellos recuerdos. Se quedó varios minutos admirando nuestra fotografía, en silencio. Yo lo observaba a él, tratando de descubrir los pensamientos que pasaban por su mente. Comenzó a sacar otros recuerdos: las conchas, su medalla, las entradas de cine... Y todos ellos los observó con la misma intensidad, como si fueran un tesoro que había estado oculto durante miles de años.

—No puedo creer que hayas guardado nuestros recuerdos durante todos estos años —me dijo, sorprendido. Sumergió su mano en la caja para sacar el último objeto—. ¿Me permites?

Asentí. Tyler rodeó mi cuello durante unos segundos y la fría plata se notó en mi cuello. El colgante de apatosaurio había regresado a mi cuello ocho años después.

Permanecimos en el sofá abrazados, con Floppy correteando entre nosotros, mientras comentábamos algunos de los momentos vividos juntos, mientras mi interior me gritaba su necesidad de seguir creando recuerdos junto a Tyler.

—Kiara, el próximo sábado es la ceremonia de clausura de la International Sport League. No sé si sabes que se nos permite llevar acompañante y, bueno, me preguntaba si querrías ser mi pareja para la cena. —La invitación me pilló desprevenida y Tyler debió de notarlo porque añadió—: No tienes que venir si no quieres. Es solo que al día siguiente sale mi vuelo hacia Estados Unidos y me gustaría pasar la tarde contigo antes de partir.

Me quedé mirando cómo acariciaba a Floppy sin contestarle. ¿Qué se le puede responder al amor de tu vida cuando te dice que quiere pasar sus últimos instantes en Londres a tu lado antes de cruzar el océano para no volver a verlo?

—Me encantará ser tu pareja para la ceremonia —le respondí al fin.

El sonido del timbre nos sacó de aquella atmósfera de tristeza que flotaba a nuestro alrededor, conocedores del terrible destino de nuestros corazones.

—¡Aquí está la comida! —exclamó Maddy mientras irrumpía en mi apartamento como un huracán—. ¿Alguien ha pedido comida senegalesa?

Maddy se había superado a sí misma con aquellas delicias. Para picar, había cocinado

fataya, una especie de empanadillas rellenas de pescado con cebolla, tomate y pimienta, para mojar en una salsa roja que tenía pinta de picar como un demonio. Como primer plato degustamos *maffe*, un plato que no dudamos en repetir, para agrado de la cocinera, de lo apetitoso que estaba. Maddy nos comentó que era muy fácil de hacer, básicamente, era ternera cocinada en aceite de cacahuete y mezclada con arroz. Nos prometió que nos pasaría la receta para que pudiéramos hacerla siempre que nos apeteciera. Como segundo plato no pudo faltar su especialidad, *thieboudienne*, una receta de pescado a la brasa con una variedad de ingredientes que lo hacían un plato muy elaborado. Y de postre, *mbourake*; delicioso.

Tras la cena, disfrutamos de una película a la que, como solíamos hacer Maddy y yo en muchas de nuestras noches de chicas, no hicimos mucho caso, pues nos quedamos hablando de todo y de nada durante horas, disfrutando de la compañía de aquellos que dejan una huella dorada en tu vida. A pesar de la alegría que llenaba la estancia y nuestros corazones, no podía dejar de sentirse como una despedida.

Por mi parte, no podía dejar de preguntarme cuántas despedidas más me quedarían por vivir en los tres días que quedaban antes de que Tyler tomara aquel avión.

CAPÍTULO 35

Dos días pasaban volando y la ceremonia de clausura llegó en un suspiro. El tiempo puede ser muy cruel cuando se quiere que este se detenga. Avanzó con determinación, robándome el poco tiempo que le quedaba a Tyler en Londres, ayudado de las obligaciones que tenía que cumplir junto a su equipo y de mi vuelta al trabajo.

Maddy y yo habíamos quedado para prepararnos juntas e ir hacia el hotel donde se celebraría la fiesta de despedida de la International Sport League.

Ella había escogido un vestido largo, color burdeos, con un escote de infarto. La caída griega de la prenda la dotaba de una elegancia digna de los dioses. Se había hecho un recogido, dejando algunos mechones sueltos, fusionando una elaborada trenza lateral que terminaba en un moño. A la trenza le había añadido unos pequeños diamantes, que le daban un brillo mágico al peinado.

Yo me decidí por un delicado vestido blanco, con finos detalles de encaje, que se ceñía a mi cintura para dejar caer el resto del tejido en un suave vuelo hasta la altura de las rodillas.

—Tyler se va a desmayar cuando te vea —me dijo mi amiga mientras hacía ondas en mi pelo.

Maddison tenía una mano fabulosa para la moda, ya lo había demostrado en incontables ocasiones, ayudándome en mi caos de estilismos. Sin ir más lejos, el día de mi graduación me salvó de llevar un vestido que no me favorecía en absoluto, haciéndome parecer decenas de años mayor, combinado con el recogido que me había hecho por no ser capaz de domar mi cabello. Maddy se había presentado en casa de mi padre con uno de sus vestidos y había dado forma a mi melena, haciéndome sentir como una princesa de las películas que tanto me gustaban.

Cuando llegamos al hotel, los chicos ya estaban esperándonos. Estaban guapísimos con sus trajes de gala, listos para la ocasión.

—Eres preciosa —me dijo Tyler sin apartar los ojos de mí, agarrando mi mano y dirigiéndonos hacia el lugar de la celebración.

Un gran salón se abría ante nosotros, me recordaba a las entregas de premios de la música o el cine. Grandes mesas redondas con blancos manteles estaban distribuidas por la estancia. En cada mesa reposaban tarjetas que indicaban el lugar asignado a cada asistente. Tyler miró el programa y me condujo hasta la mesa número trece. Ahí estaban nuestros nombres escritos en letras plateadas sobre un fondo negro. Junto a nosotros se sentaron el seleccionador y algunos compañeros de Tyler, entre los que reconocí a Caleb y, para mi desgracia, a Clare, que me lanzó una mirada cargada de odio.

Cuando todo el mundo estuvo sentado, el alcalde, quien había inaugurado la International Sport League, subió a un pequeño escenario que habían colocado al fondo de la estancia y comenzó con su discurso. No se prolongó demasiado, tan solo dio la enhorabuena a todos los competidores por su excelente trabajo, en especial, a los medallistas de cada modalidad deportiva, y nos deseó a todos que pasáramos una excelente velada. Tras él, dieron paso a la proyección de un vídeo con los mejores momentos del campeonato, donde casi salto de la silla al

ver a Tyler en aquella pantalla gigante lanzando una patada con giro que dejó a todos los espectadores boquiabiertos. Connor también tuvo su momento en el vídeo y pude ver a Maddy tan emocionada como yo, unas mesas más alejada, agarrando el brazo de su amado.

Cuando el vídeo llegó a su fin, el alcalde volvió a subir al escenario, junto con el maestro de ceremonias, para conceder varios premios por méritos deportivos. Comenzaron por los galardones por equipos, donde los seleccionadores de los países ganadores en las distintas modalidades deportivas fueron subiendo al plató para recoger sus trofeos. Corea del Sur se llevó la placa como equipo ganador en taekwondo en la clasificación general. En la modalidad de combate, el premio fue para Estados Unidos, mientras que en técnica se lo llevó Italia. Después, llegó el momento de entregar los premios individuales.

—El premio como mejor deportista masculino de taekwondo, en la modalidad de combate, es para... —El maestro de ceremonias hizo una pausa dramática antes de anunciar el nombre del ganador—. Adib Samit.

—Pero ¿quién toma estas decisiones? —susurré a Tyler, enfurruñada—. Ese premio era tuyo.

—Hay cosas más importantes que un premio —me dijo, dándome un beso—. Como que tú estés a mi lado, por ejemplo.

—Por poco tiempo —murmuró alguien, haciendo que mi corazón se encogiera.

—¿Has dicho algo, Clare? —espetó Tyler. La receptora del mensaje ignoró la pregunta—. Estás cansándome con este juego que te traes.

Tyler estaba enfadado, así que traté de fingir que el comentario de Clare no me había dolido y reanudar la bonita noche que estábamos pasando juntos, sin prestar atención a aquello que pudiera echarla por tierra. Al fin y al cabo, ella tenía razón, no nos quedaba mucho tiempo.

Tras la cena, llegó el momento de la gran fiesta, que se celebraba en los jardines del hotel. En el centro había una pista de baile, donde algunos ya empezaban a moverse al ritmo de la música, iluminada por guirnaldas de luces colgantes. En los alrededores, sobre el césped, había repartidas algunas mesas y sillas, donde los asistentes podíamos sentarnos a beber algo o, simplemente, a descansar los pies después de un buen baile.

Acompañé a Tyler a saludar a varias personas: antiguos rivales, amigos que había ido haciendo a lo largo de sus años como competidor y otros entrenadores o árbitros conocidos y con los cuales tenía buena relación. Era increíble la cantidad de personas que podías conocer en el mundo del deporte.

Después de muchos nombres olvidados a los dos minutos de conocerlos, fuimos a reunirnos con Connor y Maddy, que bailaban alocados en el centro de la pista, ganándose algunas miradas divertidas del resto de los asistentes.

—¡Al fin os veo! —nos dijo Connor—. ¿Qué os parece si nos sentamos y tomamos unos refrescos? Estoy molido de tanto baile. ¿Me acompañas a por las bebidas, Tyler?

Mientras los chicos iban a por las bebidas, nosotras buscamos una mesa libre donde poder sentarnos, pero, al encontrarla, varias compañeras del equipo de Tyler ocuparon los asientos delante de nuestras narices.

—¡Oh! Cuánto lo siento —se burló Clare con una sonrisa socarrona—. ¿Ibais a sentaros aquí? ¡Qué lástima! Parece que siempre ocupó tu lugar, ¿verdad, Kiara?

A esas alturas, no me quedaba la menor duda de que Clare era despreciable. Se veía muy segura de sí misma, rodeada de sus compañeras, que le reían las gracias creyendo conocerme por

aquello que Clare les habría contado sobre mí.

—Es una pena que no vayas a tener tu cuento de hadas. No eres más que una cenicienta sin príncipe azul ni zapatos de cristal. —Clare estaba saboreando sus palabras, a sabiendas del daño que podían hacerme—. Después de tantos años de separación, os volvéis a encontrar, pero tenéis las horas contadas porque el avión parte mañana por la tarde y Tyler tiene su billete de regreso junto a nosotros, junto a mí. ¿No habrás creído ni por un segundo que sucedería un milagro y Tyler se quedaría a tu lado? ¿No? Tantos años de separación acaban con cualquier sentimiento, él no siente nada por ti más que el morbo de acostarse con una ex. ¿Qué te pasa? ¿No habrás pensado que la llama del amor podría seguir latiendo en su corazoncito?

Mi intención era darme la vuelta e irme, pero estaba muy cansada de tanta palabrería.

—Tal vez Tyler y yo no volvamos a estar juntos, tienes toda la razón, pero ¿sabes qué, Clare? No es lo que a mí me pasa, sino lo que a ti te ocurre. Tienes el corazón podrido. No eres capaz de amar a nadie que no sea a ti misma. Eres envidiosa y mezquina. Deberías buscar ayuda, porque vas a terminar sola. Me das lástima.

Maddy, que no podía aguantar más tiempo callada, le soltó un «Toma eso, bruja», me agarró del brazo y juntas nos dirigimos a buscar a Connor y Tyler.

Quería disfrutar de la noche junto a mis amigos sin importarme que, al dar las doce, mi cuento de hadas llegase a su fin, convirtiéndose en la pesadilla que tanto temía.

CAPÍTULO 36

Hubiese preferido seguir durmiendo a despertar y enfrentarme a la cruda realidad, que se había abalanzado sobre mí de la manera más cruel posible.

Salí de la cama y me percaté de la flor que descansaba sobre la mesita de noche. La había colocado en mi pelo en algún momento justo antes de salir de la fiesta. Después, me había acompañado a casa, caminando despacio por las calles de Londres, bajo la luz de las farolas, en silencio.

—No quiero decirte adiós —le había dicho.

—No lo hagas. —Fue su respuesta.

Pero ambos sabíamos que el adiós era todo lo que nos quedaba.

No me sentía con fuerzas suficientes como para acompañarlo al aeropuerto y verlo partir. Y así se lo había hecho saber. Sabía que mi corazón acabaría roto en mil pedazos y yo era demasiado cobarde para ello.

Traté de mantener mi mente en otras cosas, para no pensar. Creía que, si ocupaba mi tiempo en limpiar, tratar de ver una película o dibujar, mis pensamientos no volarían hasta el hotel donde Tyler estaría haciendo su equipaje ni pensarían en un mañana en el que no podría pasear junto a él por Hyde Park, como habíamos hecho días atrás, o despertar cada mañana a su lado. Pero todo intento fue en vano. Tratar de mantener la mente ocupada para no pensar en algo siempre había incrementado aquellos pensamientos que quería bloquear, acechándome e impidiéndome realizar otras actividades con eficiencia.

El sonido del tiempo que restaba para su partida sonaba en mi cabeza, un tictac incesante que desviaba mi mirada hacia el reloj.

Me obligué a cocinar algo, a sabiendas de que no sería capaz de probar bocado con el estómago cerrado ante la impotencia de ver cómo la felicidad se escapaba entre mis dedos. Preparé aquello que pensaba que sería capaz de digerir mejor, sopa, pero de lo único que me sirvió fue para dar vueltas al caldo con la cuchara, creando ondas y maldiciendo mi suerte. Ensimismada por aquellas ondulaciones, soñé despierta con sus ojos, su sonrisa. Su mano agarrando la mía. Pero no era mi mano la que sujetaba. Junto a él se hallaba una chica sin rostro, a la que él sonreía y miraba como siempre había hecho conmigo. Y mi ensueño se convirtió en pesadumbre.

—¡Kiara, eres idiota! —me dije a mí misma en voz alta.

Miré el reloj, esa vez para asegurarme de que tenía el tiempo suficiente como para llegar hasta él. Me deshice de mi pijama, ese que usaba siempre que quería compadecerme de mí misma, y me vestí lo más rápido posible. Si el taxi que había pedido no tardaba en ir a buscarme, aún podría llegar a tiempo.

Bajé las escaleras sorteando los escalones de dos en dos, presa de la desesperación.

No tuve que esperar mucho hasta que el taxi apareció. Aun así, sentía que había perdido unos minutos valiosos que podrían costarme decirle a Tyler aquellas palabras que tanto me estaban torturando por haberlas callado.

Crucé los dedos cuando el taxi emprendió la marcha, deseando no encontrar mucho tráfico en

el camino.

—No puedo dejar que te vayas, así. Por favor, no subas a ese avión —susurraba esas palabras como un mantra ante la mirada desconcertada del taxista, que debía de pensar que estaba loca.

Mi mente trataba de llegar hasta Tyler. Quería que mis pensamientos pudieran alcanzarlo, deseaba tener poderes telepáticos que hicieran que mis palabras penetraran en su mente. Tenía que llegar a tiempo, decirle que lo quería, que nunca había dejado de hacerlo. Que no importaba el tiempo ni la distancia. Ni tan siquiera importaba que los caprichos del destino trataran una y otra vez de separarnos, como si jugara con nosotros como marionetas que hacía saltar de una parte del océano a otro moviendo sus hilos.

Entré en el aeropuerto como una exhalación y fui de terminal en terminal sin dejar de preguntarme cómo iba a encontrarlo entre la multitud de personas que iban de un lado a otro.

¿Cómo había sido tan estúpida de no enterarme ni de qué terminal salía su vuelo?

Llamé por teléfono a Maddy con la esperanza de que mi amiga tuviera el móvil a mano. Ella y Connor sí que habían ido a despedir a Tyler y desearle un buen vuelo. No hubo respuesta.

Miré en cada panel de información buscando su vuelo hasta dar con él.

Su vuelo aún no había salido. Corrí por la terminal buscándolo entre el gentío que arrastraba sus maletas y familiares que, con lágrimas en los ojos, se despedían o daban la bienvenida a los viajeros.

Incansable, me dirigí al control de seguridad esperando poder colarme hacia las puertas de embarque. Fue misión imposible. Los de seguridad me pararon en seco. Intenté explicarles, pero para ellos no fue suficiente por más que insistí. Me amenazaron con detenerme si no me iba inmediatamente.

Estaba a punto de darme por vencida, pero la fortuna se puso de mi parte.

Al darme la vuelta para irme, derrotada, lo vi. Venía en mi dirección, acompañado por Maddy y Connor. No me habían visto.

—¡Tyler! —grité mientras corría a reunirme con él.

Los tres dirigieron la mirada en mi dirección al escuchar mi voz. Tyler sonrió y corrió a mi encuentro, rodeándome con sus brazos.

—Has venido —me dijo.

—No podía dejar que te fueras sin decirte que no me arrepiento de nada, aunque el destino esté en nuestra contra. Te quiero —le confesé con voz temblorosa—. Nunca dejé de hacerlo y sé que, a pesar del tiempo y la distancia, cada recuerdo, cada beso, cada abrazo y cada caricia harán eco en mi interior.

El tiempo estaba llegando a su fin. El momento de la despedida.

—Te amo, Kiara. Mi corazón tiene tallado tu nombre —me susurró, como una promesa de amor eterno.

Me acarició la mejilla antes de juntar sus labios con los míos. El último beso antes de alzar el vuelo.

Epílogo

Dos meses después

18 de diciembre de 2018, Londres, UK

La sala de exposición estaba abarrotada.

Había sido un día cargado de emociones y solo deseaba poder irme a casa y descansar del cansancio acumulado en el último mes. Las noches sin dormir por los nervios, el miedo de fallar a la confianza que el señor Park había depositado en mí para inaugurar su sala de exposiciones y el tener que compaginar los duros preparativos de la apertura con mi trabajo en el Centro de Investigación Paleontológica me habían saturado física y mentalmente.

Sorteé a varias personas que hablaban animadamente en grupo mientras sostenían en las manos una copa de licor, ignorando los resquicios de un puzle al que le falta una pieza. Me paré en seco y observé esos ojos color miel que me miraban desde aquel marco y recordé el día que le saqué aquella fotografía, cuando un par de ardillas juguetonas comenzaron a corretear sobre sus hombros en Hyde Park.

Echaba de menos a Tyler. Desde que tomó aquel vuelo, apenas habíamos podido hablar. Vidas separadas, vidas ocupadas. Nuestras obligaciones llenaban nuestro tiempo y la diferencia horaria no ayudaba a poder mantener largas conversaciones.

—Te felicito, Kiara —me dijo una voz, sacándome de mis recuerdos y devolviéndome al presente—. Sabía que podrías captar la esencia de la unión del ser humano con la naturaleza y también la destrucción que este puede provocar. Podrías dedicar tu vida al arte sin lugar a duda.

—Agradezco sus palabras, señor Park, pero mi vida son los dinosaurios —le dije con sinceridad—. Durante toda mi vida he soñado con convertirme en una gran paleontóloga y creo que he seguido el camino correcto. He luchado mucho por conseguirlo.

—Al final de la dificultad siempre viene la alegría —dijo con aire filosófico—. De todas formas, hay un par de coleccionistas de arte a los que les interesaría hablar contigo sobre lo que están dispuestos a pagar por varias de tus obras.

El señor Park me entregó algunas tarjetas, que guardé en mi bolso prometiéndole que los llamaría y que escucharía las ofertas que tenían para mí, y se fue para seguir atendiendo a sus invitados.

Tras contemplar por unos instantes más aquellos ojos que conseguían hipnotizarme, seguí caminando entre la multitud, rodeada de fotografías que me recordaban a él y dibujos devastadores que robaban la esperanza.

22 de diciembre de 2018, Londres, UK

Lágrimas de felicidad corrían por mi rostro después de escuchar el «sí, quiero» de los novios. Había sido una ceremonia preciosa.

Maddison estaba resplandeciente en el día de su boda. Lucía un hermoso vestido de novia con corte sirena que estilizaba su escultural figura femenina, realizando sus curvas. Pero lo que

más destacaba de la prenda era el efecto *tattoo* de la espalda, de encaje con motivos florales, que se extendía hasta los costados y continuaba sobre el tul que formaba el diseño, con su escote en forma de uve, la falda con la pequeña cola que arrastraba a su paso. Solo Maddy podía lucir aquel traje con tanta elegancia.

Después de la ceremonia, llegó el momento del banquete. El decorado había quedado mágico, tal como Maddy siempre había querido. Los colores verde, dorado y rojo dotaban la estancia de ese aire navideño típico de la época en la que nos encontrábamos, creando una afectuosa sensación, como la que se siente cuando estás rodeado de tus seres queridos. Junto a una chimenea encendida, que aportaba calidez a la estancia, un par de grandes árboles de Navidad resplandecían con sus parpadeantes luces de colores. Habían cuidado hasta el más mínimo detalle en la decoración, siguiendo los deseos de los novios.

Me senté a la mesa asignada junto a mi padre, Lara y mi hermano, que no dudó en sacar su teléfono móvil para hacer fotografías y mandárselas a sus amigos. Compartimos mesa con los abuelos de Connor que, como bien me habían dicho nada más sentarme junto a ellos, habían pedido expresamente a su nieto estar en mí misma mesa, ya que yo era la única a la que le gustaba escuchar sus historias de juventud, aun habiéndolas escuchado miles de veces.

Acabábamos de terminar de comer el segundo plato cuando, sin previo aviso, comenzó a sonar una suave música, con los sonidos del bosque, seguida por un tintineo como el que hace una copa al ser golpeada por una cucharilla. Desvié la vista hacia aquel tintineo y me sorprendió ver a Maddy y a Connor de pie.

—Perdonad esta pequeña pausa antes del postre —dijo Maddy, dejando la copa y la cuchara sobre la mesa—. Sabemos que estaréis deseando probar la deliciosa tarta, pero antes hay una historia que queremos que escuchéis. Aunque será mejor que sea mi querido esposo quien os la cuente. Como todos sabréis, yo no suelo controlar la velocidad de mis palabras cuando me emociono.

Maddy arrancó las risas a los allí presentes.

—Sabía decisión, esposa mía —rio Connor—. Cuenta una leyenda oriental que, cada noche, el abuelo de la luna viaja por todo el mundo para conocer a los recién nacidos, a los que anuda en el dedo meñique el extremo de un hilo rojo. Se dice que aquella fibra no puede romperse, está ligada al corazón. No importa cuánto se tense o se enrede. Es indestructible y conecta a las personas que están destinadas a conocerse, guiando su camino para que no se pierdan hasta encontrarse.

»Se trata del hilo rojo del destino. Hubo dos jóvenes que un día se conocieron y el flechazo fue instantáneo. Sentían que tenían una conexión especial, como si llevaran años esperándose y se conocieran desde siempre. Empezaron a salir, pero el hilo rojo que unía sus meñiques comenzó a tensarse de nuevo, separando sus caminos durante años.

Todos los asistentes permanecían en silencio, escuchando aquello que Connor les estaba narrando. Ante la calma reinaba en la sala, mi corazón latía acelerado en mi interior y me preguntaba si el resto de los invitados a la boda podrían escucharlo con la misma intensidad con la que lo hacía yo.

—Una vez, sus caminos estuvieron a punto de volver a unirse, pero el destino tiró del hilo que los unía con tanta fuerza, en direcciones contrarias, que estuvo a punto de romperse. Pero, como dice la leyenda —continuó Connor, que sabía hacer las pausas más dramáticas en su relato

para capturar la atención de todos—, eso era imposible. El tiempo siguió corriendo en la vida de los dos jóvenes hasta que un día los enredos del hilo se deshicieron, la tensión fue disminuyendo y los dos amantes volvieron a reunirse, aunque tenían los días contados, pues los hados los estaban poniendo a prueba.

—Supongo que estaréis de acuerdo con nosotros en que es una crueldad que dos almas destinadas a estar juntas sufran una y otra vez el tener que decirse adiós. —Maddy había tomado el relevo a Connor, y me percaté al mirar a mi amiga que sus ojos, llorosos como lo estaban los míos, me miraban fijamente, junto a una sonrisa—. Ha llegado el momento de unir los extremos de ese hilo rojo para siempre.

Las luces se apagaron y un foco de luz se encendió, apuntando directo a la entrada del salón. Las puertas se abrieron y un joven vestido con un elegante traje de chaqueta atravesó la estancia, guiado por la luz, hasta llegar justo frente a los novios. Tyler.

—¿A qué esperas? Ve a su encuentro —me apremió mi padre.

Y corrí. Pero esa vez lo hice en la dirección correcta. Sin huir de mis sentimientos, sin huir de lo que dictaba mi corazón. Sin miedo.

Encontré la calidez en su abrazo, en dos corazones que latían como uno solo. Y el tiempo se detuvo, sostenido en los aplausos y silbidos de los allí presentes.

—Creí que no volvería a verte —le dije entre lágrimas de felicidad—. Si esto es un sueño, no quiero volver a despertar.

—No es un sueño, mi pequeña susurradora de dinosaurios.

No me lo podía creer. Me daba miedo deshacerme de ese abrazo y que Tyler se desvaneciera en el aire.

—Pero ¿cómo? ¿Cuándo has vuelto? ¿Cuánto tiempo te quedarás? —Tenía tantas preguntas recorriendo mi mente.

Como más tarde sabría, Connor lo había ayudado a poner en orden todos los papeles necesarios para poder mudarse a Londres. Lo había contratado para dar clases de taekwondo en su gimnasio y Tyler compaginaría ese trabajo con los estudios de Biología en la universidad, que tanto deseaba realizar. Habían mantenido el secreto sin decirme una sola palabra para poder sorprenderme con la llegada de Tyler.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para hablar, para sentir, para vivir. Tenemos toda una vida para estar juntos —me prometió Tyler, entrelazando su dedo meñique con el mío, uniendo así nuestro hilo rojo—. No permitiré que el destino vuelva a separarnos... Nuestro amor está escrito en las estrellas.

AGRADECIMIENTOS

Si existe una prueba inequívoca de que los sueños pueden hacerse realidad, es que yo esté escribiendo estos agradecimientos. ¿Quién me iba a decir a mí en 2013 que acabaría publicando en la editorial que había robado mi corazón con aquellas novelas que desde entonces se están adueñando de mis estanterías? Muchas gracias a Teresa, mi editora, por darme esta oportunidad y hacer todo esto real.

Gracias, papá y mamá, por brindarme todo el apoyo posible y animarme a seguir escribiendo. Gracias a mi hermano, Fran, por haber sido mi compañero de juegos durante años y compartir mis alegrías. Gracias a Matías y a Raquel. A mi Buckbeak y mi Toky.

A Dae Sung, mi compañero de vida, gracias por saltar aquel día por el salón cuando recibí aquel *e-mail*. Gracias por tanto y por todo. Por apoyarme en todo, quedarte junto a mí, dentro y fuera del tapiz, en cada competición de taekwondo y en cada competición de la vida.

Infinitas gracias a Vicky por compartir cientos de tardes de risas. A Yoli (@Lectorade1994), *TheBestBetaEver*, por convertirte en una gran amiga. Gracias también a Lau y Andrea por seguir aquí a pesar de los años y la distancia.

Gracias a Jenny y a las fantásticas Chloé y Juliet. A los peques del equipo de competición del Tae Guk Kim Almendralejo.

Jamás podré dejar de estar agradecida a todas las personas que me han apoyado, dándome ánimos y confiando en mí. Pilar, Fransy (@Fransy13), Inés Díaz, Mari Carmen, Manoly, Laura (@Laauraaa1997).

Y, por supuesto, muchas gracias a ti, que decidiste navegar entre las páginas de esta novela, por dar una oportunidad a la historia de Kiara y Tyler, que ha dejado de ser solo mía para ser parte de todos.